

LA ÚLTIMA SECUENCIA



**“Una trama que te enganchará
a 24 fotogramas por segundo”**

ENRIQUE VASALO

La última secuencia

Enrique Vasalo Martínez

Título original: *La última secuencia*

Copyright © 2021 Enrique Vásalo Martínez
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798584870003
www.enriquevasalo.com

Todo parecido de esta historia con la realidad es pura coincidencia.

En lo que concierne al pasado, todo el mundo escribe ficción.

STEPHEN KING

El enemigo público nº 1

La libertad es nuestro bien máspreciado, pero no eres consciente de ello hasta que intentan arrebatártela.

Corrí todo lo que pude hasta la siguiente bocacalle. Torcí a la izquierda y seguí corriendo. Miré hacia atrás. No se veía a nadie. Aposté por la derecha en la siguiente manzana. Entré en un hipermercado y, durante casi una hora, estuve recorriendo las estanterías del fondo simulando que hacía la compra. Finalmente, y como tenía algo de dinero en el bolsillo, compré una gorra, unas gafas de sol y una camiseta técnica de esas que usan los deportistas. La única de mi talla era naranja; el color no podía ser más llamativo.

Caminé por las aceras más transitadas intentando pasar desapercibido hasta la primera cabina telefónica que encontré. No sabía qué hacer. ¿Llamo o no llamo? Solo había pasado una hora desde mi huida. ¿Les habría dado tiempo a pinchar el teléfono? Decidí no arriesgarme y seguí caminando. Al doblar la siguiente esquina, me topé con dos policías que se dedicaban a observar a todo el que pasaba por la acera. Me hundí la gorra lo que pude e intenté parecer tranquilo. Noté, con el rabillo del ojo, como me clavaban la mirada al pasar por su lado. No los había dejado atrás ni dos metros cuando les oí decir:

—¡Eh!, usted. Espere un momento.

Me paré en seco. Mis piernas se volvieron flácidas y mi corazón parecía que iba a saltar del pecho. Me giré hacia los agentes tratando de esbozar una media sonrisa. Pero no me miraban a mí, sino a un hombre trajeado que estaba a mi lado y caminaba en mi misma dirección.

—Señor, su cartera está a punto de caerle del bolsillo.

El tipo se metió la cartera hacia adentro y les dio las gracias.

—No hay de qué. Buenos días, caballero.

Seguí recorriendo las calles sin pararme demasiado para no llamar la atención. Todavía no podía creerlo. Hace unos días estaba tocando fondo, derrotado sobre la máquina de escribir. Tan solo era un escritor fracasado más al que nadie conocía. Y ahora mi foto salía en todos los noticiarios como la del hombre más buscado. El enemigo público número uno.

¿Que cómo pudo sucederme esto? Os lo contaré empezando por el principio.

1. Sin inspiración

Después de haber permanecido una media hora frente al folio en blanco, me levanté del escritorio y empecé a pasear por la habitación. Luego recorrí todos los cuartos y pasillos de la casa, desde la planta baja a la de arriba. Me recosté unos minutos en el sofá. Me lavé la cara. Incluso subí a la terraza y me tumbé mirando al cielo. Pero nada. Por mucho que rebusqué entre aquellas hermosas nubes esponjosas, que bañadas por el sol parecían helados de vainilla, de allí tampoco se escurrió ni una gota de inspiración.

Empecé a teclear en mi vieja Olivetti sin más. Escribía todo aquello que me pasaba por la cabeza, por banal o absurdo que resultase. Sin importarme que las palabras no guardasen relación entre ellas. No tardé en llenar algo más de media hoja. Paré de escribir y empecé a leer aquel galimatías. Tenía la esperanza de que alguna palabra, frase o secuencia resultase ser el germen de una gran historia: la chispa que diese la vida al monstruo, pero no, no hubo suerte.

Arranqué el folio de la máquina. Lo estrujé hasta convertirlo en una bola y lo lancé a la papelera. Chocó contra la montaña de los anteriores abortos que sobresalían en el cementerio de ideas y se estrelló contra el suelo, pasando a engrosar el número de planetas que gravitaban alrededor del agujero negro que se había formado por culpa de mi vacío interior.

Dios, me estaba volviendo loco. Estaba forzando el acto creativo. Pero es que no quería afrontar el hecho de que estaba seco, falto de ideas y de motivación. Y lo que es peor, me estaba autodestruyendo. Tal vez la vela de mi creatividad se había consumido ya. Debía de ser una vela corta. Hace dos años vendí un guion, el primero que escribí, a una productora cinematográfica. Aunque no me pagaron mucho por él, interpreté el hecho como una señal: el principio de mi gran carrera como escritor. Abandoné mi empleo (profesor en un instituto de secundaria) y me centré en la escritura. Desde entonces había engendrado cinco guiones más pero no había conseguido venderlos, aunque todavía no había perdido la esperanza y seguía probando suerte enviándolos a productoras cinematográficas.

El dinero ganado con mi primer guion más los ahorros de mi época de profesor habían estado financiando mi aventura como escritor, pero ese pozo estaba a punto de secarse. Pronto tendría que empezar a buscarme un empleo.

Entretanto mis pensamientos seguían torturándome: tal vez me había equivocado y ser escritor no era lo mío; yo no era capaz de tan difícil empresa; ¿Quién me había creído que era? Por lo visto en mi primer guion debía de haberme acompañado la suerte del principiante. Acto seguido, la borrachera de aquel primer “éxito” alimentó mi vanidad y en menos que canta un gallo mis pies dejaron de tocar el suelo. Me lo creí. Y mira cómo había acabado. Espachurrado contra el suelo después de haber caído desde las grandes alturas de mi ego.

No sé al resto de escritores, pero a mí no me basta escribir para crear buenas obras. Necesito creer en la historia. Tiene que cautivar-me y llenarme por completo. En el mundo solo puede haber dos cosas: la historia y yo.

El problema era que eso solo me había ocurrido una vez: cuando escribí mi primer guion. ¿Y qué había hecho desde entonces? Convertir mi máquina de escribir en una máquina de hacer churros que fabricaba historias en serie y sin alma. No sabía si volvería a encontrar una historia que me enamorara, ni tampoco una mujer.

Escuché como el cartero deslizaba el correo por debajo de la puerta. Mientras me acercaba a recogerlo, pude reconocer dos de los tres sobres que había en el suelo: el de la compañía telefónica y el de la compañía hidroeléctrica. Pequeños pagos que empezaban a agobiarme al recordarme el poco dinero que me quedaba y que pronto se convertirían en un serio problema. El tercer sobre, debajo de los otros, apenas se veía. Le di la vuelta para ver quién era el remitente: “PRODUCCIONES CINEMATOGRAFICAS DELTA. Asunto: guion *Un golpe maestro*”. No pude evitar empezar a sentirme nervioso y excitado. Hace unos meses telefoneé a la productora DELTA para ofrecerles mi último guion. Me dijeron que se lo enviara y que ya me contestarían cuando pudiesen para decirme si les interesaba comprarlo. Habían pasado más de cuatro meses desde que les mandé la copia y, ahora, por fin, iba a saber si lo querían o no.

Un golpe maestro narra, en clave tragicómica, como un grupo de parados, angustiados por su situación económica, se meten a ladrones profesionales y planean el atraco a un banco. Llegué a la conclusión, teniendo en cuenta la de pelis que hay sobre robos a bancos, de que era un género por siempre demandado y que podría venderse con relativa facilidad. Me esmeré al máximo en todos los aspectos: creando unos personajes principales creíbles y bien motivados; diseñando un golpe ingenioso que exigiera minuciosidad (ahí estaba la comedia, concretamente en la parte en la que se dedicaban a ensayar y cronometrar el plan: solían cometer numerosos errores que movían a la risa, o al menos esa era la intención); y creando una tensión creciente durante todo el tiempo que duraba el atraco.

Esto era la capa superficial de la historia que, de alguna manera, apelaba al inconsciente de muchos espectadores, los cuales podrían admirar a unos personajes que, al contrario que ellos, sí se atrevían a desatar sus instintos más reprimidos. Con un arma en la mano y descerrajando tiros contra la autoridad, el cine ayudaba a proyectar una fantasía reprimida: la rebelión contra el sistema y el triunfo de la libertad individual. Pero, en esencia, no aspiraba a ser una película freudiana, ni tampoco revolucionaria. Nada de eso. Solo pretendía denunciar las injusticias sociales. Esa era mi principal intención. Denunciar los comportamientos aberrantes que genera el sistema.

Abrí el sobre despacio. Cargado con el mismo temor con que me había enfrentado a las anteriores contestaciones de otras productoras, todas negativas. No pude evitar pensar que el hecho de haber recibido la carta disminuía las posibilidades de que el guion hubiese gustado: ¿Por qué iba un productor interesado a enviar una carta pudiendo llamar por teléfono? ¿Iba a perder el tiempo esperando varios días a que una carta llegase a su destinatario? ¿Para qué? ¿Para dar tiempo a que la competencia se le adelantase?

Pero contra este pesimista razonamiento, luchaban las pocas esperanzas que aún albergaba en mi interior: tal vez el guion le había encantado al productor, pero había optado por enviar la carta para no parecer demasiado interesado. (Una estrategia para conseguir negociar el precio a la baja. Posiblemente el viejo zorro estaría frotándose las manos mientras se fumaba un puro habano y esperaba a que yo picara.)

Con el pulgar y el índice, fui sacando la carta del sobre muy lentamente, como uno de esos jugadores de póquer que acostumbra a descubrir la suerte de su juego con lentitud.

Estimado Sr. Bonet:

Hemos leído detenidamente su guion. Nos ha parecido muy interesante. No obstante, no encaja con el tipo de películas que estamos produciendo en estos momentos. Le animamos a que en el futuro vuelva a remitirnos nuevas propuestas.

*Atentamente,
PRODUCCIONES DELTA*

Put a mierda. Otro puñetazo más directo al estómago. Todo mi planteamiento de vida de los últimos dos años volvió a tambalearse. Estaba a punto de desmoronarse por completo. Y la verdad es que ya no me importaba, estaba cansado. Necesitaba un cambio. Airear mi vida.

Me miré en el espejo del recibidor. Por un instante tuve la sensación de que no conocía al que estaba enfrente. ¿Quién era aquel tipo de casi cuarenta años con algunas canas? Alguien que me taladraba con la mirada, alguien que había dado conmigo después de haberme buscado durante mucho tiempo y que ahora me pedía cuentas: ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Qué has estado haciendo? ¿A qué has estado jugando? Noté como una oleada de realidad barría toda la parafernalia que rodeaba mi vida y las armaduras de protección se desensamblaban y caían al suelo hechas añicos. Mira donde estás, inútil. Acabas de desperdiciar dos años de tu vida. No tienes un duro. No tienes chica. Ni sexo: no había tenido sexo con una mujer desde hacía más de siete meses; cuando Susi, mi última amiga, decidió dejar de visitar mi alcoba los domingos por la noche harta de una relación que no iba a ninguna parte, me dijo. Nada nuevo bajo el sol. Lo mismo dijeron las anteriores. A pesar de que nunca prometí nada, no pude evitar sentirme culpable.

El ring del teléfono me sobresaltó. Tiré del cable hasta hacer salir el aparato de entre un barullo de papeles.

—Diga.

—¿Alberto?

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —pregunté.

—Soy Javier. ¿Cómo estás?

Tardé unos instantes, pero reconocí la voz.

—Ah. Hombre. Cuánto tiempo —dije con tono de feliz reencuentro (Javier era un amiguete de mi juventud al que hacía tiempo que no veía)—. ¿Cómo va...?

—Escucha. No me queda mucha batería. Voy al grano.

—Ok. Dime.

—Estoy remodelando un viejo caserón en el campo (Javier trabajaba como aparejador en la constructora de su familia) y ayer encontré algo en el sótano de lo más insólito.

—¿Ah sí? ¿Qué es?

—Material cinematográfico antiguo. No sé qué es exactamente pero enseguida pensé en ti. Di la orden de que nadie tocara nada hasta que hablase contigo. Quizá sea valioso, pensé.

—Puede ser —dije ocultando mi escepticismo y mostrándome educado e interesado en lo que me contaba.

—¿Podrías acercarte a verlo? Tú sabrás si esto tiene algún valor o si por el contrario su destino es más bien el camión del escombros.

—Sí, por qué no. Me gustaría.

—El caserón está donde el Señor perdió la sandalia. Es imposible encontrarlo si no te acompaña alguien que conozca el camino. Yo tengo que ir dentro de un rato. Si te viene bien...

—Sí, sin problema.

Me vendría bien salir. Cambiar de aires y saludar a un viejo amigo. El material cinematográfico era lo que menos me motivaba. Seguramente se trataría de algún viejo proyector de súper 8 o algo por el estilo que algún aficionado había dejado de usar hacía más de treinta años, cuando se comercializó al gran público el práctico y barato vídeo. Si era eso, siempre se podría donar al cineclub del que yo era socio desde hacía más de quince años; en el caso de que

Javier quisiera quitárselo de encima, claro, lo cual solía acabar siendo la reacción más normal en estos casos. Cuando los propietarios descubrían que nadie estaba dispuesto a pagar por su antigualla una cantidad más allá de lo simbólico, y eso con suerte, te agradecían que les librases de viejos trastos que ocupaban su espacio.

—¿Te parece que nos veamos a las once y media en el parking del restaurante El Servicial, en la antigua carretera de Alcoy? —me preguntó Javier.

—Ok. Allí estaré.

Me despojé del raído batín que vestía noche y día. Pasé por la ducha y luego me afeité la barba de casi tres semanas, para lo que tuve que emplear gran cantidad de espuma de afeitado (parecía que me había puesto una barba postiza de Papá Noel), y aun así me llevé algunos tirones al pasar la cuchilla que me escocieron lo suyo. Tras asearme, y ya vestido con ropa limpia y planchada, parecía otra persona. Empezaba a sentirme mejor. ¿Por qué no saldría más a menudo?

¿Qué habría encontrado Javier?

2. El hallazgo

Salí de casa y monté en mi coche, estacionado casi en la misma puerta. En mi calle no hay problemas de aparcamiento. Es una de las ventajas de vivir en el casco antiguo de Biar, un pequeño y bien conservado pueblo de la provincia de Alicante. Conduje un par de kilómetros hasta llegar al sitio acordado. Estacioné mi Citroën Palace marrón en el descampado que hacía las veces de parking de El Servicial, Bar-Restaurante. Eran las 11:30 de la mañana, la hora a la que había quedado con Javier. No se veía a nadie por allí, y no sabía si alguno de los cuatro coches desperdigados alrededor era el de mi amigo. Quizás ya había llegado y estaba esperándome en el bar mientras tomaba algo. Javier había sido siempre muy puntual. La seriedad y el sentido de la responsabilidad eran algo innato en él. Estudió Arquitectura Técnica en lugar de Derecho, que era lo que realmente le gustaba, porque, cuando llegó la hora de acceder a la universidad, acabó tirando más su sentido del deber y las expectativas que su padre había depositado en él como futuro sucesor del negocio familiar que su propio sueño de convertirse en abogado. Me disponía a apearme cuando escuché dos toques de claxon de un Land-Rover que circulaba despacio por el arcén de la carretera. Era Javier. Asomé la cabeza por la ventanilla e hizo un ademán para que le siguiera.

Mantuve el Palace a unos veinticinco metros del Land-Rover mientras ascendíamos por la comarcal C-242: un empinado puerto de montaña de primera categoría bordeado por barrancos y plagado de mareantes curvas y túneles. Poco después de pasar el poste que indicaba el kilómetro 7 nos desviamos a la izquierda por un camino rural sin asfaltar, pedregoso y con abundante maleza, incómodo pero transitable, que se adentraba por entre un sinfín de montañas apiñadas. Si no querías cargarte el coche tenías que circular despacio. Activé la suspensión en grado 3 y el chasis del Palace se elevó unos cuantos centímetros. Era maravilloso lo que podía hacer el Palace, nunca he oído de ningún otro coche que regule su altura para adaptarse al terreno por el que circula pulsando un botón del cuadro de mandos. A un lado y a otro surgían constantemente enormes precipicios, salvajes cortes transversales, pero sin barandas de protección como en la carretera. Si te despistabas un poco cogiendo el móvil, cambiando la emisora de la radio o rascándote la nariz y te salías del camino, que en ciertos tramos se estrechaba bastante, podías salir volando por uno de esos abismos y estrellarte contra el fondo de un barranco, a más de 80 metros de profundidad en algunos puntos.

Después de un cuarto de hora transitando, el camino nos encauzó por un estrecho desfiladero de altísimas paredes de peña que parecía no tener fin. Entre aquellos muros enormes de roca se hacían evidentes la pequeñez y la fragilidad del hombre ante la naturaleza.

La garganta de roca nos desembocó en el interior de un hermoso valle rodeado de montañas y poblado por la típica vegetación mediterránea del este de España, aunque muchísimo más abundante y frondosa de lo que era habitual en aquella región de secano. Un inesperado y sorprendente vergel de tonalidades amarillas y verdes, formado por matas de esparto, romero, tomillo y salvia, tapizaba el bucólico paraje en el que enormes pinos y carrascas invitaban a echarse a su sombra. Supuse que las peculiares características del relieve, unidas a la altitud, daban lugar a una especie de microclima particular o ecosistema cerrado donde la vegetación brotaba con más facilidad que en las zonas o terrenos colindantes. Aquel lugar era como un enorme y exótico cráter en medio de la nada. Me recordaba a la guarida del Capitán Nemo en

Veinte mil leguas de viaje submarino. Un lugar secreto muy escondido y de difícil acceso cuya única vía de entrada era el amenazante desfiladero.

Seguimos adentrándonos y, al dejar atrás un grupo de espesos árboles que no me habían dejado ver la parte central del valle, apareció sobre una loma una casa grande y antigua de dos plantas. El tejemaneje de los albañiles que remodelaban la vivienda era la única actividad que rompía la quietud de aquella isla dentro de la tierra.

Para no entorpecer las labores de los vehículos que retiraban escombros y servían material de construcción, aparcamos a unos cincuenta metros de la casa, junto a los restos de lo que debió de ser un granero o algo así. Lo único que quedaba de aquello era una parte de la estructura principal: maderos chamuscados que indicaban que la construcción había sido pasto de las llamas.

Bajamos de los coches y nos estrechamos las manos. Aunque Javier y yo nos veíamos poco, nuestra amistad tenía cimientos firmes. Habíamos formado parte de la misma cuadrilla de quinceañeros que empezaba a cruzar al bando de los adultos: eran los tiempos en los que nos aventurábamos a entrar en discotecas con el miedo terrorífico de que nos ridiculizara el portero y nos dijera: “Tú, ¿dónde vas? No tienes la edad para entrar aquí. ¡Largo!” (me pasó más de una vez, odiaba a esos matones). Y, como esta, un sinfín más de experiencias que habíamos compartido, algunas entre risas: caídas tontas de ciclomotores, primeros intentos de ligoteo, por fin el permiso de conducir... Y otras que nos habían provocado frustración adolescente: el profesor que te tenía manía, la chica de tus sueños pegándose el lote con un macarra, etc, etc.

Encontré a mi compañero de viaje algo envejecido, con ojeras y arrugas alrededor de los ojos. Tampoco le quedaba mucho pelo en la cabeza, algo que había sido fuente de preocupaciones para él desde su juventud. Me contó que estaba en pleno proceso de divorcio y, con la cabeza gacha y un hilo de voz, que lo que más le preocupaba era el asunto de la custodia compartida de sus dos hijos.

Seguimos hablando mientras caminábamos hacia la casa.

—Pues sí que está escondido este sitio. Y qué caminito —comenté.

—Sí, es un coñazo de trayecto. Es un buen sitio para vivir si no te apetece tener muchas visitas.

—Ja, ja. Es una ventaja a tener en cuenta, pero, aun así, no quisiera vivir aquí y tener que ir a por el pan cada mañana a través del sendero de la muerte.

Nos reímos los dos.

—¿Quién es el propietario de esto?

—Un cliente francés, Gérard, un dentista con pasta hijo de un médico español exiliado a Francia durante la Guerra Civil. Heredó la casa hace muchos años, cuando fallecieron sus padres, pero hasta hace dos meses, Gérard nunca había visitado España.

—Supongo que eso explica el estado de abandono de la casa —lancé.

—La causa del abandono se retrotrae aún más en el tiempo —dijo Javier—. Verás, una vez que el padre de Gérard se exilió a Francia durante la Guerra Civil, nunca más quiso volver a poner un pie en España y menos traer aquí a su familia. Desde entonces la casa ha permanecido deshabitada.

—Y, dime, ¿esta casa se construyó durante o antes de la guerra?

—Antes de la guerra —confirmó Javier.

—Entonces —hice cálculos con los dedos— ha permanecido abandonada desde hace más de sesenta años hasta ahora ¿no?

—Exacto. Hasta hace dos meses, cuando Gérard, de vacaciones por España, se acercó a conocer su propiedad para decidir qué hacía con ella. En principio pensaba venderla, pero este

lugar le cautivó y finalmente decidió reformar la casa para venir a pasar los veranos. Se puso en contacto con mi empresa... y aquí estamos.

Un camión pequeño aculó hacia unos polvorientos y ruinosos muebles antiguos que estaban esparcidos sobre la hierba de delante de la casa: un tresillo carcomido, armarios podridos por la humedad, una cocina oxidada, mesas, sillas desvencijadas... Todos aquellos enseres, propios del interior de un hogar, pero ahora colocados a cielo abierto, daban una visión un tanto surrealista, como una de esas modernas exposiciones de arte vanguardista que se hacen con objetos encontrados en vertederos.

Dos operarios, uno alto y delgado con un pañuelo de tres nudos en la cabeza, y otro con barriga cervecera, a los que seguramente el arte vanguardista les importaba un pimiento, se liaron a mazazos con todo aquello para reducir su tamaño y que ocupase menos espacio en el volquete del camión.

—Y supongo que tu cliente quiere quitarse de en medio trastos inservibles o sin valor, ¿no?

—Exactamente. Gérard inspeccionó todo lo que había, seleccionó lo que le interesaba conservar y se lo llevó. Del resto de cosas me dijo que hiciese lo que yo estimara conveniente.

—Supongo que ahí entra el material de cine...

—No exactamente. Verás, hay algo muy extraño en lo que respecta al hallazgo cinematográfico. Algo que no cuadra. El material estaba escondido en un sótano secreto que descubrimos ayer. Dos de mis hombres, los que has visto cargando el camión, estaban vaciando la casa de trastos cuando al levantar un armario vieron que debajo, en el suelo, había una trampilla. Se extrañaron y me llamaron enseguida. Haciendo palanca con los picos —la puñetera estaba bastante obstruida— conseguimos abrirla. Se veían los primeros peldaños de una rudimentaria escalera de madera que se hundía en la oscuridad. Me pregunté qué coño sería aquello. No figuraba en los planos ni Gérard sabía de su existencia. Con ayuda de una linterna, mis hombres y yo descendimos apartando telarañas y tratando de no levantar mucho polvo. Enseguida llegamos al final de la escalera, de cuatro metros cincuenta, y nos encontramos en el sótano. Dirigí el haz de luz al frente y me llevé un buen susto al ver que del techo colgaban unas cosas brillantes y gelatinosas, como serpientes, que llegaban hasta el suelo. ¿¡Qué coño era eso!?! Bajé la vista y vi un montón de latas de película esparcidas por el suelo y, al fondo, en una estantería, varias bobinas de cine. Enseguida comprendí que las serpientes que colgaban del techo eran trozos de película cinematográfica. Tendían enganchadas, con unas pinzas, por su extremo superior, de unas cuerdas que cruzaban de pared a pared a escasos centímetros del techo. Miré a mi derecha y vi, sobre una mesa, una máquina, parecida a un proyector, con una pequeña pantalla en el centro y dos bobinas a los lados que parecían las orejas de Mickey Mouse.

—Increíble —dije perplejo.

—Y todo eso en un sótano excavado a mano. Ahora lo verás. Un hoyo improvisado de unos cuatro metros por tres apuntalado con vigas y travesaños de madera, como la galería de una mina, las paredes descarnadas, sin enlucir.

La descripción de Javier solo podía hacer referencia a una cosa, pero ¿por qué se habría estado desarrollando allí tal actividad?, en un escondrijo subterráneo perdido entre montañas.

—Llamé a Gérard y le conté el descubrimiento —continuó Javier—. Se sorprendió tanto como yo. No sabía nada de la existencia del sótano y, sobre el material: me dijo que su padre no tenía ninguna relación con el cine, que ni siquiera era aficionado, que nunca le contó nada sobre ningún material escondido. Y que tampoco figura en sus memorias.

—¿Sus memorias?

—Sí, el padre de Gérard escribió sus memorias en un libro que se publicó en Francia y

circuló de manera clandestina en España durante la dictadura del general Franco. Al llegar la democracia se editaron nuevas ediciones y fue un libro muy vendido en nuestro país. Narra todo su periplo durante la Guerra Civil y su posterior exilio. Pues bien, Gérard asegura que ahí tampoco se dice nada que tenga relación con el material, ni siquiera con el cine.

Por fin entramos en la casa. Me moría de curiosidad.

—Bueno, ya casi estamos. Lo vas a poder ver por ti mismo. Y, además, con buena luz. Hemos instalado una bombilla para poder trabajar —dijo Javier.

Llegamos a la trampilla, que permanecía abierta, y accedimos al sótano. No podía creer lo que estaba viendo. Sin ningún género de dudas, aquello era una sala de montaje. Lo primero que me impresionó fue comprobar que la película era de 35mm, el formato profesional por excelencia. Las ristras de celuloide colgando del techo que habían asustado a Javier debían ser planos seleccionados (las pinzas que los sujetaban estaban numeradas), tomas buenas cuya siguiente fase en el proceso sería pasar a la moviola para ser yuxtapuestas en el orden establecido por el montador. Abrí las latas que yacían repartidas por el suelo. Estaban llenas de película. No se apreciaba ningún empalme ni a vista ni al pasar el dedo por el lateral de los rollos recorriendo la espiral del borde de la cinta. Eso quería decir que era material bruto (original de cámara, para entendernos) que todavía no había sido cortado. Giré la cabeza a la derecha y vi, sobre una mesa, una moviola y una lata cuya etiqueta rezaba: *material montado*. La abrí y, efectivamente, enseguida vi los empalmes de acetona repartidos por el borde de la cinta. Contenía todo el montaje realizado, como comprobaría más tarde: unos quince minutos de película acabada. Enhebrados en la moviola (la Mickey Mouse, según Javier), dos segmentos de película aguardaban, a saber por cuántos años, a que el montador los ensamblara. En una libreta, a la que quité el polvo con unos soplidos, estaban anotados y numerados todos los planos rodados y el orden que debían seguir en el montaje.

Desenrollé un par de metros de película de la bobina etiquetada como *material montado* y lo miré al trasluz de la bombilla.

En los primeros fotogramas se veía, en plano general, una escuadrilla militar en columna de a dos avanzando por un camino rural en dirección a la cámara, que los esperaba situada en el centro del camino. Javier se colocó detrás de mí, buscando el ángulo correcto para ver la imagen. Hice avanzar la cinta entre mis dedos unos cuantos fotogramas. Ahora el sargento que lideraba a los soldados apareció muy cerca de la cámara, en primer plano, y el resto de militares aumentó de tamaño. Todos eran chicos jóvenes, de unos veintipocos años, que vestían el uniforme republicano de la Guerra Civil: el bando rojo. Hice correr el celuloide de forma continuada y las dos filas de soldados avanzaron hacia la cámara, cada una por un lado, hasta salir del encuadre.

—Soldados republicanos —dijo Javier— ¿Qué es esto? ¿Un documental sobre la Guerra Civil?

—No lo sé.

—Sea lo que sea alguien se molestó en esconderlo muy bien. Tal vez sea propaganda de guerra o algo así.

—Podría ser. Hay que proyectarlo para saberlo —dije mientras observaba los pósters de películas que decoraban una de las paredes del sótano, algunas muy conocidas, como *El maquinista de la general* de Buster Keaton o *Tiempos modernos* de Charles Chaplin, y otras que yo no había visto, como *Judge Priest* de John Ford, o que ni siquiera conocía, como *Frente a frente en el frente* (dos jóvenes, en primer plano y de perfil, enfrentaban sus miradas a escasos centímetros el uno del otro).

—Todo esto es muy raro y misterioso. No sé qué contendrá la película, pero para llegar a excavar este sótano alguien tenía que tener mucho miedo a que fuera descubierta —Javier permaneció en silencio unos segundos, con la mirada ausente, y, a continuación, prosiguió sus razonamientos—. Gérard me dijo que su padre no tenía ninguna relación con el cine...pero... lo que está claro es que este agujero no se excavó solo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que ahora mismo se me ocurren dos posibilidades, bueno, tres... Una, el padre de Gérard escondía un secreto que jamás reveló a nadie, por eso él mismo excavó el sótano, para que no supiesen de él ni los albañiles. Dos, estaba encubriendo a alguien, a terceras personas; tal vez le pidieron que ocultase el material en su casa y se vio obligado a mantener el secreto de por vida. Y me pregunto, ¿peligraba su vida y/o la de otras personas?, ¿tendría la película algo que ver con que huyese de España durante la guerra? O, tres, el padre de Gérard no sabía nada de esto. Alguien, cuando digo alguien puede ser una persona o más de una, se metió en la casa, excavó el sótano secreto, escondió el material y el padre de Gérard nunca lo supo.

—¿Quieres decir después de que se exiliase, no? Imagino que la casa quedaría abandonada, ¿es así?

—Sí, pero no solo eso. También podría haber ocurrido antes.

—¿Antes de que se exiliase? ¿Cómo es posible? ¿Alguien se mete en tu casa y sin que te des cuenta excava un sótano en el salón...?

—Olvidé decirte que la casa no estaba habitada todo el año. Era una segunda residencia para los fines de semana y las vacaciones. El padre de Gérard era el médico del pueblo y se retiraba, siempre que podía, a descansar al campo... Joder,...menudo misterio es todo esto.

Confieso que me sentía tan intrigado como Javier.

—Ya. ¿Qué te parece si organizamos una proyección del material que has encontrado en el cineclub John Frankenheimer, del que soy socio hace muchos años? —propuse—. Seguramente nos ayudará a desvelar este enigma.

—Me parece perfecto.

Los operarios nos ayudaron a cargar las latas de película en el maletero de mi coche. Los trozos de cinta sueltos que colgaban del techo los enrollé en una bobina que puse en el asiento de atrás. La moviola y las demás herramientas de montaje se quedaron en el sótano. Quedé en pasarle a Javier el teléfono de algunos coleccionistas que podrían estar interesados en adquirir todo aquello, seguramente sacaría algo de dinero.

Me despedí de mi amigo, que tenía bastante trabajo por delante. Estaban a punto de llegar las puertas y las ventanas para la casa y tenía que revisarlas. Justo cuando estaba a punto de meter la primera, lo vi venir hacia mí a paso ligero por el espejo retrovisor. Se apoyó en la ventanilla y dijo.

—Ah, y Alberto, se me olvidaba: cuando quieras, me pasas la factura de tus honorarios.

—No te preocupes por eso, no pensaba cobrarte nada.

—No fastidies. No me parecería bien que te molestases tanto y, además, no soy yo quien va a pagarte sino mi cliente... Insisto. Tienes que cobrar por esto.

—Bueno, vale —la verdad es que no me vendría pero que nada mal un dinerillo.

3. Llegan las musas

Aunque tenía sed, hambre y ganas de ir al lavabo desde hacía rato, no pensaba abandonar mi tarea y seguí escribiendo. No quería arriesgarme a perder la inspiración. Con todo lo que había tardado en presentarse. Sí, *en presentarse*, porque por mucho que la había buscado en los dos últimos años, no la hallé. Se había presentado a buscarme por sí misma, por su propia voluntad, sin previo aviso y por sorpresa. Y yo no tenía nada que objetar. Al contrario, me consideraba su siervo y estaba dispuesto a seguir sus dictados. Por fin podía notar como mis dedos aporreaban el teclado con sentido, concretamente el teclado de mi ordenador portátil. Decidí probar las supuestas y tan oídas ventajas de la informática y aparqué mi vieja máquina de escribir. Llevaba escritas más de ocho páginas en menos de dos horas y no podía parar. Era como si aquellas viejas latas de película, que había apilado provisionalmente en el salón de mi casa, me invitaran a indagar, a buscar respuestas a todos los misteriosos interrogantes que planteaban. Liberadas de su cautiverio en aquel lúgubre sótano, ansiaban contar su secreta historia y yo había sido el elegido. No sabía si esto podía ser consecuencia de haber pasado demasiado tiempo solo y sin vida social, pero mi sentimiento de gratitud y cariño hacia aquellos objetos inertes iba en aumento. Me estaban aportando justo lo que yo había venido ansiando tanto tiempo: una historia. Y, al mismo tiempo, yo aún no lo sabía, al abrir aquellas latas a la luz del proyector no solo se iba a iluminar la pantalla sino años de oscuridad.

El súbito ring del teléfono me sobresaltó como un jarro de agua fría y me devolvió bruscamente al mundo real. Miré con creciente enfado al aparato, que no cesaba de atormentarme con su insistencia.

¡Aaaahhhh! ¡Cállate, maldito! Fue mi primera reacción. Pero pronto me calmé al pensar que debía ser mi amigo Miguel García, quien se ocupaba de la programación del cineclub. Lo primero que había hecho al llegar a casa fue telefonarle. No hubo respuesta, pero le dejé un mensaje pidiéndole que contactase conmigo.

—Diga.

—Hola, Alberto. Soy Miguel. He oído tu mensaje.

Le conté todo lo referente a la película hallada y no tardó en sentirse tan intrigado y ansioso como yo por proyectarla. Miguel tenía veintiséis años y vivía por y para el cine. Trabajaba en un periódico de tirada regional: *El Informador*. Se ocupaba de las críticas de cine y teatro, aunque a veces también firmaba reportajes sobre festivales de cine, estudios filmográficos, entrevistas a actores, etc. Fuera del ambiente cine-teatral, que era su medio natural, debía sentirse como un pez fuera del agua porque no tenía apenas vida social (vaya, eso me recuerda a alguien, aunque, bueno, en mi caso no siempre había sido así. Y, además, pensaba volver a relacionarme con el mundo en cuanto mi vida profesional reflotara, o al menos eso me decía a mí mismo).

—Para esta tarde-noche tenemos programada una sesión doble: *Los viajes de Sullivan* de Preston Sturges a las siete de la tarde y *El pan nuestro de cada día* de King Vidor a las nueve. La sala estará disponible a partir de las diez y media. Podríamos apañar un pase a esa hora. ¿Qué te parece? —me preguntó.

—Me parece perfecto.

—¿Quieres que lo anuncie en la pizarra del hall para que se entere la gente o prefieres que sea un pase privado?

—Creo que sería mejor un pase abierto. Cuantos más ojos, mejor.

—Ok.

Entre los socios del cineclub había cinéfilos, entendidos en cine y gente culta en general. ¿Por qué desaprovechar la ocasión?, lo mejor sería sumar conocimientos e inteligencias. Para empezar, solo había una bobina montada, el resto era material bruto: seguramente todo un galimatías filmico. Por otro lado, se trataba de una producción antigua, quizá un documento histórico que hacía referencia a un contexto que algunos de los socios, como Ángel Luis, profesor de Historia en la Universidad de Alicante, podría conocer muy bien.

No paré de escribir hasta las seis menos veinte, hora en que me metí en la ducha. Luego me preparé un sándwich de york y queso que engullí presuroso. Como vi que aún disponía de unos minutos antes de que llegase Javier a recogerme, me preparé otro igual. Escribir me da mucha hambre, bueno, matizo, escribir algo que valga la pena, que salga de dentro, que consuma energía, me da muchísima hambre. Me encanta esa sensación. Es un buen síntoma: señal de que la maquinaria funciona y pide combustible. Javier llegó puntual, a la hora que habíamos quedado: las seis. Cargamos la película en el coche y enfilamos hacia el cineclub.

4. Las memorias de Ignacio

Durante el trayecto, Javier me relató la odisea de Ignacio, el padre de Gérard. Javier había telefonado a Gérard al mediodía para contarle las novedades: que íbamos a visionar la película por la noche, que parecía tratar sobre la Guerra Civil española, y que podría sacar algún dinero por la moviola y las bobinas. Y el francés, por su parte, le habló, esta vez con más detalle, de *Viaje sin retorno*, el libro donde su padre relataba sus memorias de guerra y exilio. Estaba disponible en la biblioteca municipal y Javier fue corriendo a sacarlo. Lo devoró fascinado de un tirón. La intriga por todo el misterio que rodeaba la película era altamente contagiosa; ya íbamos por tres infectados, aunque supongo que con Gérard, con el que no hablé personalmente, debíamos sumar cuatro.

Cuando uno siente mucho interés y curiosidad por algo, suele prestar concentrada atención a la información que va recibiendo y en su memoria se graban todos los datos a fuego. (Qué bien les vendría esa actitud a los estudiantes que se preparan para un examen y que, al no interesarse por lo que deben aprenderse, pasan por el suplicio de tener que releer infinitas veces el mismo texto). Así le ocurrió a Javier que, después de escuchar a Gérard y haberse leído el libro de su padre, estaba en disposición de dar una conferencia con todo lujo de detalles:

—Ignacio, el padre de Gérard, mandó construir la casa en el 35, después de haber recibido la herencia de sus padres, unos comerciantes de clase media. Su madre murió en 1912, cuando él tenía cinco años, y su padre en 1934. Como Ignacio era hijo único y soltero, no tuvo que compartir lo recibido con nadie. Compró un terreno en el campo, alejado del pueblo y de difícil acceso, para construir allí su segunda residencia. Su vivienda oficial estaba en el centro de Biar y allí era donde pasaba la mayoría de su tiempo, ya que en la planta baja tenía su consulta. Pero el por entonces joven licenciado en Medicina Ignacio ansiaba poseer un lugar alejado del pueblo. Un remanso de paz y naturaleza donde poder retirarse a descansar alguna que otra vez. No pensaba tardar en casarse y aquel remoto nido sería el ideal para practicar la intimidad con su futura familia. Era el único médico en el pueblo y alrededores, y los vecinos no le daban tregua. Aporreaban su puerta a cualquier hora, ya fuera de día o de noche y de lunes a domingo, exigiendo sus servicios médicos. A Ignacio no le importaba atender urgencias a la hora que fuese, siempre y cuando fuesen verdaderas urgencias (que se presentaban de uvas a peras). Lo que realmente le fastidiaba era tener que atender a uno, por ejemplo, y de estos parece ser que había la tira, que se presentaba en su casa a las 11:30 de la noche, y al que se le notaba por el aliento que venía del bar, para que le quitase un callo del pie. Joder, que nadie respetaba el horario de consulta. La gente se presentaba cuando le daba la gana. Como un 24 horas de hoy en día. ¿Qué te parece? —inquirió Javier.

—Que comprendo que buscase un sitio recóndito para refugiarse creándose su propio Xanadú —le contesté.

—Sí —rió Javier antes de proseguir—. Ignacio era el soltero más codiciado de la comarca. Tenía pretendientes de sobra para elegir y no pensaba tardar en decidirse. Su plan era casarse y pasar sus mejores momentos en aquella casa de campo. Aunque la gente del pueblo sabría dónde localizarle, se lo pensarían más de dos veces antes de emprender camino hasta allí. A menos que se tratase de una verdadera urgencia, que Ignacio atendería con toda su buena voluntad, nadie se molestaría en ir a buscarlo.

En el 36, cuando estalló la Guerra Civil, la construcción de la casa, ya casi finalizada, se

paralizó, y también los planes y expectativas del joven médico para encontrar a su media naranja. Ignacio se posicionó públicamente a favor del bando republicano y esa decisión hizo que su vida, tres años más tarde, se convirtiera en una auténtica pesadilla. Mientras duró la contienda no hubo problemas, ya que toda esta zona era de dominio republicano. Pero en el 39, al acabar la guerra con la victoria falangista, el bando vencedor, y como era de esperar, inició una fuerte campaña de represión y venganza contra los perdedores (supongo que hubiese ocurrido a la inversa de haber ganado los rojos). Nada mejor que acabar con la amenaza comunista para asegurarse un futuro tranquilo. La ira de los fascistas desembocó en una “solución final a la española”. Cuadrillas de fascistas, “jueces” y “verdugos”, recorrían los pueblos y ciudades en busca de sus viejos enemigos. A algunos los ejecutaban: los fusilaban en las afueras del casco urbano, en las cunetas de las carreteras o en fosas comunes que los mismos reos eran obligados a cavar; y a otros los encerraban, en condiciones infrahumanas, en cárceles insalubres. No faltaban los confidentes que señalaban con el dedo a los rojos. Cualquiera podía ser un delator: un compañero de trabajo, un amigo de la infancia, o incluso un hermano. Ignacio fue denunciado por sus primos y tíos, la única familia que tenía.

—Qué desastre.

—Sí, la Guerra Civil fue muy despiadada. Pero, aun así, Ignacio se las apañó para reaccionar a tiempo. Pagó, invirtiendo para ello todos sus ahorros, los servicios de unos contrabandistas marroquíes que se dedicaban a pasar proscritos a Francia por el Mediterráneo en un deteriorado pesquero de chapa oxidada y madera carcomida. Al poco de zarpar del puerto de Santa Pola, una patrullera militar costera abordó al viejo cascarón. Tres uniformes fascistas armados con pistolas y fusiles de bayoneta empezaron a registrar el interior de la nave con minuciosidad: vaciaron todos los armarios y cajones, cofres y cajas, esparciendo por el suelo todo lo que había en su interior. Después accedieron a la despensa, aunque ahí fueron mucho más cuidadosos, quizá porque no querían estropear los alimentos, que acabaron apropiándose. Se aseguraron de que en el depósito de agua solo había agua y de que en el interior de los colchones de las literas no había nadie escondido, como pudieron atestiguar sus afiladas bayonetas, que los atravesaron propiciando un revuelo de plumas. Ignacio estaba en un pequeño barracón de la bodega, escondido dentro de una montaña de pescado podrido y a punto de perder el conocimiento por culpa del fuerte hedor que emanaba de los desperdicios marinos. Respiraba por un tubito que iba desde su boca a la parte exterior de la montonera. Para disimular el extremo final y evitar que quedara a la vista, el tubo atravesaba un pez y terminaba el recorrido justo en su garganta, de modo que el aire que respiraba Ignacio entraba por la boca del pez. Los contrabandistas le habían asegurado a Ignacio que era el escondite perfecto, que era un truco que nunca había fallado, al menos hasta ahora. Cuando los husmeadores abrieron la puerta, no pudieron avanzar ni un paso. A uno de ellos le entraron arcadas y se largó corriendo a buscar el aire limpio en la cubierta, desde donde se dedicó a sembrar el mar con lo que había almorzado. Los otros dos empezaron a no poder dominar sus náuseas y se taparon la boca y la nariz con un pañuelo. Ignacio, que podía escuchar la conversación, al ver el efecto ahuyentador que producía el truco del capitán, se sintió aliviado y optimista

—¿Qué es esta podredumbre irrespirable que tienes ahí, hijo del demonio? —preguntó el sargento.

—Son restos de peces —contestó el capitán marroquí—, los desperdicios que sobran después de limpiarlos.

—¿Y para qué coño sirve eso?

—Lo utilizamos como cebo. Su fuerte olor atrae a los peces grandes.

El sargento ordenó al soldado que hiciera un tanteo con su bayoneta. Y aunque, por las prisas de salir de allí cuanto antes, este solo introdujo la bayoneta dos o tres veces, Ignacio tuvo la mala suerte de recibir una cuchillada en el costado.

No se quejó. Aguantó estoicamente el dolor. Aquella herida podía producirle la muerte, es verdad, pero todavía cabía la posibilidad de curarse, de hacerse un apaño él mismo con los básicos medios del botiquín del barco (en el que se había fijado por defecto profesional) y salvar la vida. Si por el contrario hubiese gritado, o dado señales de vida de cualquier clase, habría sido muerte segura, lo habrían detenido y fusilado poco después sin ninguna duda.

Al cabo de unos minutos, terminado el registro y una vez que la patrullera se hubo alejado lo suficiente, el capitán marroquí avisó a Ignacio para que saliera del escondrijo, pero este no contestaba ni daba señales de movimiento. Con la boca y la nariz tapada con pañuelos, el capitán y sus hombres apartaron los peces hasta llegar a Ignacio, al que sacaron inconsciente. Lo tumbaron en la cubierta para que le diera el aire y no tardó en volver en sí. Con las pocas gasas que había en el botiquín, un culo de agua oxigenada y algo de ginebra, Ignacio, debilitado por la sangre que había perdido, se limpió la herida lo mejor que pudo y la suturó utilizando un anzuelo e hilo de pescar.

Aunque consiguió parar la hemorragia, la herida acabó infectándose.

El viaje hacia Francia se hizo eterno. El barco no superaba los cinco nudos y al tercer día de travesía, todavía a la mitad del camino, Ignacio perdió el conocimiento. Los marineros, cuya codicia por el negocio superaba con creces su instinto humanitario, si es que existía en ellos, sugirieron con insistencia al capitán que se deshiciera del moribundo echándolo por la borda. Argumentaban que seguramente no sobreviviría muchas horas más y que sería una pérdida de tiempo proseguir el viaje hasta Francia. Proponían arrojar a Ignacio a los peces y poner rumbo a la costa del sudeste español para captar nuevos clientes que pagarían muy bien a quien les sacase del país. Pero por suerte para Ignacio, el capitán, un viejo obstinado amante de la ginebra y con una vena romántica digna de un pirata hollywoodiense, no estuvo de acuerdo con aquello. Dijo que una actuación así traicionaría los principios del pacto entre caballeros. Cumpliría su palabra y llevaría a su cliente a puerto, “¡Y no se hable más!”, ordenó. Con esta actitud, el capitán pretendía, además, dejar claro a su tripulación que allí el que mandaba, tenía las ideas y tomaba las decisiones, era únicamente él. La tripulación, le había enseñado su padre, tiene que obedecer y callar. El capitán tiene que estar por encima de los demás. Si te ponías a su mismo nivel, le advirtió, te exponías a perder la autoridad. Y de ahí a un motín podía haber un paso (todo esto se lo contó el capitán a Ignacio un año más tarde, cuando ambos hombres se tropezaron por las calles de Cannes. El capitán salía de un bar algo achispado e insistió en invitar a Ignacio a tomar una cerveza. Después de la enésima, el capitán le relató todos los detalles del viaje, su vida, la de su padre y media familia...)

Finalmente, después de seis días, la vieja bañera atracó en el puerto de Cannes. Aún con un hilo de vida, Ignacio fue ingresado en un hospital donde el azar quiso que le atendiera un médico español: el doctor García, un republicano que, como él, se había visto obligado a exiliarse de España.

Gracias a Dios, Ignacio se fue recuperando muy bien y a las tres semanas recibió el alta hospitalaria. El doctor García y su mujer, que vivían con sus hijos en una casa de campo en las afueras de Cannes, acogieron a Ignacio como uno más de la familia. A los niños, dos chicos de cinco y siete años y una chica de nueve, les dijeron que el nuevo inquilino era el tío Ignacio, que acababa de llegar de España y que iba a estar allí de vacaciones una temporada. Entre los dos

colegas y compatriotas germinó una gran amistad, un sentimiento de hermandad que solo se puede alcanzar cuando dos almas gemelas se encuentran fuera de la tierra que les vio nacer. Surgió entre ellos una gran camaradería, una afinidad que no podían lograr con los franceses. Eran dos supervivientes de un país que había acabado resquebrajándose por la mitad.

El doctor García arregló una entrevista con el director del hospital y en menos de una semana, Ignacio, aún sin hablar casi ni una palabra de francés, pasó a formar parte de la plantilla médica.

Siete meses más tarde, Ignacio se casó con Sylvie, una joven maestra francesa de veinticuatro años que le había estado dando clases particulares de francés. Al año siguiente, nació Gérard y, al otro, su hermana Judith.

A los dos amigos jamás se les pasó por la cabeza volver a España, donde eran considerados proscritos y podían ser encarcelados o fusilados. Y aun en el caso de que se les hubiese permitido regresar sin adoptar ninguna represalia (ellos no tenían las manos manchadas de sangre y había bastantes posibilidades de que el nuevo régimen, pasado un tiempo, hubiese aceptado su retorno), jamás lo habrían hecho. Los dos amigos no podrían soportar vivir en una sociedad llena de rencor y odio gobernada por un régimen totalitario; de pensamiento único.

Javier hizo una pausa y tomó aire.

—Y eso, en resumen, sería todo lo que cuenta el libro.

—Vaya odisea.

—Y que lo digas. Y además fue un *best seller* muy leído en España y Francia. Un símbolo de oposición, una forma de luchar contra la dictadura desde el exilio.

—Ya, y de cine ni una pista ¿no? —pregunté.

—Nada de nada, tal y como dijo Gérard.

—¿Cuándo fallecieron sus padres?

—Ignacio murió en 1953 en un accidente de tráfico y su mujer de enfermedad en 1962.

—Ya. Por cierto, ¿qué va a ser del sótano?

—Gérard quiere convertirlo en una bodega.

5. La proyección

Aparqué el Palace frente al cineclub John Frankenheimer: un antiguo y enorme cine-teatro restaurado por el ayuntamiento. Miguel nos esperaba en la puerta y nos ayudó a subir el material a la cabina de proyección, en cuya puerta había una nota pegada con fixo: “He salido un momento a tomar un café. No he cerrado con llave. Pasad.” La había escrito nuestro compañero Paco, un veterano proyccionista a punto de jubilarse al que apreciábamos mucho. Al abrir la puerta observé que ya estaba todo preparado y a punto para la sesión doble. Una película que tenía que ser *Los viajes de Sullivan* estaba cargada y enhebrada en el proyector, y otra, que tenía que ser *El pan nuestro de cada día*, esperaba su turno apoyada en la pared. Paco fue mi maestro, quien me enseñó a dar el cine. Todo empezó ocho años atrás, cuando visité la cabina de proyección por vez primera, durante un pase, y quedé hechizado por aquella estancia productora de magia. Recuerdo muy bien la escena; de auténtico suspense y asombro. Miguel (ya se ocupaba de la programación por aquel entonces), al que acababa de conocer no hacía mucho, y al que le había manifestado mi interés y curiosidad por ver cómo se daba el cine, me acompañó escaleras arriba hasta la puerta de la cabina. Justo en el momento en que se disponía a tocar a la puerta, alguien lo llamó desde el fondo de las escaleras y tuvo que irse. Me quedé solo, escuchando un suave tamborileo que se parecía al sonido de la lluvia golpeando en los tejados. Quizá esté lloviendo, pensé, pero no, me di cuenta de que el repiqueteo procedía del otro lado de la puerta. Apoyé la oreja y, efectivamente, pude comprobar como aumentaba de volumen. No pude contener mi curiosidad. Agarré el pomo y entreabrí unos centímetros. Lo primero que se dejó ver fue la pared de la izquierda, sobre la cual giraban las enormes sombras de las bobinas. Seguí abriendo, sintiéndome como un intruso, y observando como la habitación cambiaba de color y de intensidad lumínica cada pocos segundos: de verde a azul, de claro a oscuro, de amarillo a violeta, de oscuro a claro... Cuando por fin mi temeroso y agarrotado brazo consiguió abrir del todo, vi, enfrente, inclinado, como mirando por una de las ventanas que daban al patio de butacas, un enorme proyector de cine que dirigía su potente y cambiante haz de luz hacia la pantalla. Pero la luz no solo llegaba a su principal destino, una parte de ella se escapaba, filtrándose y reflejándose por entre las cromadas piezas de la máquina. Un hombre, de espaldas a mí, cuya mano se apoyaba sobre la máquina, miraba en la misma dirección que aquella por una ventana contigua. Era él quien estaba al cargo de todo, quien, desde las alturas, hacía marchar la cinta de los sueños. Avancé unos tímidos pasos, deseoso de ver más de cerca todo aquello. La parte delantera del armatoste, la que producía el rítmico repiqueteo, era, quizá, la más llamativa. Allí se veía la película pasando por el obturador y la cruz de Malta, donde se producía la ilusión del movimiento y, si te asomabas a la ventana que daba al patio de butacas, podías ver todos aquellos mecánicos y espasmódicos movimientos transformados en espectáculo filmico para disfrute del público que contemplaba la pantalla.

De repente, el hombre al mando se giró al descubrir mi reflejo en el cristal. No se sobresaltó, ni aparentó molestarse por mi intromisión. Al contrario, pude leer en sus ojos que se alegraba de tener visita. Debía de ser un oficio muy solitario el suyo. Paco era un hombre mayor de pelo cano peinado hacia atrás, al estilo de los actores de los cuarenta y cincuenta, al que se veía relajado y a la vez pendiente de todo el tinglado que llevaba entre manos. Vestía un mono azul de tirantes y al bolsillo del pecho asomaban algunas herramientas. Debió de leer la fascinación en mi rostro, porque me sonrió, se tiró de uno de los tirantes con el pulgar creando una onda, y dijo: “La

primera vez que entras en una cabina, ¿verdad?” Asentí con la cabeza. “Esto es alucinante. Nunca había visto nada igual”, alcancé a decir. Paco rio y se mostró dispuesto a ilustrarme. No paré de hacerle preguntas: qué era esto y aquello, para qué servía esto otro,... La primera lección que me enseñó, y la más importante, fue conocer los serios peligros que encerraba la cabina. Había unos cuantos y no eran advertencias exageradas por parte de mi admirado mentor. Numerosos accidentes lo corroboraban, como el de un proyccionista al que le reventó una lámpara en la cara y se quedó ciego. “Jamás de los jamases manipules una lámpara sin ponerte la protección: careta, peto y guantes”. Las lámparas de los proyectores eran especiales, de enorme potencia, producían una luz blanca pura y continua y se alimentaban de un transformador del tamaño de una lavadora. Podían explotar tanto en frío como en caliente, así que cuidadito. Y ese no era el único peligro. El propio Paco fue víctima de un accidente. Un día, en plena proyección, cuando trataba de corregir un desencuadre, no calculó bien y acercó demasiado la mano al rodillo de cruz de malta: el que gira a base de rabiosos espasmos para crear la ilusión de movimiento frenando en seco y acelerando la cinta de celuloide una y otra vez. Le arrancó un buen pedazo de carne del dedo. Aun así, me dijo, daba las gracias por no haber corrido la misma suerte que otros. Como la de un encargado metomentodo que asomaba sus narices por cabina con demasiada frecuencia. “Aquel encargado bajito y calvo era un capullo” —me contó Paco—. “Se las daba de jefecillo. Pretendía que lo llamaran *Don Vicente*. Nunca le puse ese *Don*. Los acomodadores, las taquilleras y las palomiteras lo odiaban porque les llamaba la atención cada dos por tres. Y solo para demostrar que él era el que mandaba. Yo tuve algunas enganchadas con Vicentito. Le dije que en la cabina mandaba el operador, que era yo, y nadie más. Y que no iba a consentir que un mequetrefe me enseñara mi propio oficio. Yo al menos tenía un oficio. ¿Qué sabía hacer él? Nada. De ahí venía el problema.” Una de las veces, el puñetero figón incauto se acercó al proyector, en marcha, lo suficiente para que los rodillos dentados del crono lo engancharan por la corbata, absorbiéndolo como si fuese un trozo de película más (la película avanza a un ritmo aproximado de un metro cada dos segundos. Sí, para quien lo haya calculado, lo confirmo: un largometraje suele medir alrededor de tres kilómetros). El encargado se puso a gritar como un loco cuando los rodillos de acero dentado empezaron a desgarrarle la cara. Afortunadamente, Paco no estaba lejos y pudo parar el motor, cortar con unas tijeras la corbata, que, además, le estaba estrangulando, y liberarlo; aunque nada pudo hacer por las heridas que los feroces rodillos le habían provocado; cicatrices de por vida. La cabina podía ser la cámara del terror o de la magia, como la vida misma. Desde que Paco me enseñara a dar el cine, yo proyectaba películas ocasionalmente, solo en caso de que Paco no pudiera venir por alguna razón a realizar su trabajo. De hecho, y según el argot, yo solo era un *pasacintas*. La diferencia entre un *pasacintas* y un verdadero operador proyccionista era básicamente que los últimos eran capaces de solucionar averías, mientras que los de mi categoría nos limitábamos únicamente a pasar la película y rezar para que no se presentase ningún problema técnico que nos obligase a suspender la sesión.

Se abrió la puerta y apareció Paco. Nos saludó y nos dedicó una sonrisa mientras colgaba su camisa en una percha y se quedaba en camiseta blanca de tirantes, la camiseta de panadero la llamaba yo.

—¿Qué pasa, chiquillo? ¡Cuánto tiempo! —me dijo dándome una palmada en el hombro.

Me llamaba *chiquillo*, y no me molestaba. Me hacía sentir joven, y creo que a él, maestro.

—Hola, maestro —le contesté—. Sí, ya hace que no nos veíamos.

—¿Qué es de tu vida? —me preguntó mientras se recogía su mechón de Clark Gable con la mano.

—Bueno, ahí voy.

Me preguntó si me había echado novia y si estaba trabajando. Como si fuera fácil contestar a eso en dos frases. Capeé lo mejor que pude, deseando pasar a lo que nos ocupaba.

Paco ya estaba al corriente de todo. Miguel le había informado, así que nos pusimos manos a la obra. Lo primero que hizo Paco fue abrir todas las latas, distribuidas en la mesa de montaje. Todas contenían película excepto una (yo no la había llegado a abrir anteriormente) que guardaba las cintas magnéticas en las que, supuestamente, debía estar registrado el sonido de la película. Al sacarlas, aparecieron, debajo, al fondo de la lata, las facturas de la película virgen grapadas a un lado y, al otro, los partes de la película ya revelada. Miguel se inclinó sobre la mesa (al ser alto y delgado, su figura adquiría una pose un tanto desgarbada) y se puso a examinar aquello atentamente mientras Paco observaba el estado de la película: “Se conserva bien. Se puede proyectar”. Acordamos proyectar en primer lugar el rollo que ya estaba montado y a continuación solo un par de rollos del bruto, los numerados como 2 y 3, para hacernos una idea general. Miguel se ajustó las gafas de pasta con el índice y nos hizo un resumen de lo que había leído en aquellos papeles: aportaban información técnica, despejaban las dudas sobre las fechas de rodaje y al mismo tiempo, abrían nuevos interrogantes. Primero, todas las facturas y partes del laboratorio eran de 1968 (descartada la participación del padre de Gérard en la película. Murió en el 53 y su esposa en el 62). Segundo, los rollos de película eran de diferentes marcas: Fuji, Kodak, Ilford... y cada uno de ellos había sido comprado en una ciudad distinta de España. (Por asociación de ideas me vino a la cabeza Rossellini, que para sus producciones neorrealistas se apañaba con sobras de película para poder rodar, cada una de un padre y una madre, aunque no iba a ser el mismo caso el que nos ocupaba.) Algo similar ocurría con el revelado. Los partes indicaban que los rollos no habían sido revelados en un único laboratorio, como hubiese sido lo normal en cualquier producción cinematográfica. El rollo 2 había sido revelado en un laboratorio de Barcelona, el 3 en uno de Valencia, el 4 en Sevilla... y así hasta el final. No se había revelado más de un rollo en un mismo laboratorio.

—Gérard tenía razón, su padre no sabía nada —dijo Javier— pero, entonces, ¿quién coño filmaría esto?

Miguel le contestó:

—Tal vez lo averigüemos al ver la película en pantalla. Tal vez reconozcamos a alguien, el lugar donde se filmó... o cualquier otra cosa.

—O quizá lo leamos en los títulos de crédito —continuó Paco.

—Lo que parece claro —afirmé— es que tenían mucho miedo de ser descubiertos. Compran y revelan cada lata en un sitio distinto, por lo visto para que nadie sospeche que están rodando un largometraje y, luego, se dedican a montar la película en un zulo perdido entre las montañas.

Miguel, concienzudo como él mismo, revisó los papeles una vez más, giró la cabeza hacia nosotros, se empujó las gafas hacia arriba con el dedo y dijo:

—Falta una lata.

—¿Cómo que falta una lata? —Preguntó Javier con ojos expectantes.

—Las facturas indican que se compraron 17 latas pero solo hay reveladas 16.

Justo las que teníamos delante, 16.

—¿Mirasteis bien donde las encontrasteis? ¿Puede que se haya quedado una allí? —lanzó Miguel.

—No. Imposible —dijo con total seguridad Javier.

Para eliminar del todo la duda le dije a Miguel que yo había examinado la moviola y todas las bobinas sin encontrar más metraje que el que teníamos allí delante.

A las siete de la tarde, Paco arrancó *Los viajes de Sullivan*. Me asomé por la ventanilla de

proyección y vi al público sentado por las primeras filas, las únicas que se podían ver desde la ventanilla de proyección, el resto las tapaba el anfiteatro (la parte de arriba del cine tenía doscientas butacas más, en gradería, y solo se abría al público cuando se llenaba la parte de abajo). Miguel había corrido la voz entre los más entendidos y cercanos para que no se marchasen al terminar la sesión doble y asistiesen con nosotros a visionar la misteriosa película.

Durante la sesión de *Los viajes de Sullivan*, Paco se dedicó a revisar los tres rollos que íbamos a proyectar después y a empalmarlos todos juntos en una sola bobina grande, y nosotros a observar cómo trabajaba mientras especulábamos. Cuando ya solo faltaba rebobinar la cinta a otra bobina para dejarla de principio, lista para proyectar, Paco, guiñándome un ojo, nos pidió que nos alejásemos al menos tres metros de la mesa de montaje pues la bobinadora cogía mucha velocidad y era peligroso estar por allí. Antes de darle marcha, quitó los utensilios que había por encima de la mesa: empalmadora, tijeras, celo, trapo, colas, fragmentos de película, etc. y los guardó en un cajón. En una de sus lecciones, me había explicado que un objeto, por las vibraciones que el motor eléctrico transmitía a la mesa, podía ir desplazándose hasta alcanzar una de las bobinas (de más de un metro de diámetro y que giran a una velocidad endiablada, como las aspas de un ventilador, pero sin protección, y son de hierro duro) y salir despedido por el impacto de las aspas como una pelota despachada por un bate de béisbol. La bobinadora se accionaba con un potenciómetro. Había que ir girando la ruedecilla numerada con suavidad para que el motor adquiriera velocidad de forma progresiva, no de golpe, y lo mismo para frenar, si no, la película podía, por un tirón o parada brusca, destensarse, descarrilar y enredarse en sí misma provocando un lío de cinta monumental y, en el peor de los casos, que una bobina se saliese del eje y volara disparada por la cabina a lo loco. Sálvese quien pueda.

A las diez de la noche, finalizada la sesión doble, solo quedábamos catorce personas en el edificio. Nos dirigimos a las primeras filas del patio de butacas, cerca de la pantalla, y esperamos a que Paco, que nos miraba desde la cabina, se cerciorase de que ya habíamos tomado asiento y arrancara la proyección. Se apagaron las luces y la cola de principio inició la cuenta atrás en la pantalla: 10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, START. La película empezó sin títulos de crédito (por regla general no suelen añadirse hasta que el montaje está finalizado o casi finalizado) y sin sonido (aún no habían sido sincronizadas las pistas de audio).

Enseguida quedó claro que aquello no era un documental, ni tampoco propaganda de guerra. Era una película de ficción que contaba una historia, al menos en su primera bobina montada:

Un plano general muestra una granja. Un hombre, de unos sesenta años, labra las tierras con un buey mientras su mujer ordeña una vaca.

Por el camino que lleva a la granja vemos acercarse a un pelotón militar de unos quince hombres a pie. Son republicanos, bando rojo. Enseñan a los granjeros un papel con un encabezado que dice: “Lista de reclutamiento”, y les señalan dos nombres de una larga lista: “Tomas García Rodríguez” y “Juan García Rodríguez”. El sargento les hace preguntas. El granjero se encoge de hombros y la mujer niega con la cabeza. El sargento, en primer plano, mira con suspicacia a la pareja y a continuación pide agua para sus hombres (se deduce por el gesto que hace con la mano). Entran en la cocina. La mesa está repleta de vasijas llenas de agua; y repartidos por el suelo y las estanterías hay cantidad de cubos y tinajas llenos también de agua. La mujer da de beber a los soldados. Después de saciar la sed, el sargento ordena a sus hombres retirarse. Los granjeros observan como se alejan, pero en realidad se trata de un truco. Tras distanciarse unos trescientos metros y, aprovechando una curva, los militares se esconden tras unas rocas y mantienen vigilada la granja con unos prismáticos. Al caer la noche, la mujer sale de la casa con un farolillo para

alumbrarse y dos platos de comida. Los coloca en el cubo del pozo y lo hace descender. El sargento lo ha visto todo a través de los prismáticos. Sonríe maliciosamente. Acaba de descubrir dónde se ocultan los dos hijos de los granjeros y sale inmediatamente hacia allí con sus hombres.

Dos soldados encañonan con sus fusiles a los granjeros, y el resto de militares, asomados al pozo, alumbran con linternas y apuntan sus armas hacia dos muchachos allí escondidos a los que obligan a salir. Colocan los grilletes al primero tan pronto como pone un pie en el suelo, pero el segundo se lanza hacia el sargento saltando desde la pared del pozo y le coloca un cuchillo en la garganta. Usándolo como escudo, se escabulle hacia la parte trasera de la casa. Empuja al sargento, monta sobre un caballo sin ensillar y huye a todo galope. Los soldados le disparan pero parece que todos yerran el tiro. Pantalla en blanco. Fin del material montado. A continuación, pasamos a ver dos rollos de material bruto. Un galimatías, como era de esperar. Primeros planos de soldados. Planos generales de patrullas militares. Soldados rojos en una trinchera. Un primer plano de una joven muy hermosa de pelo castaño con una mancha de nacimiento en su mejilla que llama la atención. El antojo es del tamaño de una nuez y tiene forma de corazón. Pero lo más chocante de todo son una serie de planos del hermano fugado vestido con el uniforme fascista. Un hermano apresado por los rojos, otro en el bando fascista. Podía significar muchas cosas: los hermanos eran de ideología fascista, por ejemplo, o el hermano fugado se había convertido al fascismo para vengarse de los alistamientos forzosos que los rojos habían practicado a su familia..., a saber.

Las imágenes terminaron su paseo por la pantalla y las luces de la sala se encendieron. Ninguno de los que estábamos allí reconoció a ningún actor. Más bien parecían amateurs, y todos muy jóvenes, de veintipico. Las localizaciones, Javier y yo las reconocimos enseguida. La granja era la casa donde habíamos encontrado la película y, una parte del paisaje, montañas y valles cercanos a la casa.

Pero aunque no conseguíamos aclarar la autoría, lo que vimos, al material montado me refiero, nos dejó un buen sabor de boca. Era una escena muy digna. Se notaba que no había un gran presupuesto de producción, pero la fotografía, el ritmo, la colocación de la cámara y la tensión de la escena, apuntaban maneras. Los que habían filmado aquello sabían lo que hacían. Había talento.

Miguel se ofreció a montar la película, siguiendo el orden que dictaban las anotaciones encontradas en el sótano. Primero, con la ayuda de Paco, pasaría la película a vídeo. Y, luego, trasladaría las imágenes y el sonido de las cintas magnéticas a un ordenador con programa de edición. Trabajando en sus ratos libres, sobre todo por la noche, y algunos fines de semana, calculó que podría tener un primer borrador en un mes, luego ya se puliría, pero de momento la idea era hacer un primer montaje rápido que desvelara la trama.

Toda clase de especulaciones empezaron a brotar tras la proyección, en una especie de cinefórum improvisado. Observé, como un investigador de laboratorio que ha inoculado el virus de la intriga a sus cobayas, que todos se habían contagiado. No hacía falta tener mucho olfato para darse cuenta de que algo estaba pasando, algo poderoso y enigmático luchaba por llamar la atención, por abrirse paso hasta darse a conocer.

—No sé. En el 68, cuando se rodó esto... sí, vale, de acuerdo, estábamos en plena dictadura franquista pero aun así veo un poco exageradas todas las medidas que se tomaron para ocultar la película a los censores.

—Cuidado. Todavía no la hemos visto entera. No sabemos de lo que realmente trata. Quizá nos falte por ver la parte fuerte, la que temían que se descubriese.

—Aun así, en esa época ya no se mataba a nadie por saltarse la censura. La dictadura había

relajado los castigos. La época revanchista más despiadada fue desapareciendo a medida que los años dejaban atrás la Guerra Civil y la mayoría de la sociedad aceptaba como la mejor opción la dictadura del general Franco. En el 68, las penas de cárcel por criticar al régimen no eran muy elevadas.

—Bueno, pero mejor evitarlas, ¿no?

—No puedo entender por qué la sociedad abrazó el franquismo como la mejor opción.

—Es difícil entenderlo desde nuestra actual perspectiva.

—¿Por qué?

—Porque la historia es, y voy a hacer una metáfora cinematográfica, como la yuxtaposición de los planos en el montaje: cada plano (cada época) adquiere su significado dependiendo del plano que le precede y del que le sigue.

—Brillante metáfora. Por cierto, eso lo dijo Orson Welles al explicar el sentido de los planos en el montaje.

—¿Y qué iba antes y después del franquismo?

—Antes, el caos político (similar a hoy. Siguen vigentes muchos de los mismos problemas.), después, la Segunda Guerra Mundial. Sin Franco, es más que probable que los nazis hubiesen invadido España.

—Volviendo a lo que nos ocupa. A mí lo que me extraña es que no conozcamos a ninguno de los actores. Vale que tiene toda la pinta de tratarse de ser una primera película de bajo presupuesto, pero lo normal es que hubiesen continuado sus carreras hasta consagrarse en el panorama cinematográfico. ¿Por qué no los hemos visto en más películas?

—Tal vez los actores no triunfaron y en cambio sí lo hizo el director.

—Lo dudo mucho. Lo sabríamos. Si fuese un director conocido como mínimo habría hablado o publicado algo sobre su obra.

—A eso le estaba yo dando vueltas. Vamos a suponer que ocultaron la película a la censura. Vale. Pero, ¿por qué no la rescataron de aquel sótano y la sacaron a la luz a partir de 1975, con la llegada de la democracia? ¿Por qué ha permanecido ahí olvidada?

—Quizá porque no la terminaron. Inacabada. Miguel nos lo dirá cuando finalice el montaje.

—Si supiésemos quiénes son los autores... qué fácil sería preguntarles todo esto.

—¿Vivirán? ¿Cuántos años tendrían hoy?

—A ver... del 68 al 2004... alrededor de 60 años.

—Si al menos hubiesen puesto los títulos de créditos, sabríamos sus nombres.

—Un momento —dije—, acabo de acordarme de una cosa. —Me había venido a la cabeza como un flash— *¡Frente a frente en el frente!* —dije como si exclamara ¡Eureka!

—¿Qué? —me preguntaron sin comprender.

—Ese debe ser el título de la película. El póster que vi y que no reconocí. —dije más para mí que para que me entendieran.

—¿Cómo?

—El póster de la película está en el sótano donde encontramos la película. —expliqué.

—¿Figuraban los nombres?

—No lo recuerdo. No me fijé. ¿Te fijaste tú, Javier?

—No, la verdad es que no.

—Espero que los albañiles no hayan empezado ya a reformar las paredes para convertir el sótano en bodega —dije mirando a Javier.

—No. Tranquilo. Hoy había otras tareas más urgentes que realizar. Los pósters siguen en la pared.

—Estupendo.

—Mañana —me miró Javier— podemos ir a primera hora si quieres y comprobar si están los nombres.

—Hecho —confirmé.

6. Un relato terrorífico

A las ocho y media de la mañana del día siguiente, Javier, Miguel y yo nos encontrábamos en el sótano, delante del póster de *Frente a frente en el frente*. Bajo los rostros enfrentados de los dos jóvenes, que ocupaban casi todo el cartel, y que eran los dos hermanos que habíamos visto en la proyección, figuraban una docena de nombres: “Escrito y dirigido / por / José Canals Castelló”; “Director de fotografía / Jaime Sanz Munllor”; “Sonido directo / Lorenzo Sánchez Gea”; “Protagonizada por: / Julián Márquez Rico, Antonio Del Monte Vidal, Miguel Poveda Llopis, José Luis Molins Fenollar, / José Miguel Álvarez Gosálvez, Demetrio Martínez Ruiz, Vicente Sanchís Ibarra...” Aunque los dos últimos nombres del reparto, situados en la esquina inferior derecha, estaban incompletos: “Raquel Cu...” y “Francisco U...”. La humedad había podrido esa zona comiéndose parte de los dos apellidos. “Cu” era todo lo que podía leerse del apellido de Raquel, y menos aún quedaba del de “Francisco”, solo “U”. “Raquel Cu” y “Francisco U”. Qué pocas letras. Habría cientos de apellidos, o tal vez miles, que empezaran por “Cu” y por “U”.

Miguel se recolocó las gafas, anotó todos los nombres en una libreta y a continuación sacó una foto del póster. Luego yo quité las cuatro chinchetas oxidadas que lo sujetaban y lo enrollé con cuidado para llevármelo.

Ya en mi casa, Miguel se hizo cargo de teclear en Google los diez nombres que hallamos completos, pero la búsqueda no devolvió resultados.

—Vaya —dijo con tono de decepción—, como si no existieran.

—Con tanta medida de seguridad como hemos visto que tomaron no me extrañaría que esos nombres fuesen artísticos, pseudónimos, quiero decir.

—Es posible. Supongo que no podemos descartar nada.

—Probemos con el título —propuse.

Frente a frente en el frente

Nada.

—¡Puff! Ninguna puerta quiere abrirse.

—Tal vez —sugirió Miguel— Vicente y Norberto puedan proporcionarnos alguna llave.

Los dos eran socios del cineclub. Vicente era profesor de Historia en la Universidad de Alicante y cronista oficial de Biar, su pueblo natal. La noche anterior, después de asistir a la proyección de *Frente a frente en el frente*, nos dijo que estaba seguro de que en los archivos municipales no constaba nada sobre ningún rodaje, ni en el 68 ni en ningún otro año, y que ninguna de las numerosas personas mayores con las que se había entrevistado a lo largo de los años, en su afán por transcribir la historia local, le había comentado nunca nada a ese respecto. No obstante, nos dijo que si no encontrábamos datos sobre la filmación, le llamásemos para ver si se le ocurría alguna fuente más donde buscar. El otro socio, Norberto, no pudo quedarse al cinefórum, pero lo habían puesto al corriente de los últimos detalles. Trabajaba en Hacienda y Miguel dijo que seguramente tendría acceso a los datos del censo y podría comprobar si los nombres eran inventados o si, por el contrario, pertenecían a alguien realmente. En este último caso, aparecerían detalles como: fecha y lugar de nacimiento, domicilio, familia, etc.

Miguel se ocuparía de hablar con los dos esa misma mañana. Le pregunté si quería tomar algo antes de marcharse.

—No tengo tiempo que perder. Ya comeré al mediodía.

—U otro día ¿no? Ja, ja

—No, en serio. No tengo mucha hambre ahora mismo —dijo ajustándose las lentes por enésima vez.

Miguel era de tipo nervioso y todo esto le entusiasmaba, era un aliciente para su vida. Hacía nueve años que le conocía y nunca nos habíamos parado a hablar ni un minuto de las cuestiones básicas que nos preocupan a todos: amor, pareja, dinero, relaciones con amigos y familiares, etc. Nuestros temas de conversación se limitaban única y exclusivamente a la temática cinematográfica. Así había sido desde el inicio de nuestra amistad. Tal vez se había sentado un precedente inamovible. Tal vez ya teníamos otros amigos para cubrir el cupo de confesiones, pensaba a veces. Otras, sospechaba que a Miguel no le interesaba el mundo real y todas sus decepciones y se parapetaba tras una coraza cinematográfica. Quizá mi amigo pretendía permanecer en el paraíso artístico incluso después de que se encendieran las luces. Rodeado de cine, como Alonso Quijano rodeado de libros de caballerías, el mundo se hacía más llevadero. En cierta manera, ¿no solemos todos hacer eso?: crearnos un mundo a nuestra medida.

Escribí fluidamente hasta casi el mediodía. Esencialmente me dedicaba a narrar la historia y el misterio que envolvían a la película desde mi punto de vista. Empezaba contando cómo Javier me sacó de mi tormentosa rutina al invitarme a ver lo que se había encontrado. Continuaba con la venida de la repentina y esperada inspiración, y acababa con la proyección parcial de la cinta y las especulaciones que había suscitado el cineforum.

Si quería seguir escribiendo, tenía que saber más. No estaba narrando algo inventado, como había hecho anteriormente. Lo que realmente estaba haciendo era transcribir la realidad a la literatura. La vida novelizada. Para poder crear la obra, tenía que vivir la experiencia primero. Ese era el precio. Y me sentía deseoso de pagarlo. Desde el principio, entre aquellas latas de película y yo se había establecido una especie de vínculo, un pacto extrasensorial. Yo obtenía la historia que había estado buscando y, a cambio, me comprometía a descubrir y revelar al mundo el secreto que las había mantenido ocultas todos estos años. La película era como un fantasma vagando en pena a la espera de que el elegido resuelva el enigma que lo retiene en el limbo.

Como de momento ya no tenía más sobre lo que escribir, y me sentía bien, satisfecho por mi trabajo, telefoneé a mis padres. Hacía tiempo que no les veía y me invitaron a comer.

Llegué a la tranquila y arbolada zona residencial donde vivían mis progenitores a las dos menos cuarto. Aparqué sobre el césped, junto a la ranchera de mi padre, y seguí el rastro del maravilloso olor a estofado que mi madre preparaba en la cocina. Me asomé por la ventana y la saludé alabando su destreza culinaria. Ella, encantada con el comentario, pero más contenta por verme, sonrió y vino hacia mí. Se inclinó y nos dimos dos besos sobre el alféizar de la ventana. A continuación, rodeé la casa hasta la puerta principal y accedí a la cocina. Mientras charlaba con mi madre, eché una mano en algunas tareas: puse la mesa, fregué cacharros, fui al huerto a por una cebolla,... Cuando ya estaba todo listo y solo faltaba esperar a que la comida terminase de cocerse, preparamos un rápido aperitivo y nos sentamos en el porche, frente a la piscina. Mis padres habían trabajado duro toda su vida y ahorrado lo suficiente para construirse la casa de sus sueños. Se estaba muy a gusto allí. Reinaba la paz y el silencio. Solo interrumpido, o mejor dicho, amenizado, por el musical canto de los pajarillos. A veces alzaba la cabeza y los observaba volar entre las copas de los árboles, con el cielo azul de fondo. Mi padre, con su habitual mono de trabajo, salió del garaje y vino a saludarme. Nos pidió que le disculpásemos cinco minutos más, el tiempo que necesitaba para terminar de encolar la pieza de una cómoda que estaba restaurando. Había trabajado como carpintero toda su vida y ahora, durante la jubilación, todavía hacía alguna

cosilla, sobre todo para uso doméstico. Lo vi como siempre, en buena forma y activo. Aunque ya tenía setenta y tres años, creo que seguía teniendo más aguante físico que yo. Era de constitución fuerte, duro como el acero. Mi madre, como yo, no partía por naturaleza de una constitución atlética, pero había invertido en deporte a lo largo de su vida y, aunque era bajita y delgada, tenía una gran resistencia física. Hacían buena pareja. No salían mucho. Eran hogareños y prácticos. Les gustaba vivir bien, pero sin despilfarrar ni un euro.

Mientras esperábamos a mi padre, mi madre y yo seguimos conversando, poniéndonos al día. Se mostró muy interesada por mi último proyecto de escritura.

—¿Cuánto calculas que te llevará terminarlo?

—La verdad es que no tengo ni idea, todo depende de lo que tarde en hacer algunas averiguaciones.

—Lo pregunto porque si se alarga demasiado y necesitas algo de dinero, ya sabes que te lo podemos prestar.

—No hará falta. Pero gracias. Todavía me quedan bastantes ahorros —dije intentando sonar convincente.

Mi madre me conocía bien y, además, tenía una visión más nítida que yo en cuanto a organización y gastos necesarios en la vida. Sabía de sobra que yo no nadaba en la abundancia. Es más, posiblemente sabría de manera muy aproximada la cantidad de dinero que había en mi cuenta. Pero yo no quería ir por ahí y desvié el tema de conversación. No pensaba aceptar dinero de mis padres para financiar mis aventuras artísticas. No me aprovecharía de su sudor. Jamás.

Lo cierto es que esta última parte de la conversación tuvo en mí el efecto de un jarro de agua fría, pero en un buen sentido. Me hizo volver a tomar conciencia de que tenía que espabilar, ganarme las lentejas.

Después del aperitivo, pasamos al comedor. Tuvimos una comida de lo más agradable y todo estaba buenísimo, como siempre. Tomamos café en el salón mientras veíamos la tele y comentábamos las noticias del telediario. Luego, mi padre se fue a por su siesta y yo conversé unos minutos más con mi madre antes de despedirme. Le dije que me iba a casa pero en realidad no era lo que tenía pensado.

Fui directo al instituto donde había trabajado como profesor a ofrecerme de nuevo para el puesto. Para mi sorpresa, don Ramón, el director, me dijo que habría una vacante en un mes por baja maternal de una profesora de Literatura Española y que me había presentado en el momento justo para cubrirla.

Ya me sentía más tranquilo. Y todo gracias a la conversación con mi madre.

Nada más entrar en mi casa, el teléfono empezó a sonar.

—¿Diga?

—¿Hablo con Alberto Bonet? —preguntó una voz femenina.

—Sí, al aparato.

—Soy Ruth, la secretaria de don Antonio Gómez. Un momentito y le paso con él.

—¿La secretaria de quién?

—De don Antonio Gómez, de Tele-Producciones Gómez. Le paso.

¿Antonio Gómez? No me sonaba de nada. En cambio, la productora me resultaba vagamente familiar.

—¿Señor Bonet? —dijo la voz grave de un hombre de unos cincuenta y pico años, calculé.

—Sí, al habla.

—¡Me ha encantado su guion y quiero comprarlo!

¡Genial!, no podía creerlo. Por fin me llamaba un productor interesado en uno de mis guiones,

pero ¿en cuál? Había mandado los cinco que tenía escritos indiscriminadamente, a diestro y siniestro, a más de cincuenta productoras. Imposible recordar cuál o cuáles envié a Tele-Producciones Gómez.

—... ¡ahh!... ¡gracias! Me alegro de que le haya gustado.

—Es estupendo. Tiene una buena trama, acción, suspense, intriga...

Varios de mis guiones contenían esos elementos. No podía saber aún a cuál se refería.

—¿Qué parte le ha gustado más? —pregunté.

—La idea en general me ha gustado mucho. Y la forma de perpetrar el atraco es de lo más original.

La palabra “atraco” lo esclareció todo. Sin ninguna duda estaba hablando de *Un golpe maestro*.

—Y, además, no requiere elevados costes de producción —añadió el productor sin poder disimular del todo su alegría.

Bueno, eso es muy discutible, pensé.

—Quiero decir que sería una producción muy viable para nosotros —matizó.

Esta última afirmación: “muy viable para nosotros”, confirmaba lo que yo venía deduciendo desde que me puse al teléfono: que la productora en cuestión no jugaba en primera división. Que sus producciones debían de ser modestas, de bajo o mediano presupuesto. Por el nombre que había dicho la secretaria: “Tele-Producciones... Gómez” y por lo que acababa de decir el tipo del otro lado, estábamos hablando de una producción enfocada únicamente a la televisión. Un producto televisivo era normalmente para usar y tirar. Supe que de ahí no iba a salir ninguna gran obra que pasara a la posteridad, ni siquiera a las carteleras, así que pasta era lo único que podía esperar.

¿Pero cuánta?

—No me andaré por las ramas, Sr. Bonet.

Las cosas claras, me gusta.

—Si quiere vendernos su guion, le mandaré un contrato por mail hoy mismo. Nuestra productora tiene un precio establecido para los guiones: 12000 euros. ¿Le parece bien? ¿Acepta?

Quise decir “sí” enseguida, el dinero me vendría que ni pintado, pero hice un esfuerzo y retardé mi respuesta unos segundos. No quería parecer un desesperado.

—Me parece bien. Acepto.

—Pues entonces, trato hecho. No se arrepentirá. Ya verá que bien queda la película —aseguró.

—¿Ha pensado ya en el reparto y el equipo técnico? —le pregunté.

—Aún no, pero serán todos buenos profesionales. Se lo aseguro.

—Eso está muy bien.

—Una cosa más antes de colgar —dijo.

—Dígame.

—Habrá que hacer algunos cambios.

¿Cómo?

—¿Qué clase de cambios? —salté con espontaneidad contenida y poniéndome en guardia.

—Poca cosa —dijo con tono suave y conciliador—. Solo unas líneas en tres o cuatro escenas.

Se lo envió también.

No me importaba lo del presupuesto bajo; ni que los actores fuesen desconocidos; ni que se tratase de una TV Movie. Sin embargo, que tocasen mi texto me sacaba de quicio. Es algo indignante para cualquier autor que se precie. Pero no adelantes acontecimientos, me dije. Cálmate. Al menos hasta leer las correcciones. Tal vez no sean gran cosa.

—Le echaré un vistazo y ya le diré.

Dije tanteando el terreno y permaneciendo atento a su reacción al dejarle ver que podía oponerme a esos cambios dependiendo de si me parecían bien o mal.

Su respuesta fue tajante:

—Verá, nuestra productora sigue unas directrices que a su vez nos exige el mercado televisivo —dijo con un tono más grave—. No podemos salirnos ni un ápice de ahí. Ni un ápice. Espero que lo comprenda, si es que, como espero y deseo, quiere llegar a un acuerdo con nosotros.

El tipo me había lanzado un mensaje claro durante toda la conversación: las condiciones las ponía él. Solo me dejaba dos opciones: aceptar o rechazar su oferta. Primero había valorado el guion en 12000 euros, precio “establecido”, es decir, o lo tomas o lo dejas, pero no regatees. Y segundo, tendría que aceptar los cambios que se consideraban adecuados para el mercado televisivo sí o sí.

—Sí quiero —dije sin estar al cien por cien convencido del casamiento, pero así ganaba tiempo para pensarlo.

—Bien. Pues entonces lo dicho. Le envío el contrato y el guion con los cambios por mail ahora mismo. Estaremos en contacto. Buenos días.

—Buenos días.

Salí a hacer footing para aclararme las ideas. Y funcionó. Antes del kilómetro cinco (solía correr unos diez), ya tenía claro que debía rebajar mis ínfulas de gran autor indignado y ser práctico. Necesitaba dinero y eso era lo que más debía preocuparme.

Después de la merecida ducha, me tumbé en la cama a escuchar música de los 50s en mi programa de radio favorito y seguí meditando las ventajas que me reportaría vender el guion: uno, entraría una buena suma de dinero, y de golpe, en mi cuenta. Dos, podría prescindir de volver a trabajar como profesor, al menos de momento. Me gustaba mucho el trabajo; enseñar a los chicos y, sobre todo, ayudar a los que tenían más dificultades. Eso último era lo más gratificante. Pero me gustaba más dedicarme a mis proyectos, sobre todo cuando tenía fe en ellos.

Encendí el ordenador y chequeé el correo. Ya había llegado el e-mail de la productora, con dos archivos adjuntos: el contrato y los cambios que habían hecho en *Un golpe maestro*. Abrí primero el archivo que contenía las modificaciones que habían realizado en el guion. Era cierto, no había muchos cambios, solo unas líneas aquí y allá, pero eran cambios demolidores que alteraban drásticamente el sentido de la historia. Sobre todo afectaban a la parte final, la más importante. En la versión modificada por la productora, los protagonistas, rodeados por la policía en la última escena, se entregaban sin oponer resistencia, justo lo contrario de lo que yo había concebido. En mi versión, los protagonistas, rodeados por la policía, preferían morir antes que entregarse. Se transmitía así una idea de inconformismo y rebeldía total hacia el sistema. Yo no albergaba ideas antisistema, al contrario, creía en él, por eso quería mejorarlo sacando a relucir sus vergüenzas. Pero los de la productora le habían dado la vuelta a todo mi planteamiento. Según ellos, era mejor que en la última escena no muriese nadie, así el Ministerio de Cultura no calificaría la película para mayores de 18 años y se podría emitir en horario de sobremesa, justificaban en una nota a pie de página. Por lo que los ladrones, rodeados por la policía, se entregaban y devolvían el dinero y, como era la primera vez que se saltaban la ley, les caían solo unos pocos años. Era vomitivo. Se cargaba todo el drama y el significado, todo el mensaje, y reducía la película a un mero entretenimiento.

Pese a las serias dudas, que causaban gran debate y agitación en mi interior, acabé firmando el contrato. No me sentí orgulloso, pero no se podía tener todo en la vida, dije para consolarme.

Aunque quizá solo era una manera de justificar una acción que no aprobaba una parte de mí. Mi yo autor estaba tremendamente enojado porque mi yo pragmático se había salido con la suya.

El teléfono de la mesita empezó a sonar. Alargué el brazo y descolgué el auricular.

—¿Diga?

—Soy Miguel.

—Hola. ¿Cómo ha ido?

—No ha ido mal. Hablé con Norberto y se mostró dispuesto a colaborar. Me llamará tan pronto como haya comprobado los nombres en la base de datos de Hacienda.

—Bien. ¿Y qué hay de Vicente?

—Me ha llamado al móvil, desde Novelda, para decirme que no terminaría sus pesquisas hasta la noche, que tenía que entrevistarse con alguien allí. Que después de cenar se pasaría por tu casa y nos contaría...

—Perfecto. Pues aquí os espero.

—De acuerdo, hasta luego.

Vicente y Miguel se presentaron en mi casa a las diez y media. Vicente se recostó en el sofá. Parecía cansado después de un largo día yendo de acá para allá en busca de información (estaba de vacaciones, y por eso pudo dedicar toda la jornada al asunto. Ya éramos muchos los contagiados). Tenía unos cincuenta y cinco años y un espeso pelo blanco que peinaba hacia atrás partiendo de un sutil tupé coronado por un mechón grisáceo. Nos contó que lo primero que hizo fue ir al Ayuntamiento a revisar algunos archivos pero que, como suponía, allí no había nada sobre ningún rodaje. La única opción que veía en el horizonte era tirar de entrevistas. Pensó en el alcalde que rigió desde 1939 hasta 1978: Luis Ángel Carrillo Rivera, pero como falleció en 2001, tuvo que conformarse con su hijo: Luis Ángel Carrillo Martínez. Y como era de esperar, este no sabía nada. Su padre nunca le habló, y si lo hizo no lo recordaba, de ninguna película o grupo de jóvenes que pulularon por el pueblo en el 68.

Los siguientes entrevistados fueron personas mayores. La mayoría conocidos de Vicente que ya habían colaborado con él anteriormente aportando información útil para algunas de sus publicaciones. Pero, lamentablemente, esta vez no hubo suerte. Nadie sabía nada de rodajes ni de un grupo de jóvenes del 68.

Vicente se incorporó, entrecruzó las manos y apoyó los codos sobre las rodillas. Llevó la vista al suelo unos segundos y, luego, levantó la cabeza y nos miró con expresión afectada.

—Solo se me ocurría una persona que quizás pudiera saber algo. Un tipo siniestro. Un juez y verdugo, segador de vidas, del que sabía por los escalofriantes testimonios de la gente que vivió la posguerra: el Teniente Roig. Como sabéis, al terminar la contienda, y como era de esperar, es ley de guerra, los vencedores impusieron su justicia. Los franquistas formaron escuadrillas de la muerte que iban de pueblo en pueblo en busca de rojos que aniquilar. Y al mando de una de esas escuadrillas iba el Teniente Roig. Todos aquellos que habían participado en la guerra y, sobre todo los que tenían las manos manchadas de sangre, eran capturados y llevados en camiones hasta las afueras del pueblo. Allí los fusilaban. Después, los cuerpos eran arrojados en fosas comunes, (a veces situadas dentro de un cementerio, otras en pleno campo) o abandonados en las cunetas de las carreteras, que era otro de los habituales escenarios de ejecución.

—¡Puff! Qué horrible —dijo Miguel.

—El Teniente Roig era el jefe de una de esas escuadrillas de matariles.

—¿Teniente del Ejército?

—No. De la Guardia Civil. Pero eso vino después. Durante la campaña de la purga roja aún

no ostentaba ningún cargo. Hasta entonces solo había trabajado como zapatero.

—De zapatero a genocida, un cambio radical.

—Sí. Por eso, como premio, al finalizar la campaña, lo nombraron sargento de la Guardia Civil.

—Vaya forma de ascender.

—Al régimen le interesaba tejer una red de poder que estuviera compuesta por afines a su causa.

—Entiendo. El poder fue distribuido entre los más fieles al régimen.

—Exacto. Así se repartieron todos los cargos: alcaldes, policías, jueces, militares, etc. Lo controlaban todo. Incluso la ayuda exterior. Os pongo un ejemplo. Tras la Segunda Guerra Mundial, EEUU puso en marcha el plan Marshall, que consistía en enviar alimentos a algunos países de Europa, como España, donde hacía falta leche y otros nutrientes de primer orden. La idea era que se repartiese todo entre la población gratuitamente. Pues bien, algunos de los afines al régimen que se encargaron de la gestión y distribución... ya podéis imaginaros. Primero llenaron sus despensas hasta los topes, luego repartieron con los de su color y lo poco que sobró lo vendieron o canjearon por favores.

—Qué triste.

—Sí, era toda una red de poder muy bien asentada e interconectada.

—Qué cabrones.

—Gozaban de una posición muy ventajosa: se las arreglaban, o, mejor dicho, se lo arreglaban, para pagar menos impuestos; tenían información sobre los concursos públicos antes que la competencia; se presentaban a oposiciones que sabían que iban a ganar, les daban trato preferente en los hospitales... y, sobre todo, y lo más peligroso, algunos de ellos, los más poderosos o con mejores amistades, disfrutaban de inmunidad policial y judicial.

—Vaya panda de corruptos. Aunque pensándolo bien, hoy día, salvando las distancias, tampoco es tan distinto.

—Por supuesto que no. De hecho, si lo analizas en su esencia, es exactamente igual. La corrupción nace con el hombre y se crece con el poder. Siempre ha sido así y siempre lo será.

—Pero a lo que iba. Comprenderéis que no me apeteciese mucho visitar al Teniente ¿verdad?... pero allá que fui.

—¿A su casa?

—Sí. Le telefoneé primero y aceptó la entrevista. Le dije que escribía un artículo de la Guerra Civil para una revista de Historia.

—Ya.

—¡Qué impresión cuando le vi! Con ochenta y siete años y postrado en un sillón del que apenas se levanta, y con ayuda, para ir al baño, resulta inofensivo físicamente, pero su mirada, desconfiada y profundamente suspicaz, me desconcertó, parecía querer penetrar en mis pensamientos por la fuerza.

—¡Caray!

—Así fue el recibimiento. Pero no me dejé intimidar, me mantuve sereno y cordial.

—Buena técnica.

—No paró de hacerme preguntas, de tantearme, para ver con qué ideología congeniaba. Pero la táctica de esquivarlo y dar respuestas vagas acabó por enfurecerlo.

—¿Eres comunista? —me preguntó elevando el tono y clavándome sus pequeños y húmedos ojos vidriosos.

—No —contesté.

“Sobre la mesa camilla, junto a varias cajas de medicamentos, una serie de fotografías enmarcadas mostraban al Teniente Roig de joven. Lucía un impecable uniforme, y su denso pelo negro (ahora estaba casi calvo) y sus pobladas cejas ensombrecían aún más su oscura y tenebrosa mirada.”

—Porque yo no hablo con comunistas ¿Está claro? —me espetó.

—Yo no soy comunista. Solo historiador, como le dije por teléfono.

—Bien, porque los comunistas son unos hijos de puta.

“Hizo una pausa, como esperando alguna posible reacción por mi parte, que no se produjo. Giró la cabeza a un lado y lanzó un escupitajo al suelo.”

—Eres historiador, ¿no?

—Sí.

—Pues yo te contaré historia.

“Una vez que ya había marcado su territorio y las posibilidades de que yo fuese un espía rojo eran improbables, y en caso de que lo fuera, al menos ya me habría insultado por adelantado, el Teniente se abrió. Curiosamente, le gustaba hablar, y no tanto que le hiciesen preguntas. Así que, de momento, dejé que se despachara a gusto y me soltara el rollo. Lo que me contó, resumido, es que a su hermano mayor y a su padre, zapateros como él, los habían matado los rojos. Él y su madre fueron capturados y confinados en un campo de concentración, donde enfermaron por las condiciones insalubres en las que tuvieron que malvivir durante meses.”

—Nos trataban peor que a cerdos. Mi madre no pudo resistirlo y murió. La misma suerte estaba a punto de correr yo y, la verdad, no me importaba. Incluso lo deseaba. Pero milagrosamente fui resistiendo y, al final, lo que no te mata te hace más fuerte. Y con cada día que pasaba, mi odio hacia los rojos crecía y crecía. Solo una idea habitaba en mi cabeza: huir de allí y dedicar el resto de mi vida a matar comunistas.

“Consiguió fugarse del campo, llegar al bando franquista y enrolarse en sus tropas. Enseguida llamó la atención de sus superiores por su valor en el campo de batalla. *Por cada rojo muerto, el mundo mejora*, proclamaba. Cuando acabó la guerra, los mandos no dudaron en ponerlo al frente de una escuadrilla dedicada a buscar y exterminar a los rojos que trataban de esconderse o huir de España. Al terminar, con mucho éxito, su mortífera campaña, lo premiaron nombrándolo sargento de la Guardia Civil. Dos años más tarde, fue ascendido a teniente.”

“Cuando el Teniente Roig terminó de contarme su historia, y se adivinaba en su postura altiva y saciada que no tenía más que decir, aproveché para lanzarle algunas preguntas e ir dirigiendo la conversación hacia donde nos interesa:”

—Supongo que hay que tener valor para matar a un hombre.

—¿Hombres? ¿Esas ratas rojas? Lo peor que ha existido en este mundo, que yo haya conocido, son los rojos —sentenció arrojando un gargajo—. Me cuesta más pisar una cucaracha que matar a un rojo.

“Notad que lo dijo en presente”, Señaló Vicente.

—Es asombroso todo lo que pueden perdurar el odio y el rencor.

—En los años posteriores a la guerra, ¿quedaban rojos? —le pregunté.

—Muy pocos. A los que no pudieron huir de España los liquidamos —contestó el Teniente Roig.

—¿Y no atrapó ninguno años más tarde?

—Sí. En el cuarenta y tres cogimos a uno que había permanecido escondido en su casa cuatro años. Por el día se metía en un armario y, por la noche, salía para comer y dormir en la cama, junto a su mujer.

—¿Qué le hicieron?

—Lo que se merecía. Matarlo, como él había hecho con los nuestros.

—Y más tarde, allá por los sesenta, ¿todavía quedaba alguno?

—Ninguno. Ninguno que hubiese participado en la guerra. En los 60s lo que empezaba a haber eran melenudos, hippies y comunistas de nueva hornada.

—¿Y también los mataban?

—¡Eh! Un momento —. Sus ojos volvieron a concentrarse en mi expresión. Creo que titubeé un poco— ¿Adónde pretende ir a parar? —preguntó inquisitivamente.

“Sonaron las alarmas. Comprendí que no podía seguir dando rodeos y acercándome a la cuestión en círculos. Tenía que arriesgarme y preguntarle directamente. Quizá solo me quedaba un intento antes de que me echara.”

—Verá, nos consta que en el 68 un grupo de jóvenes estuvo rodando una película ilegal por la zona de Biar. Estamos intentando obtener información sobre ellos y pensamos que tal vez usted supiese algo, ya que estaba al mando de la Guardia Civil en esa zona. ¿Sabe usted algo?

“Me miró ladeando un poco la cabeza, estudiándome con creciente indignación. Yo le había dicho que íbamos a hablar de historia y ahora se acababa de percatar de que en realidad eso había sido tan solo un ardid, y que mi objetivo oculto era enterarme de si la Guardia Civil bajo su mando había frustrado un rodaje ilegal y matado a los cineastas. Entrecerró los ojos y frunció el ceño moviendo la lengua dentro de su boca nerviosamente. Me clavó una mirada de tremendo desprecio, como nunca había visto, y empezó a gritarme:”

—¡Fuera de mi casa! ¿¡Qué se ha creído!?! Le abro la puerta... me dice que viene para charlar de historia y pretende interrogarme... ¿¡cómo se atreve!?! ¡Largo de aquí!, ¡mequetrefe hijo de puta! ... ¡Fuera de mi vista!...

—Vaya reacción —dijo Miguel.

—Sí, tal vez diste en la diana... —lancé.

—¿Quieres decir que... que tal vez interceptó a los jóvenes del 68? —dijo Miguel.

—Si lo hizo, no lo dirá nunca —aseguró Vicente.

—Joder, pudo haberlos matado —dijo Miguel.

—Todo es posible, aunque no sería propio de los 60s —dijo Vicente—. Ya no estamos hablando de la represión brutal de la posguerra, de aquellas espantosas ejecuciones de los 40s y 50s. En los 60s podías ir una temporada a la cárcel si largabas contra el régimen pero ya no te mataban por “contestatario” porque, uno: los “rojos” de nueva hornada no habían participado en la guerra y no tenían las manos manchadas de sangre y, dos: España, que en el pasado había sido aislada de los países avanzados por ser una dictadura que además había flirteado con la Alemania nazi, se estaba abriendo al mundo y para conseguir integrarse e ir equiparándose al resto de países democráticos tenía que cuidarse de no atropellar los derechos humanos más básicos.

—Ya, entiendo. Acabada la guerra y las posteriores venganzas de posguerra, las cuentas quedaron saldadas por parte del régimen. Pero también cabría la posibilidad de una acción individual ¿no? Un lobo solitario lleno de rencor que actúa por su cuenta. Alguien como el Teniente Roig. Tal vez encubierto por la red de poder. Apuesto a que habría otros como él, obsesionados con matar rojos —dijo Miguel.

—Visto así... Eso ya no te lo puedo discutir.

7. Desaparecidos

1968.

Un actor, caracterizado como el general Franco, está en un despacho reunido con altos mandos del Ejército, actores también. Todos, incluido Franco, llevan orejas de burro postizas, de plástico, y una esvástica a modo de brazaletes. Al otro lado de la estancia, una cámara de cine aguarda para filmar la escena. El director da la orden: “¡ACCIÓN!”. La claqueta entra en plano y marca la toma con su clásico “¡CLACK!”

CAPITÁN: Mi opinión, generalísimo, es que deberíamos dar luz verde a Hitler para que suelte sus bombas.

TENIENTE GENERAL: Yo opino lo mismo, excelencia. Así matamos dos pájaros de un tiro.

GENERAL FRANCO: Explíquese.

TENIENTE GENERAL: Por un lado, contentamos a Hitler. El Führer desea probar sus bombas, observar su capacidad destructiva. Por otro lado, Guernica es zona rebelde y nos vendría muy bien arrasarlo todo.

GENERAL FRANCO: ¿Estáis todos de acuerdo?

TODOS: Sí, excelencia.

GENERAL FRANCO: Suñer, ocúpese personalmente de las negociaciones con los alemanes.

SUÑER: A la orden, mi general.

GENERAL FRANCO: Pero cuidado. Negocie bien. Que el alemán no se nos suba a la chepa. Hágales ver que el favor se lo hacemos nosotros y no al revés.

SUÑER: Así lo haré, mi general.

De repente la puerta se abre de una patada. Un grupo de guardias civiles, fusiles y pistolas en mano, irrumpen violentamente en la estancia. Los actores, el director y los dos operarios que manejan el sonido y la cámara se sobresaltan.

El Teniente Roig al frente, con su denso pelo negro peinado hacia atrás con algún tipo de aceite, y su uniforme impecable, grita: “¡Qué no se mueva nadie! ¡Las manos en alto!” —Se acerca a los actores, atónitos, hasta el cara a cara. Observa su burlesco atuendo y luego se gira hasta clavar su mirada en el director. Con el gesto sonriente le dice: “¿Así es cómo nos veis? ¿Como a unos burros?” El director, con todo el valor que es capaz de reunir, y sintiendo la amenaza de aquellos diminutos y siniestros ojos negros bajo selváticas cejas, le contesta: “Solo estamos expresando nuestras ideas en una película”.

—¡Y una mierda! —espeta Roig, que ha cambiado la sonrisa por una expresión de ira contenida— Lo que estáis haciendo es burlaros de los que luchan por la patria.

El cámara, un joven con melena y con una serenidad superior a la de los propios soldados armados, le contesta: “¿Qué patria es esta en la que no podemos expresarnos libremente?”

—¡Cállate, comunista traidor! —le chilla un soldado enfurecido y dominado por la rabia.

—Y por si fuera poco —continúa el Teniente Roig— habéis osado ridiculizar al Jefe del Estado —dice señalando al actor que representa a Franco, que no puede evitar tragar saliva—. Esto os va a salir muy caro. Vais a pasar una buena temporada a la sombra en un viejo y húmedo castillo, allí podréis hacer teatro... ja ja ja... para las ratas... ja ja ja... todo el que queráis... hasta que os pudráis... ja ja ja...

La risa del Teniente se contagia automáticamente al resto de guardias.

—Ahora, dadme toda la película que hayáis filmado. Queda decomisada. Será estudiada y utilizada en el juicio como prueba.

—Vaya —vuelve a intervenir el cámara, esta vez con tono irónico— ¿Pero es que va a haber un juicio y todo? Es de agradecer, pero, ¿para qué? No se merecen tantas molestias...

Son las últimas palabras que pronuncia antes de que el soldado nervioso de antes, ahora fuera de sí y con el rostro enrojecido, le aseste un fuerte golpe con la culata de su fusil en plena cara. “¡Calla, cerdo rojo!” ¡¡PLAFF...!!

Instintivamente, y para su sorpresa, el director ve volar su propio puño hacia la mejilla del agresor que, al recibir el furioso golpe, cae de bruces contra el suelo. Y ahí no acaba todo. Los demás cineastas siguen la iniciativa. Uno de los actores, el más fornido, coge la mesa y la lanza contra los Guardias Civiles al tiempo que el resto de jóvenes no duda en abalanzarse sobre el guardia que tiene más cerca. Se monta un barullo impresionante y, cuando son conscientes de que han conseguido derribar a todos los opresores, aprovechan para escapar por la ventana más próxima.

El Teniente Roig, con una brecha en la frente chorreando un hilo de sangre que le ciega un ojo, consigue levantarse y acercarse a la ventana. “¡Atención! ¡Se escapan! ¡Disparadles!”

Tres soldados, que esperaban fuera, a unos cincuenta metros de la casa, y con los que los jóvenes no habían contado, abren fuego haciéndolos caer como moscas. Todos muertos. Acribillados a balazos a escasos metros de la casa, la misma casa en la que encontró la película Javier, pero treinta y seis años más nueva.

La sangre brota a raudales de sus heridas formando una mancha roja sobre la tierra. La mancha se extiende y rodea los cuerpos inertes hasta formar un enorme rectángulo; de tal modo que los jóvenes quedan enmarcados en un macabro lienzo viscoso, un cuadro horripilante amenizado por el eco de las risas carroñeras del Teniente Roig y sus secuaces. De repente, la cabeza de un caballo espantado emerge del funesto lienzo embadurnada en sangre y, retorciéndose de dolor, se agita como un perro tras el baño. Una multitud de gotas rojas producen una lluvia roja sobre lienzo rojo. De la parte izquierda del cuadro, brota una mujer empapada en sangre y gritando al cielo, a los bombarderos, por el hijo muerto que sostiene en brazos. La cabeza de un toro. Una bombilla en lo alto ilumina toda la escena. De repente lo veo claro. ¡Pero si es el *Guernica*! Todo se acelera. Las imágenes forman un vertiginoso collage caleidoscópico que me atormenta. Un turbulento remolino de sangre y gestos de dolor que son engullidos por un sumidero. Mi corazón está a punto de estallar, pero, antes que eso ocurra, en el último instante, vuelvo a la realidad. Sobresaltado. Sudoroso.

Ha sido la peor pesadilla de toda mi vida.

¡El horror!

¡He visto el horror!

Me había dormido sobre la máquina de escribir después de trasladar a papel la entrevista de Vicente con el Teniente Roig. Mi cuerpo, cansado, se había rendido y había sucumbido al sueño, pero no así mis pensamientos que, fuera del control de la conciencia, campaban surrealísticamente a sus anchas en forma de pesadilla. Una pesadilla con final cubista-expresionista que simbolizaba mis miedos. Mis peores temores sobre lo que les podía haber ocurrido a los jóvenes cineastas.

No hay como ponerse en lugar del otro para comprenderlo, para empatizar con él. Y aquella pesadilla fue lo más parecido a ese trueque. Vi el gran peligro al que se enfrentaron aquellos jóvenes. Y todo por hacer realidad el sueño de rodar su película. Eso sí era pasión por el arte. Y

más teniendo en cuenta que la película, todo parecía indicarlo, si no para qué esconderse, no se podría estrenar en España mientras durara la dictadura (y en aquel entonces no se veía el fin). Estaba seguro de que a medida que el montaje de la película avanzara, iríamos descubriendo un mensaje que no comulgaba con la ideología impuesta por el poder. Pero, en definitiva, en resumidas cuentas, la pesadilla me hizo valorar la hazaña, la valentía de los transgresores. Tomar conciencia de que se jugaban el tipo por llevar adelante un proyecto al cual se oponía nada menos que el estado y su brazo armado. A medida que meditaba sobre todo el asunto, mi admiración y afecto por los jóvenes crecía y crecía. Aún no me daba cuenta, pero me estaba implicando más de lo que era consciente.

El súbito ring del teléfono me sacó de la meditación. Era Miguel. Su voz sonaba excitada y, durante las primeras palabras, algo atropellada.

—¡Los nombres son auténticos! Norberto los ha encontrado todos. Bueno, los diez que tenemos de una pieza, los dos restantes, los incompletos, no.

—¿En serio?

—Sí. ¿Estás sentado?

—No, pero...

—Pues siéntate. Te lo aconsejo.

—¿Qué habéis averiguado?

—Los nombres existen. Esa es la buena noticia. Norberto los ha encontrado en la base de datos del censo.

—¿Y la mala?

—Todos figuran como desaparecidos.

—¿Cómo desaparecidos? ¿Desde cuándo?

—Desde 1968. El mismo año en que rodaban la película.

La coincidencia me puso los pelos de punta. Acababa de soñar que los hicieron desaparecer durante el rodaje y ahora, tan solo unos instantes después, me enteraba de que no volvieron a dar señales de vida desde entonces.

—¿Y qué más sabéis?

—No mucho más, pero, y vuélvete a agarrar, las desapariciones no están relacionadas entre sí.

—¿Cómo? Quieres decir que...

—Que no están vinculadas. No existe una denuncia por la desaparición de un grupo. Los familiares de cada joven denunciaron la desaparición de su allegado sin saber que otras personas desaparecieron junto con ellos. Dicho de otro modo: las desapariciones fueron denunciadas individualmente, aisladamente, como si cada uno hubiese desaparecido por su cuenta, sin tener nada que ver con los otros.

—Qué extraño. Es como si nadie supiese que se conocían entre sí.

—Exacto. Ni que estaban haciendo algo juntos.

—Todo es muy misterioso.

No sabía qué pensar.

—Es más —continuó Miguel—, todas las denuncias están fechadas en diciembre, en Madrid (donde todos estudiaban, aunque cada uno procedía de un punto distinto de España), pero atención; en diferentes días. La denuncia, por ejemplo, de la desaparición de Jaime Sanz, nacido y residente en Zaragoza, es del 16 de diciembre de 1968. La de José Canals Castelló, nacido y residente en Benignim (Valencia), es del 13 de diciembre de 1968. Y la de Antonio del Monte, nacido y residente en Soria, es del 20 de diciembre de 1968.

—Me figuro que eso puede deberse a que cada familia se dio cuenta de la desaparición de su

allegado en días distintos; supongo que a medida que iban intentando establecer contacto con ellos por cuestiones rutinarias.

—Como decías —concluyó Miguel—; es todo muy misterioso. Nadie conectó las desapariciones.

—Nadie hasta ahora —aventuré—. Quizá nosotros somos los primeros en saber que habían formado un grupo. Un grupo clandestino que trataba de rodar un film no permitido por la censura en el más absoluto secreto.

—Seguramente. ¿Crees que están vivos? Quizá huyeron de España —se lanzó a especular Miguel—. En aquellos tiempos había gente que se marchaba a la URSS o a otros lugares supuestamente utópicos.

No me cuadraba aquella hipótesis. Y menos después de la pesadilla. —No sé, pero me da que...

—Piénsalo, puede que los persiguiese la policía de la dictadura —añadió Miguel.

En eso estaba pensando.

—Tal vez se fueron al extranjero huyendo de sus perseguidores —prosiguió lleno de ímpetu al cuadrar su hipótesis.

—Suponiendo que así fuera, ¿por qué no regresaron a España al cabo de los años? Aquellos supuestos paraísos utópicos acabaron convirtiéndose en infiernos.

—Porque tal vez medraron allí. Quizá acabaron ostentando cargos públicos importantes o formando una familia con...

—¿Y durante todos estos años no se han puesto en contacto con sus familias aquí en España? No le veo sentido.

—O tal vez, y me pongo en el peor de los casos, fallecieron allí. Imagina que tuviesen un accidente de tráfico, por ejemplo...

—No, no tiene lógica. Si hubiesen muerto, figuraría en alguna parte seguramente.

—¿Y si los mataron los rojos durante el rodaje? —volvió a la carga Miguel virando 180° en sus conjeturas.

Lo miré con incredulidad.

—¿Por qué no? —prosiguió—. Quiero decir algún lobo solitario o un grupo de ellos. O no rojos, alguna clase de opositor o enemigo del régimen. Deberíamos contemplar todas las posibilidades. Me explico. Pensándolo bien, la película empieza criticando a los rojos ¿no? Una patrulla republicana reclutando por la fuerza a los hijos de una pobre familia de granjeros. Quizá la película va contra los rojos y hemos estado suponiendo erróneamente que es antifranquista.

—Ya, entiendo tu razonamiento. También yo pensé en esa posibilidad, pero después de darle vueltas llegué a la conclusión de que esa teoría no se podía sostener. Sobre todo porque le quita todo el sentido a que mantuvieran el rodaje en secreto. Criticar a los rojos no hubiese molestado al régimen. Al contrario. Es más, durante los 40s y 50s se estrenaron muchas producciones que mostraban el horror rojo. Historias, por ejemplo, de detenciones a simpatizantes de la sublevación, o incluso de personas inocentes que acababan en checas rojas (cárceles) donde pasaban las más inimaginables penurias. Yo creo que a medida que avancemos el montaje de la película, iremos descubriendo lo que realmente querían expresar nuestros amigos: alguna idea que hubiese incomodado al régimen, seguro. —“Nuestros amigos”, me oí diciendo.

—¿Qué crees que les pasó, entonces? —se rindió Miguel.

—No lo sé. Pero me temo que nada bueno.

—Ya.

—Supongo que tendremos que informar a la policía de todo esto —dije.

—De eso se encarga Norberto. Él dará parte de todo mediante la redacción de un informe oficial. Me dijo, por su experiencia en el censo, que la policía suele tomarse con mucha tranquilidad este tipo de casos archivados y polvorientos, y cree que tardarán en ponerse en contacto con nosotros, y esto último solo lo harán si al final deciden reabrirlo. Lo bueno es que parece que tendremos tiempo de ver la película antes de que nos la reclamen, si es que nos la reclaman.

—Por cierto, ¿cómo llevas lo del montaje?

—Esta tarde he quedado con Paco para pasar el celuloide a vídeo. Mañana me dedicaré a volcar las imágenes y el audio al ordenador y, pasado mañana, comenzaré a cortar y pegar los planos siguiendo el orden establecido en la libreta que encontramos. Ve pasándote por mi casa cuando quieras, ya sabes que a partir de las siete, cuando salgo del periódico, es cuando puedo editar.

—Vale, pero acuérdate de cenar.

—Eso lo hago al mismo tiempo. ¿Para qué inventaron los sándwiches?

—Ja ja... Qué tío.

—Te he mandado un e-mail con todos los datos de los desaparecidos que figuran en Hacienda: dirección, relación de familiares, etc.

—Gracias. Voy a abrirlo. Estamos en contacto. Bye.

—OK. Hasta luego.

Imprimí catorce folios con los datos y fotografías tamaño carné de los diez desaparecidos y marqué en un mapa que saqué de internet las ciudades y pueblos que figuraban como su residencia oficial (aunque todos habían desaparecido en Madrid, donde estudiaban, sus familiares tal vez seguirían viviendo en las mismas señas. Eso esperaba). Uní los puntos creando una ruta que iba del más cercano, Monteagudo (en la región de Murcia), al más lejano, Santander, pasando por Benigànim (Valencia), Muntanyes Fredes (Castellón), Lérida, Zaragoza, Soria, Segovia, Salamanca y León. Sin pensármelo dos veces, desempolvé una vieja maleta que descansaba en lo alto de un armario y la abrí sobre la cama. No sabía cuánto tiempo iba a estar fuera. Ni qué necesitaría exactamente. Metí ropa, material de aseo, libros y una libreta para notas. Del armario ropero rescaté un viejo chaquetón marrón que me llegaba hasta casi las rodillas y calentaba lo suyo (a finales de septiembre el tiempo es impredecible) y lo embuté en la maleta. El portátil lo guardé en su funda-maletín, que tenía una correa larga, y me la colgué al hombro. Con la mano izquierda así la maleta y con la derecha la documentación del coche y las llaves.

8. Monteagudo

En menos de quince minutos ya me encontraba en la autopista conduciendo hacia Monteagudo en busca de los familiares de Lorenzo Sánchez, que fue el encargado de grabar el sonido. La ficha constaba de los siguientes datos significativos:

Nombre: Lorenzo Sánchez Gea

Dirección: Calle Mateo Alemán, 10. Monteagudo (Murcia)

CP 30160

D.N.I: 11856328G

Fecha de nacimiento: 9 de febrero de 1946.

Estado civil: Soltero.

Padres: Secundina Gea Ortiz y Blas Sánchez Olivares.

Observaciones: Denuncia por desaparición mientras estudiaba en Madrid en fecha de 17 de diciembre de 1968.

A las seis y media de la tarde llegué a Monteagudo, un pequeño pueblo a las faldas de una prominente montaña en cuya cima se erige un castillo medieval coronado por un Cristo de piedra con los brazos abiertos que da la bienvenida desde lo alto de los cielos. Recordaba al Cristo de Río de Janeiro, aunque este último era de mayores proporciones.

Encontré con facilidad la dirección que buscaba, en el casco antiguo. Pero aparte del número diez, todavía legible en una oxidada chapa de latón, y lo que quedaba de la descascarillada fachada principal, el resto de la casa estaba en ruinas, o mejor dicho, en escombros. El techo se había desplomado por completo y los tabiques se adivinaban semienterrados entre piedras, vigas podridas y cañas. Las casas vecinas, deshabitadas, iban por el mismo camino. Lo bueno de los pueblos pequeños es que todo el mundo se conoce y se sabe la vida del vecino. No tardé en enterarme por unos jubilados que se entretenían jugando a la petanca en un descampado cercano, que la pareja que habitaba el número 10, Blas y Secundina, habían fallecido hacía más de veinte años. Me constataron que su hijo, Lorenzo, desapareció a finales de los 60s y nunca más se supo de él. Pero tenían otra hija, María José, aunque no volvió a verse por el pueblo desde que se casó con un militar y se fue a vivir a Canarias, hacía más de quince años. Pregunté si sabían de alguien que pudiera tener su teléfono y, dos de los vejetes, haciendo gala de la hospitalidad sureña, que es más cálida aún en los pequeños municipios, me acompañaron hasta la casa de una mujer que había sido amiga de María José en su juventud. Quizá ella tuviera el número. Por desgracia, la mujer no estaba. Mis amables acompañantes no dudaron en aporrear las puertas vecinas para preguntar si alguien sabía dónde estaba, pero no hubo suerte. Valoré la situación y mi tiempo y decidí que lo mejor sería emprender camino hacia la siguiente dirección. Me deshice en agradecimientos hacia mis colaboradores y me despedí rumbo a Benigànim (Valencia).

9. Remordimiento

Eran ya casi las diez de la noche cuando llegué a Benigànim. Demasiado tarde para hacer visitas, y menos de esa clase. Además, estaba cansado del viaje; casi dos horas y media de Biar a Monteagudo y tres más hasta Benigànim hacían un total de cinco horas y media al volante en una sola tarde-noche.

Recorrí las calles principales de la pequeña localidad sin encontrar ningún hotel, hostel o pensión. No había ninguno, me informó un lugareño al que pregunté. Lo más cercano era el motel *Luna azul*, que estaba a cinco kilómetros, en la carretera que conectaba la autopista con el pueblo. Como no sabía si daban cena, antes de emprender el camino me aprovisioné rápidamente en un supermercado que estaba a cinco minutos de cerrar.

El motel de carretera *Luna azul* estaba casi desierto de clientes y el conserje me dio una de las mejores habitaciones de la planta baja. Desde allí podía divisar mi coche, iluminado por una de las dos farolas del parking. Saqué la comida de la bolsa del supermercado y me dispuse a cenar lo más dignamente posible. De vez en cuando, una ráfaga de luz, proveniente de los pocos vehículos que aún circulaban por la carretera, se colaba por la ventana y barría la habitación, como si estuviese escaneando mi efímera y solitaria estancia en aquel lugar.

Después de transcribir al portátil mis últimas pesquisas, tomé una ducha y me tumbé en la cama en compañía del mando a distancia de la televisión por cable. Estuve cambiando aleatoriamente de canal sin encontrar nada que me gustase hasta que di con los títulos de crédito de *Los viajes de Sullivan*, qué gran película. La había visto varias veces y seguía apeteciéndome volver a disfrutarla. No la pude ver en el cineclub la última vez que se pasó porque estaba con Miguel, Javier y Paco ocupándome de preparar la proyección de *Frente a frente en el frente*, así que me dispuse a verla alegrándome de acabar el día con una joya del cine en la que además salía Verónica Lake. *Los viajes de Sullivan* es un canto a la vida, un rayo de esperanza al final del túnel. Muy apropiada, y necesaria, para su época, cuando la gran depresión causaba estragos en América y mantenía bajo mínimos la moral de las personas. La trama es de lo más rocambolesca. Sullivan, un joven y exitoso director de cine, harto de producciones artificiales alejadas de la realidad y del corazón humano, decide que su próxima película tendrá un marcado carácter social. Para darse un baño de realidad, alejado de los lujos hollywoodienses, y nutrirse de aventuras vividas en primera persona, sale al mundo vestido como un mendigo y con tan solo diez centavos en el bolsillo; dispuesto a experimentar en sus carnes la miseria y el padecimiento. Pero la cosa acaba complicándose más de lo que nadie hubiera podido figurarse y Sullivan va a parar a una prisión de trabajos forzados acusado de un crimen que no ha cometido. Al cabo de un tiempo en el mundo de las sombras, que lo ha sumido en una profunda depresión, Sullivan atisba un rayo de luz y esperanza que le cambiará la vida: Un domingo, los presos, encadenados y vigilados por los rifles de los guardianes, son llevados a la capilla para ver una película de dibujos animados de Walt Disney. Es un corto muy divertido en el que Pluto y Mickey ponen la casa patas arriba al intentar cazar unas moscas. Sullivan observa atónito como todos los presos ríen a carcajadas los gags cómicos y, finalmente, él mismo estalla en risotadas incontenibles también. Es una escena memorable en la que una sucesión de primeros planos de los presos meándose de risa de una

manera tal que nadie hubiese imaginado en aquel horrible lugar, le devuelven la alegría de vivir. Sullivan acaba de comprender el valor de la comedia. Su capacidad para alegrar la vida a las personas incluso en las situaciones más desesperadas.

Cuando hacia el final de la película por fin se deshace el entuerto y, libre de cargos, regresa a Hollywood, les dice a los productores que financian sus obras: “Quiero hacer una comedia.” [...] “Hacer reír a la gente me gusta mucho más. ¿Sabes que hay personas que no tienen más que eso? No es mucho, pero he podido comprobar que es mejor que nada en este mundo en que vivimos.”

En definitiva, *Los viajes de Sullivan* lanza un mensaje maravilloso y solidario: un artista puede, y quizá debe, contribuir a endulzar la vida de la gente. El arte como terapia.

¿Pero qué mensaje daba yo en *Un golpe maestro*?

Ninguno desde que me vendí al primer postor.

Me sentía fatal. Traidor y cobarde. Sentía la pérdida de una oportunidad. La oportunidad de aportar algo a la sociedad.

Los viajes de Sullivan seguramente es la mejor película de Preston Sturges. Después de una brillante etapa en Hollywood, este gran director tuvo la mala suerte de sufrir la persecución maccarthista, lo cual le obligó a exiliarse en 1953 y a proseguir su carrera en Gran Bretaña y Francia, ya con menos fortuna. Sus ideas le costaron el destierro, pero, por otro lado, su obra le llevó a un sitio mucho más elevado: el Olimpo de los creadores, donde hace falta algo más que un visado para entrar y solo son admitidos unos pocos elegidos. No pude evitar asociar a Sturges con la heroicidad de los creadores de *Frente a frente en el frente*, lo cual me hizo sentir como unapestado rechazado por el ideal artístico. Qué valientes fueron al expresar su arte sin concesiones, al desafiar a la censura. En cambio yo, maldita sea, me había vendido a una censura mucho peor que la de antaño. A la censura comercial, o económica, o... no sé cómo llamarla. Doce mil asquerosos euros me habían bastado para dar carta blanca a ese maldito productor. Para que sacara el hacha y destrozara lo que yo realmente quería expresar. Cada vez que viese una buena película, leyese un buen libro o me deleitase una obra de arte en general, no podría evitar sentirme como un infiel. Como alguien que no había estado a la altura en un momento decisivo. Estaba totalmente arrepentido. ¿Pero qué podía hacer? No podía dar marcha atrás. Ya había firmado el contrato.

10. Una pieza clave del puzle

A la mañana siguiente me levanté temprano y conduje hasta Benigànim. Desayuné en un bar y me encaminé rumbo a la siguiente ficha:

Nombre: José Canals Castelló

Dirección: Calle Adolfo Suarez, 48. Benigànim (Valencia)
CP 46830

D.N.I: 18253327K

Fecha de nacimiento: 22 de junio de 1946.

Estado civil: Soltero.

Padres: Dolores Castelló Morant y Ricardo Canals Carreter.

Observaciones: Denuncia por desaparición mientras estudiaba en Madrid en fecha de 13 de diciembre de 1968.

Eran las nueve y veinte cuando llamé al número 48 de la calle Adolfo Suarez. Una mujer mayor, de unos ochenta años, con rostro sereno y mirada dulce que sugería una predisposición receptiva y hospitalaria abrió la puerta y me sonrió cálidamente.

—Buenos días, señora. ¿Es usted Doña Dolores Castelló Morant?

—Sí, soy yo —afirmó. Vestía un babi estampado sin mangas que complementaba el aspecto que sugería: una mujer dedicada a ser ama de casa durante toda su vida—. ¿Quién es usted?

—Soy Alberto Bonet y he venido desde Alicante para verla. Para hablar con usted sobre la desaparición de su hijo y la de otras personas que estaban con él.

La mujer bajó ligeramente la barbilla y me miró por arriba de sus gafas de montura dorada, como tratando de comprender el motivo de mi visita y quién podía ser yo.

—¿Es usted de la policía?

—No. Soy escritor. Verá, es una larga historia. Si me permite se la contaré desde el principio.

Me invitó a pasar a la sala de estar, donde un hombre, que aparentaba unos noventa años, recostado en un sillón, permanecía como ausente.

—Buenos días, señor —le dije. Pero no contestó. Ni siquiera me miró en todo el tiempo que estuve allí.

—Es mi marido. Hace más de cinco años que está así. Siéntese, joven y cuénteme.

Le conté toda la historia desde el principio. El hallazgo de la película, la proyección, el póster donde encontré el nombre de su hijo, la lista de desaparecidos en la que figuraban sus datos...

Dolores se mostró muy sorprendida ante toda aquella nueva información.

—¿Entonces no sabía usted que su hijo estaba rodando una película en la provincia de Alicante el año en que desapareció?

—No. No nos dijo nada. Siempre pensamos que estaba en Madrid, estudiando.

—¿Qué estudiaba?

—Periodismo. Aunque su pasión era el cine —José Canals figuraba como el guionista y el director de la película.

—Pues por lo que hemos visto en pantalla su hijo hizo un trabajo excelente. —Aunque no la

habíamos visto acabada, la película, en opinión de todos los que asistimos a su visionado en el cineclub, pintaba muy bien.

Noté como Dolores se alegró al oír esto. Debía sentirse orgullosa de su hijo. Me contó que nunca la había decepcionado y que siempre conseguía lo que se proponía. Ahora, treinta y seis años después de su desaparición, todavía seguía demostrándole su capacidad para alcanzar sus objetivos, para cumplir sus mejores expectativas. Saqué el póster de la película, que llevaba plegado en una carpeta, y se lo mostré a Dolores. Pude percibir la emoción en la mujer, que contemplaba el pasquín como hipnotizada. Era como ver a alguien que recibe una carta por años extraviada de un ser querido con quien compartió su amor y que, ahora, por un momento, vuelve a expresarse de nuevo. En este caso no había carta pero sí había una película. Cuando el montaje estuviera finalizado, invitaría a Dolores a que visionara el metraje, además, le entregaría una copia. También al resto de familiares de los demás cineastas. La pantalla les devolvería, aunque solo fuese por un rato, a sus seres queridos.

—¿Por qué estudió Periodismo en lugar de cine? —Le pregunté.

—Porque la escuela de cine a la que quería ir era muy cara y no podíamos permitirnoslo.

—Vaya. Lo siento. ¿Cómo se enteraron de que había desaparecido?

—Después de dos semanas sin saber de él, su padre contactó con el colegio mayor donde vivía. Dijeron que no le habían visto en muchos días. Pensamos que tal vez estaría enfermo en su cama, pero el conserje llamó a la puerta y nadie respondió. Abrió con la llave maestra y allí no había nadie. La habitación estaba perfectamente ordenada y la cama hecha. Llamé a la policía y se presentaron enseguida, pero eso fue todo lo más que hicieron.

—Vaya.

—Dijeron que no había indicio alguno que despertara sospechas de una desaparición precipitada o forzada. No hallaron su documentación. Y lo que es más, faltaba parte de su ropa. Parecía como si se hubiese ido por voluntad propia. La policía se relajó al ver aquellos signos y nos recomendó paciencia. Que más tarde o más temprano mi hijo volvería. Que mucha gente desaparecía voluntariamente cada año y que la mayoría lo hacía por un motivo que más tarde acababa por descubrirse: un desengaño amoroso, depresión, un viaje que se alargaba más de la cuenta, etc.

—Increíble. Vagos inútiles.

—Yo sabía que eso no tenía ningún sentido. Mi hijo y yo nos llevábamos muy bien. Me telefoneaba al menos una vez por semana y siempre estaba dispuesto a complacerme. “¿Quieres que vaya este fin de semana a casa y ayude a papá a reparar el tejado?”, era atento, servicial y sobre todo responsable ¿Cómo iba a marcharse sin decirnos nada? Sabía perfectamente las consecuencias que tendría algo así. La gran preocupación que nos causaría.

—Entiendo. ¿Y qué pensó que le había pasado?

—Secuestro o asesinato.

Le enseñé, una por una, las fichas de los desaparecidos esperando que reconociese a alguno al ver su foto.

La mujer se ajustó las gafas y examinó detenidamente las caras y los nombres.

—No, no me suenan de nada. ¿Son los que desaparecieron junto con mi hijo?

—Sí.

Contó las fichas y dijo:

—Diez jóvenes criaturas.

—Podrían ser más. Estos son los nombres que hemos podido conseguir hasta ahora

Tomé aire para hacerle la siguiente pregunta:

—¿Tuvo su hijo algún tipo de problema político durante la dictadura?

—No que yo sepa. A mi hijo no le gustaba nada la dictadura, lo mismo que a mucha gente, pero se mordía la lengua y se guardaba sus opiniones. Solo se expresaba libremente de puertas para adentro. Era bastante discreto ¿sabe?

—Entiendo.

Dolores me miró profundamente a los ojos y me preguntó:

—¿Es que cree que su desaparición tuvo que ver con algún motivo político?

Tragué saliva y noté como mi tono de voz se tornaba un poco inseguro al contestarle:

—No lo sé, de momento no hay ninguna evidencia al respecto. De hecho no tenemos ni idea de qué pudo ocurrir. —Dolores bajó la vista y aspiró profundamente. Una ola de melancolía pareció azorar sus ánimos. Me sentí incómodo por ser el causante de aquello, por reabrir viejas heridas en aquella mujer de actitud bondadosa.

—La mantendré informada de cualquier cosa que averigüemos —intenté consolarla con lo único que podía.

Levantó la cabeza y me lanzó una leve y calurosa sonrisa, como agradeciendo mi buena predisposición.

El sonido del claxon del camión del butano llamó la atención de mi anfitriona, que me pidió que la disculpase un momento. Mientras que el operario le cambiaba la bombona del gas, me levanté de la silla y recorrí la habitación. Varias fotos de José Canals repartidas por la estancia mantenían viva la llama del recuerdo del joven. En un portarretratos sobre la mesa camilla, José miraba sonriente a cámara y sostenía el título de bachiller superior. En una foto de estudio tamaño póster colgada en la pared, aparecía vestido de marinerito, en pose de rezar y con un rosario enroscado en las manos que producía destellos dorados en forma de estrellas de cuatro puntas (su primera comunión). En el mueble que soportaba la tele y algunas colecciones de libros de cocina y una enciclopedia, había toda una estantería dedicada a José con fotos que abarcaban desde su infancia a la edad adulta.

Dolores vivía cada día de su vida acompañada por el recuerdo de su hijo. Treinta y seis años de ausencia no eran suficientes para erosionar el amor de una madre.

Cuando la mujer regresó a la habitación, tras despedir al butanero, me sorprendió mirando las fotos.

—En su habitación hay más —me dijo—. Allí sigue todo igual.

—¿Quiere decir que...?

—Su habitación sigue intacta. No he tocado nada desde 1968, salvo para hacer la limpieza.

Me pareció increíble.

—¿Quiere verla?

—Sí. Me gustaría.

Me condujo a la parte de arriba de la casa y abrió la puerta de una habitación que parecía haberse detenido en el tiempo. La cama era grande y con una cabecera de madera de lo más barroca, con cantidad de detalles ornamentales y con los extremos acabados en formas circulares, como espirales, en lugar de angulosas esquinas. La mesita y el armario iban a juego con la cama. La lámpara que colgaba del techo era de un vidrio naranja pálido que yo nunca había visto y bañaba la estancia con un tono crepuscular de atardecer que invitaba a relajarse. Cantidad de recortes, sacados de revistas antiguas de cine y prensa, y pósters de otra época, decoraban las paredes. En uno aparecían Greg Toland y Orson Welles montados en una grúa, manejando la cámara durante el rodaje de *Ciudadano Kane*. En una serie de fotos, recortadas y agrupadas formando un rectángulo, se reconocían diversos fotogramas de *Ladrón de bicicletas*. Vittorio de

Sica aparecía junto a la cámara en una de las imágenes. En una pose llena de vitalidad, el director italiano, de pie, con el brazo levantado y el puño apretado, gritaba órdenes a los actores. Varios pósters con algunas de las divas más reconocidas de Hollywood: Greta Garbo, Lauren Bacall, Ava Gardner, Alida Valli..., se repartían la pared del lado opuesto a la cabecera de la cama. Quizá a José Canals le gustara tenerlas bien a la vista, dormirse mirando a aquellas bellezas del celuloide que, retratadas glamurosamente por los maestros del blanco y negro, inducían a sueños electrizantes.

Dolores sacó del armario una caja de cartón y la colocó sobre la cama mientras me decía:

—Dos meses después de que desapareciera mi hijo, la policía me envió esta caja con sus pertenencias. Contiene todo lo que hallaron en su habitación de Madrid. Dijeron que lo habían examinado tratando de encontrar alguna pista que indicase dónde podía estar José, pero no averiguaron nada.

—¿Me permite echar un vistazo? —le pregunté.

—Claro, adelante.

Mi anfitriona se fue a atender algunos quehaceres domésticos en la planta baja y, mientras tanto, yo me dediqué a examinar el contenido de la caja. Lo primero que vi al abrirla fueron varias piezas de ropa perfectamente dobladas: pantalones, camisas, ropa interior y unas zapatillas de andar por casa. Al sacar las prendas, que coloqué en la cama con sumo cuidado, quedaron al descubierto nuevos objetos: libros, una caja de galletas metálica de color azul, un peine, lápices y bolígrafos, un periódico del 68 y un frasco de colonia. Casi todos los libros trataban de cine, a excepción de *David Copperfield* de Charles Dickens y *A sangre fría* de Truman Capote. *Teoría y técnica cinematográfica* de S. Eisenstein y *Tratado de la realización cinematográfica* de Leon Kulechov eran los únicos libros de cine que reconocí (los había leído hacía algunos años). El resto me eran ajenos, y también sus autores, pero al hojearlos me pareció que tenían buena pinta. La sorpresa, o mejor, las sorpresas, llegaron al abrir la caja de galletas. Dentro estaba *Viaje sin retorno*, el libro escrito por Ignacio y, debajo de este, multitud de pequeños recortes de revistas de cine. Al hojear el libro no pude evitar detenerme en algunas de las páginas que habían sido subrayadas. Fue en una de estas donde encontré una reveladora nota a pie de página escrita a lápiz: “Este podría ser el lugar perfecto para rodar”, y que hacía referencia, con una flecha, al subrayado de más arriba, que hablaba de la casa que se construyó Ignacio en el campo. Todo cuadraba. Me imagine la escena: José en su habitación de Madrid leyendo, con la llave echada, un libro clandestino que solo circulaba en secreto y que podía ponerte en un serio compromiso si te pillaban con él. Me lo imaginé absorto en la lectura de aquel libro prohibido y revelador, revelador sobre todo para los jóvenes, ya que contaba una historia ocurrida durante la guerra desde la perspectiva republicana, una perspectiva que había sido borrada de los libros de Historia por los vencedores. Cuando el ilusionado aspirante a cineasta llegó al pasaje en el cual Ignacio cuenta cómo abandonó España dejando atrás todas sus posesiones, algunas especialmente considerables, como sus dos casas, la del pueblo y la del campo, tuvo una idea genial: rodaría su película clandestina en la casa de un exiliado republicano cuyo libro clandestino circulaba por España burlando a la censura. Tenían mucho en común. Ignacio a través de un libro y José a través de una película trataban de expresarse libremente en un estado totalitario que no permitía las voces disidentes. Pero el sentido práctico de la idea era aún más contundente: podría llevar a cabo el rodaje de su película en una casa que parecía estar disponible. Abandonada desde hacía décadas y perdida en un pequeño valle entre montañas que dificultaban el acceso, ofrecía, además, óptimas condiciones de seguridad. Era el lugar perfecto para filmar una película y que nadie se enterara. No encontrando nada más que me llamase la atención entre los subrayados,

aparqué el libro y pasé a revisar los recortes de la caja azul. Los fui sacando uno por uno. Disfruté mucho viendo imágenes de películas muy conocidas y presté especial atención a algunos títulos pensando que tal vez influyeron en el joven cineasta: *El gran dictador* de Charles Chaplin, *Tierra sin pan* de Luis Buñuel, *El político* de Robert Rossen... Eran joyas que, además de brillar por su calidad artística, formaban parte del mejor y más elevado cine comprometido. No saqué nada especialmente relevante de esos recortes. Pero al extraer el último de ellos, quedó a la vista un sobre blanco tamaño postal, algo amarilleado por el tiempo, que estaba al fondo de la caja y que iba a resultar ser una pieza clave del puzle. Lo abrí y saqué las cuatro fotografías que había en su interior. En todas aparecía la misma persona. Alguien que enseguida me resultó muy familiar y a quien pude reconocer por la inconfundible mancha en forma de corazón que adornaba su mejilla. Era la misma joven que aparecía en los brutos de *Frente a frente en el frente* que habíamos proyectado en el cineclub. Las fotografías habían sido tomadas en un estudio y la chica posaba, bajo luces glamurosas, como una estrella de cine. En cada foto lucía un vestuario y peinado distintos. Imaginé que José Canals las habría estudiado detenidamente para elegir el *look* más apropiado, el que mejor encajara en el personaje que la joven había de encarnar en su película. Le di la vuelta a las fotos, esperando encontrar algún dato como la fecha o el nombre del fotógrafo que las disparó pero encontré algo mejor y que no me esperaba: un nombre escrito a boli: “Raquel Cunqueiro Ibáñez” (pude comprobar que era la letra de José Canals al compararla con la nota a pie de página que había escrito en *Viaje sin retorno*). El nombre de la joven, o al menos pensé que tenía que serlo, no se me ocurría otra opción, y todo parecía encajar, “Raquel Cunqueiro Ibáñez”, coincidía con el nombre que encontramos en el póster de *Frente a frente en el frente* y al que le faltaba casi todo el primer apellido: “Raquel Cu...”

Lo que yo acababa de descubrir entre aquellos enseres personales, y que había de resultar crucial para la investigación, se les había pasado por alto a los policías del 68. No les podía tachar de incompetentes del todo, ya que en teoría, solo en teoría (me eché a temblar al pensar en la otra opción), no sabían nada del rodaje de la película ni de que eran varias las personas que habían desaparecido al mismo tiempo, y eso era una desventaja y una falta de motivación para los funcionarios que se agarran a un clavo ardiendo para no mover un dedo. No pude, no obstante, evitar sentir cierta rabia, ni dejar de sospechar, al recordar cómo Dolores me contaba el poco interés que los inspectores de la policía demostraron en la investigación.

11. Una venenosa invención

Mientras conducía, telefoneé a Miguel y le puse al corriente:

—“Raquel Cunqueiro”, con “C” y con “q”. Vale, ya lo tengo anotado. Raquel Cunqueiro Ibáñez. Ahora mismo llamo a Norberto para que busque el nombre en la base de datos de Hacienda. Tan pronto me entere del resultado te llamo.

—De acuerdo —le dije—. Espero tu llamada. ¿Qué tal va el montaje?

—Bien. Más rápido de lo que pensaba. He montado quince minutos nuevos, que sumado a lo que ya había, hacen un total de treinta minutos de película montada.

—¡Guau!

Quince minutos era mucho metraje para el poco tiempo que había tenido. Sospeché que mi amigo dormía y comía poco esos días, pero no quise sacar el tema. No quería ser pesado y comportarme como si fuese su madre.

—Cuéntame, me muero de ganas por saberlo. ¿Cómo sigue la historia desde donde la dejamos? Desde que uno de los hermanos es apresado en la granja por los militares y el otro huye esquivando las balas.

Justo cuando se disponía a narrarme el argumento de los nuevos minutos montados se agotó la batería de mi móvil dejándome con toda la intriga. En varias ocasiones estuve a punto de parar el coche junto a una cabina pública y llamar a Miguel para que me contara cómo continuaba la película, pero no lo hice porque quería llegar a mi próximo destino antes de que empezara a anochecer, a una hora prudente para hacer visitas.

A las siete de la tarde llegué a Muntanyes Fredes, provincia de Castellón, un pueblo pequeño de menos de dos mil habitantes. Aparqué por el centro y caminé en busca de la calle que figuraba en la ficha:

Nombre: Julián Márquez Rico

Dirección: Calle Blasco Ibáñez, 24. Muntanyes Fredes (Castellón)

CP 12599

D.N.I: 16279635K

Fecha de nacimiento: 18 de febrero de 1948.

Estado civil: Soltero.

Padres: María Rico Sogorb y Julián Márquez Lillo.

Observaciones: Denuncia por desaparición mientras estudiaba en Madrid en fecha de 8 de diciembre de 1968.

No me crucé con un alma hasta que llegué a la plaza del pueblo, donde vi un grupo de personas, casi todo gente mayor, que se dedicaba a matar el tiempo charlando y fumando junto a un coche fúnebre. Engalanado con coronas de flores, el vehículo mortuorio aguardaba con la puerta levantada junto a la iglesia.

Me pareció inapropiado acercarme allí para preguntar por la dirección que buscaba, así que seguí mi camino. No tardé más de cinco minutos en tropezarme con la placa de la calle en cuestión: “Blasco Ibáñez”. Y el número 24 pertenecía a una casa habitada. Lo supe porque se veía en buenas condiciones de conservación y porque vi, a través de una ventana que daba a la cocina,

restos recientes de comida sobre una mesa. Ahí vivía alguien seguro. Ahora me faltaba saber si los moradores eran familiares del desaparecido Julián Márquez Rico, cuyo nombre figuraba el primero en el reparto del póster. Debía ser uno de los protagonistas, pues encarnaba a uno de los dos hermanos que habíamos visto al principio de la película. Junto al timbre de la puerta no había ningún nombre escrito. Llamé y esperé medio minuto o más sin obtener respuesta. Volví a intentarlo, pero esta vez golpeando la puerta con los nudillos, pues no había oído el sonido del timbre y no sabía si era normal que no se oyera desde donde yo estaba o es que no funcionaba.

Una voz anciana y gritona tras de mí me sobresaltó.

—¡El muerto está en la iglesia!

Me di la vuelta y vi a un hombre mayor con un atuendo pueblerino en el que destacaban la gorra y el bastón. Se había detenido a mi altura, interrumpiendo su marcha a lo largo de la calle para dirigirse a mí.

No comprendía lo que me estaba diciendo. La verdad es que dudé de su cordura. Giré la cabeza hacia la puerta para ver si alguien la abría, pero no. Al observar mi expectante pose, el anciano insistió.

—Ahí no hay nadie. Ya hace más de media hora que se la llevaron a misa.

Fue entonces cuando lo entendí. Una persona que vivía ahí había fallecido. ¡Oh, no!, ¡que no sea..., por favor, que no sea!... Si quien había pasado a mejor vida era familia de Julián Márquez Rico aquello suponía una terrible y macabra coincidencia. De momento solo sabía que era una mujer a quien esperaba el coche fúnebre porque el anciano dijo: “se la llevaron”.

—Yo voy hacia allí. Venga conmigo si quiere —se ofreció el anciano después de percibir mi total desorientación.

Mi guía supuso que yo era un familiar lejano que había venido al entierro y que andaba un poco perdido en un pueblo que no conocía o al que hacía tiempo que no iba. No sin sentirme algo incómodo y culpable por mentir, le seguí la corriente y le confirmé que era un primo lejano de la familia. De otro modo hubiese tenido que contarle toda la película (nunca mejor dicho); lo cual hubiese resultado agotador, pues mi guía estaba medio sordo.

En la plaza de la iglesia todo seguía igual que antes. El grupo junto al coche fúnebre, subdividido en corrillos de tres o cuatro personas, se dedicaba a charlar del tiempo, el estado de las cosechas, el incremento en los precios de los abonos y un sinfín de temas relacionados con el principal motor económico del pueblo: la agricultura. Deduje por el resto de su conversación que todo el pueblo, menos ellos, permanecía dentro de la parroquia asistiendo a la ceremonia. Aquel grupo, formado por ateos, fumadores y amantes del cotorreo, prefería saltarse aquel acto litúrgico y reservarse para el cementerio. Justo cuando me decidí a entrar en el templo, con la idea de enterarme del nombre de la difunta por boca del cura, un viejales con boina que fumaba en pipa y lanzaba espesas bocanadas de humo, anunció que la misa había acabado. Un instante después, dos monaguillos abrían las dos hojas que formaban la puerta principal y dejaban ver a la comitiva fúnebre avanzando hacia nosotros por el largo pasillo del templo, flanqueado a ambos lados por una larga tirada de bancos de madera rebosantes de feligreses. El ataúd, transportado a hombros por cuatro hombres, avanzaba a paso solemne. Tras la caja, una joven vestida de negro, la única persona que formaba el séquito familiar, caminaba con expresión serena y apenada, con la mirada puesta en el féretro. Más atrás el cura y los monaguillos, con las manos en posición de rezo, eran seguidos por un río de gente que se iba incorporando desde las hileras de bancos.

Una vez cargado el ataúd en el coche fúnebre, el chófer lo hizo avanzar a paso de persona por las calles del pueblo dirección al cementerio, que estaba en las afueras. Como uno más, decidí integrarme en la procesión, de más de trescientas personas, calculé, que acompañaban a la difunta

en su último adiós. Pero en un pueblo de dos mil habitantes, donde todo el mundo se conoce, una cara nueva no pasa desapercibida. Muchos de aquellos pueblerinos me miraban con indiscreción, clavándome sus descaradas miradas escrutadoras, examinándome ávidos por saber quién era yo. Me fui moviendo entre el tumulto y deteniéndome cerca de las conversaciones que pudieran arrojarme un poco de luz. Así me enteré de que la difunta se llamaba Marta (sin el apellido me servía de poco el nombre) y que había muerto tras una larga y grave enfermedad que la tuvo encamada más de un año. “Ya ha terminado de sufrir en este mundo”, sentenció una anciana. Y que su hija se había ocupado de atenderla y cuidarla durante todo su padecimiento. Supuse, y supuse bien como corroboré más tarde, que la hija era la joven de negro y que esta no tenía más familia directa que la que acababa de perder. En algo más de diez minutos, llegamos a las faldas de una pequeña colina sobre la que se alzaba el cementerio, al que se accedía por un serpenteante camino bordeado de cipreses. Situado entre los más rezagados, podía ver como la tirada de gente que iba por delante de mí cubría todo el zigzagueante tramo hasta llegar a las puertas del camposanto, las cuales estaban a punto de ser cruzadas por el siniestro coche negro y su más cercana acompañante. Era una imagen de lo más dramática y existencialista. Desde mi posición, la joven de luto era una pequeña y solitaria figura que se recortaba contra el cielo de fuego frío del ocaso. La estampa recordaba a uno de esos tenebrosos y a la vez hermosos cuadros del romanticismo en los que la fragilidad del hombre contrasta con la poderosa e inclemente naturaleza. “No somos nadie”, dijo la voz de un hombre tras de mí. Supuse que también influido por la lúgubre postal. “Pobre chica. Sola en el mundo”... “Y tan joven”, siguieron otras voces.

Tras dar sepultura al ataúd, la gente formó una fila, como era su costumbre, y empezó a caminar hacia la puerta de salida del cementerio, donde aguardaba la joven de luto para recibir el pésame de cada uno de los presentes. Cuando me llegó el turno, le estreché la mano y le dije que la acompañaba en el sentimiento. Aunque me miró a la cara a través de sus ojos empañados y me dio las gracias, no pareció pararse a pensar si me conocía o no. Como es normal, su mente estaba en otra parte. Pero yo sí me detuve en ella, de hecho la había estado mirando detenidamente desde unos metros antes de llegar a su altura, tan pronto como no hubo nadie que me la tapara. Laura, que así se llamaba (me enteré poco después) era una joven de treinta y tres años, de pelo rubio-rojizo, ni corto ni largo. Medía casi un metro ochenta y era de complexión atlética, que no hombruna, todo lo contrario, su cuerpo era muy femenino y sensual. Mientras estuve frente a ella y mirándola a los ojos, que no cesaban de soltar lágrimas, me sentí invadido por un sentimiento de pena y empatía. Aquel rostro hermoso, enrojecido y bañado por el llanto, estaba tan roto por el dolor que por poco no me entraron ganas de llorar.

Terminado el ritual, la gente emprendió el camino de regreso a sus casas. Con la noche ya encima y un aire cada vez más frío, pronto se quedaron las calles desiertas. Yo era el único que transitaba por ellas. Ensimismado, cabizbajo y con las manos en los bolsillos del chaquetón, caminaba sin rumbo bajo la mortecina luz de las farolas, preguntándome si la fallecida y la hija tenían algún parentesco con Julián Márquez Rico o pertenecían a otra familia que se habría instalado en la casa de Julián Márquez Rico con posterioridad. Y en caso de que sí hubiese consanguinidad, ¿era la fallecida la hermana de Julián? ¿Su madre...? ¿Y quién era la joven? ¿Su sobrina?

No tardé en caer en la cuenta de que no me había procurado un lugar donde dormir esa noche. Al dejar de mirarme los pies y levantar la cabeza vi un bar. La brillante luz de su luna, que dibujaba un llamativo rectángulo de luz sobre el pavimento mojado, me animó a entrar en el único lugar de Muntanyes Fredes que no parecía adormecido. Mentalmente me hice una lista de las tres cosas que pretendía sacar de allí: algo para cenar, algún lugar donde dormir y enterarme de si

quienes habitaban la casa nº 24 en la calle Blasco Ibáñez eran familia de Julián Márquez Rico. El barman y dueño del establecimiento, un tipo gordo y calvo con delantal blanco que se disponía a cerrar, me dijo, mientras sacaba la basura, que le había pillado por los pelos. Pero no dio ningún signo de que le molestara mi tardía aparición, al contrario, pareció alegrarse (actitud que atribuí a que los dueños, al revés que los empleados, siempre están dispuestos a contentar a un cliente que les reporta beneficios). Me sirvió el sándwich frío de jamón y queso y el zumo de melocotón que le pedí y se quedó frente a mí secando vasos con un paño. Era bastante parlanchín y también, como el resto de sus paisanos, curioso y chismoso. Aproveché su idiosincrasia lo mejor que pude: evitando convertirme en el blanco de sus pesquisas y desviando la conversación hacia donde me interesaba. No me resultó nada difícil sonsacar a mi interlocutor gracias a su natural disposición para darle a la lengua, sobre todo al tratar los asuntos de los demás. Pero lo importante es que me enteré de lo que quería saber y más. Mucho más. Hasta el punto que quedé muy sorprendido. Primero de todo, me dijo que la recién enterrada se llamaba Marta Carrión y que fue novia de Julián Márquez Rico. Fruto de esa unión nació Laura, la joven de luto. Luego se remontó al año clave, el 68, para decirme que desde dicho año Julián Márquez Rico no volvió a verse nunca más por el pueblo. Y a continuación me dejó estupefacto al explicarme el porqué de su desaparición. Estupefacto porque yo sabía que esa explicación no era cierta. Lo sabía mejor que nadie de aquel pueblo. La historia que me contó era un bulo basado en conjeturas que había circulado de boca a oreja entre aquellos pueblerinos fisgones durante décadas hasta convertirse en una “verdad” malsana. La envenenada invención aseguraba que Julián Márquez Rico huyó del pueblo en 1968 después de que su novia, Marta, le anunciase que se había quedado embarazada. La razón, afirmaba el camarero mientras bruñía los vasos con el trapo, era que el joven no quería cargar con el mochuelo. De modo que, afirmó con total convicción, huyó a algún lugar en el que nadie le conociera y donde le fuese posible iniciar una nueva vida libre de ataduras indeseadas y abierta a nuevas posibilidades. Pero la patraña no quedaba ahí, había quien juraba haber visto a Julián Márquez Rico tras su repentina desaparición, situándolo en los lugares más dispares. Como un camionero del pueblo que aseguró haberlo visto en Rusia en los setenta haciendo autostop cerca de Moscú y que al reconocerlo empezó a frenar, aunque tardó demasiado en detener el camión (por miedo a patinar sobre el gélido y peligroso asfalto) y quedó tan alejado que un coche se le adelantó y recogió a Julián Márquez Rico. Una pareja del pueblo en viaje de novios en París dijo haber reconocido a Julián Márquez Rico a mediados de los ochenta cerca de la Torre Eiffel a través de uno de esos telescopios que funcionan al echar una moneda. Según contaron, vieron a Julián Márquez Rico dando de comer a las palomas de un parque situado a unos quinientos metros e inmediatamente se dirigieron hacia allí, pero cuando llegaron ya no estaba. Otros rumores situaban a Julián en el marco de una familia rica a la cual habría accedido por la vía del braguetazo y sostenían que se había convertido en un acaudalado hombre de negocios padre de más de cinco hijos. Toda una serie de especulaciones que yo, un forastero que era la primera vez que pisaba aquel pueblo, hubiese podido rebatir a sus residentes. Julián Márquez Rico desapareció junto con otros jóvenes mientras rodaba una película, y en torno a ese hecho, giraba el misterio que había que resolver. Le pregunté a radio macuto si aparte de Laura vivían otros parientes de Julián Márquez Rico y me contestó que no, que Julián Márquez Rico era hijo único. No tenía tíos y sus padres habían muerto hacía unos diez años. La casa de estos fue heredada por Marta, que vivió con sus suegros desde que nació Laura, su única hija y recién propietaria.

Ya era tarde, me había comido la comanda y no parecía que a mi confidente le quedaran muchas más cosas por desembuchar, así que antes de que empezara a interrogarme él a mí, pagué la cuenta y le pedí que me indicara un lugar donde hospedarme por una noche.

Acabé en la casa de una viuda que alquilaba habitaciones. Me alojé en la planta de arriba, en una habitación grande con el piso de madera y una cama enorme y muy cómoda. En el techo había una buhardilla, que descubrí al tumbarme, a través de la cual podía ver las estrellas y la luna. Y pensando en los misterios del universo y en qué sentido podían tener nuestras terrícolas vidas, me quedé dormido.

12. Señales de vida

Después de ducharme y de tomar un buen desayuno preparado por mi casera, salí a dar un paseo por las calles. Paseé hasta las nueve, cruzándome con algunos parroquianos que iban a por el pan, madres que llevaban sus hijos al colegio, y algún que otro trabajador, la mayoría de los cuales, deduje por su paso estresado y cara constreñida, parecían llegar tarde a sus puestos.

Puse el dedo sobre el timbre de Laura a eso de las nueve y media, pero no llegué a llamar, porque en ese justo momento fui consciente de que, dadas las circunstancias, debía ser muy temprano para ella y me arriesgaba a molestarla. Esperé unos instantes en la puerta y como no oí ni vi nada que indicase que podía estar levantada, volví a mi habitación y me dediqué a escribir hasta las diez y media. Luego me calcé las zapatillas, me puse los pantalones cortos y el suéter, y salí a correr. Enfilé por un camino rural bordeado de campos cultivados y algún que otro chalet. El plan de entrenamiento era correr quince minutos de ida más quince de vuelta y a la ducha. Pero me detuve antes de lo previsto, a los doce minutos de haber iniciado la carrera, porque divisé, a unos doscientos metros a mi derecha, sentada en una vieja estación de tren, una figura humana que me resultaba familiar. Caminé hasta llegar al desusado edificio ferroviario, que permanecía cerrado a los viajeros desde hacía años. (Ningún tren se detenía allí y la función de la estación se limitaba a albergar un transformador que proporcionaba electricidad a la catenaria). Cruzé las vías hasta llegar al andén, donde sentada en un robusto y desgastado banco de madera estaba Laura. Vestida de chándal, las piernas estiradas y los codos hacia atrás, apoyados en la parte alta del banco, tenía la vista fija en un horizonte de relieves montañosos. Solo giró la cabeza hacia mí cuando estuve a unos tres metros de ella. Creo que si no me hubiese acercado tanto no se habría molestado en mirarme, y si lo hizo fue porque era imposible obviar la presencia de alguien que se te acerca en un lugar tan solitario y remoto donde no hay opción para la casualidad. Sin embargo, mi inesperada aproximación no pareció perturbarla. Sus ojos serenos me recorrieron de arriba abajo y esperaron pacientemente el desarrollo de los acontecimientos.

—Buenos días. Me llamo Alberto Bonet. ¿Puedo hablar con usted? —noté como me temblaba un poco la voz. No podía evitar sentirme algo incómodo y nervioso por la situación en que la había abordado. De repente fui consciente de la mala decisión. Tenía que haber esperado a llegar al pueblo. Laura se había desplazado hasta allí para que no la molestase nadie. Alejándose del mundanal ruido y en busca de intimidad. ¿Y qué hacía yo, don inoportuno? Invadir el santuario de meditación de una joven que reflexionaba tras uno de los acontecimientos más trágicos de la vida. Intenté arreglarlo lo mejor que pude.

—Pero por supuesto no hace falta que sea ahora. Podríamos quedar más tarde, cuando le venga bien. No pretendía molestarla nada más que unos segundos, solo...

—¿Pero quién es usted? ¿Para qué quiere verme? —me interrumpió.

—Creo que lo mejor será que se lo cuente todo desde el principio. —Me remonté a la llamada de Javier y desde ahí pasé al hallazgo de la película en un zulo, el cineclub, el misterio de la bobina desaparecida, la proyección de los minutos montados, los nombres de los cineastas hallados en el póster, y más tarde la inquietante sorpresa de que todos desaparecieron en el 68 y que nadie parecía saber que se conocían entre ellos, mi viaje en busca de sus familiares, el montaje en vídeo que estaba llevando a cabo Miguel, la señora Dolores y el nombre que descubrí allí: Raquel Cunqueiro Ibáñez.

Mientras Laura me escuchaba con sumo interés, pude observar su creciente estupefacción. Apenas hablaba, pero sus breves comentarios y gestos iban dejando bien claro que ella tampoco sabía del rodaje secreto ni de casi nada de lo que le estaba relatando. Solo sabía lo que su madre le había contado: que a su padre no se le volvió a ver desde que se fue a Madrid a estudiar y que andaba metido en un proyecto peligroso. Pero no sabía cuál. Por seguridad, Julián Márquez Rico no iba a revelárselo a su novia hasta que se diese la coyuntura propicia (esto me lo contaría Laura unos días después). Tengo que confesar que acabé sintiéndome intimidado porque, al acabar mi exposición, vi que en sus hermosos ojos marrones bullía la rabia. Parecía a punto de estallar. Llegué a pensar que me iba a atizar (me hubiese hecho daño, dada su complexión de gimnasta). Afortunadamente para mí, su ira tuvo otros destinatarios. Primero golpeó el banco con los dos puños cerrados, a modo de puñetazo sobre la mesa. Luego se levantó de un salto y lanzó los nudillos a su siguiente esparrín: una señal vertical que rezaba: “No se acerquen a las vías”. Aún no sabía qué era, de todo lo que le había contado, lo que la había enfurecido. En un primer momento culpé a la situación. Al mal momento en que se encontraba para digerir toda aquella nueva y frustrante información que, por si fuera poco, estaba llena de lagunas e incógnitas. Su madre había sido enterrada no hacía ni veinticuatro horas y ahora un desconocido se presentaba en sus narices para revelar el pasado oculto de un padre al que no conoció. Demasiados golpes de la vida en muy poco tiempo. Pero no era eso exactamente lo que la hizo sulfurarse, como estaba a punto de averiguar, ni tampoco sería la última vez que reaccionase así por el mismo motivo. Más adelante la vería explotar y no sería ante espárrines de madera y metal.

De repente, un tren pasó a toda máquina por la estación haciendo sonar el silbato a escasos dos metros de nosotros. Una turbulenta confusión de corrientes de aire y sonidos estridentes me envolvió al tiempo que el suelo temblaba bajo mis pies. Permanecí petrificado hasta que pasó el último vagón y se fueron apagando los chirridos y vibraciones.

Laura vino directa hacia mí con los puños apretados. Se plantó en mi cara y dijo:

—¿¡Qué es esto, una burla del destino!?! Justo cuando se muere le llegan las noticias que había estado esperando treinta y seis años.

Me miró fijamente unos instantes. Yo ni pestañeeé y ella volvió a sentarse en el banco con la vista fija en el horizonte. Cerró los ojos y rompió a llorar. Fue entonces cuando comprendí que lo que le había dolido profundamente, lo que le había provocado la furia, era que su madre hubiese muerto sin saber. Traté de imaginar lo duro que tenía que haber sido convivir con aquella incertidumbre casi toda la vida. Se hacía evidente, por la reacción de Laura, que la herida había permanecido abierta desde que se originó y que su madre nunca había perdido la esperanza de algún día saber qué fue de su hombre y padre de su hija. ¿En qué proyecto secreto andaba metido? ¿Era eso lo que le había hecho desaparecer?

Mi teléfono empezó a sonar y me retiré unos metros para no molestar a Laura mientras contestaba a Miguel.

—¿Estás sentado? —me preguntó con un tono de excitación.

—No, pero dime, ¿qué habéis averiguado?

—Raquel Cunqueiro Ibáñez no figura como desaparecida.

—¿Quieres decir que...?

—Que según los datos del estado vive en Santiago de Compostela. En la calle Olmos Rojos, 10.

—¿Estás seguro?

—Norberto ha comprobado su DNI y éste sigue vigente. Ha sido renovado periódicamente desde antes del 68 hasta, atención —Miguel hizo una pausa que se asemejaba a un redoble de

tambores—, hasta hace tan solo cuatro meses. Hace cuatro meses Raquel cursó la renovación de su DNI en una comisaría de Santiago de Compostela.

—Joder. Me dejas de piedra.

—Así me quedé yo al enterarme.

—Visto lo visto, no me esperaba que existiese la posibilidad de encontrar a alguien...

—Yo tampoco. Esa mujer es la clave de todo. Si consigues hablar con ella tal vez podamos resolver el misterio.

Miguel me dijo que había conseguido el teléfono del número 10 de la calle Olmos Rojos llamando a un bar de Santiago y pidiendo al camarero que le buscara en la guía el nombre de Rodolfo Cunqueiro Ortiz, propietario de la vivienda y padre de Raquel Cunqueiro Ibáñez. Pero preferí, y a Miguel también le pareció buena idea, presentarme allí sin avisar. Quería ver con mis ojos la primera reacción de aquella mujer al preguntarle por sus desaparecidos colegas de rodaje.

Quise esperar a que Laura dejara de llorar, pero como eso no ocurría, finalmente me acerqué a ella para, con la máxima delicadeza y educación, despedirme e informarla de que salía para Galicia. Cuando le dije las nuevas sobre Raquel Cunqueiro Ibáñez y que me iba a verla, su llanto se cortó y me miró sorprendida. Luego volvió a mirar al horizonte y permaneció en silencio mientras yo me alejaba.

En menos de quince minutos llegué a donde me alojaba. Después de ducharme y recoger mis cosas, pagué a la viuda y monté en el coche. Al mirar al frente, después de darle a la llave de contacto, me topé con Laura, literalmente. Caminaba por en medio de la calle, interceptando mi futuro trayecto y haciéndome gestos con la mano para que me esperase. Abrió la puerta del acompañante, lanzó la mochila que llevaba al asiento de atrás, se sentó a mi lado, cerró la puerta y dijo:

—Me voy contigo.

No lo preguntó. Lo afirmó. Con tal naturalidad y seguridad que no supe qué decir. Se recostó en el asiento hasta encontrar una postura cómoda y tan solo unos instantes después, cuando estábamos entrando en la autopista, ya se había dormido. Vestía el mismo chándal que en la estación. Todo había sucedido muy rápido y apenas tuvo tiempo para coger algo de ropa y meterla en la mochila. Imaginé que acumulaba bastantes horas de sueño atrasado después de todo lo que había pasado en los últimos días y procuré no despertarla. Mantuve la radio apagada y puse un par de llamadas. Eso sí, no pude evitar echarle alguna mirada de vez en cuando. Tenía la piel muy fina, de un agradable color atardecer y, a ambos lados de la nariz, pastaba un pequeño grupito de pecas que le conferían un aire rebelde y adolescente.

Casi cinco horas más tarde, a las cuatro y media de la tarde, paré en un área de servicio a la altura de Zamora. Desperté a Laura y le sugerí que fuésemos a comer algo al bar-restaurante que estaba junto a la gasolinera en la que acababa de repostar. Tomamos un par de hamburguesas cada uno, ensalada y cocacolas. No hablamos mucho. Solo un poco durante el postre. Me preguntó cómo me ganaba la vida y le hablé de mi fluctuante vaivén entre profesor de instituto y guionista de cine. Aproveché para hacerle la misma pregunta y me contestó que hacía un año que dejó su trabajo para dedicarse a cuidar a su madre, enferma terminal. Hasta entonces, y casi desde que se licenció en Química en la Universidad de Valencia, había trabajado en el laboratorio de una compañía farmacéutica en Castellón. Observé que de vez en cuando echaba un vistazo al partido de tenis que daban en la tele y le pregunté si le gustaba el deporte. Me contestó que sí. A mí también, le dije. Suelo salir a correr tres o cuatro veces a la semana. ¿Practicarás tú algo? (como si no se notara) Sí, nado y juego al tenis.

Hubo una pausa en la conversación y me centré en el pedacito de tarta que quedaba en mi plato, cazándolo lentamente con la cucharilla y lamentando que las cosas buenas se acabasen tan rápido. Mientras, Laura me miraba, pero no fui consciente hasta que mis ojos se encontraron con los suyos un poco después.

—¿Por qué lo haces? —preguntó.

—¿Cómo?

—¿Por qué te dedicas a investigar todo este misterioso asunto? ¿Qué sacas de esto?

Le expliqué que quedé muy impresionado, como el resto de mis compañeros del cineclub, por el pequeño adelanto que pudimos ver de *Frente a frente en el frente* y que tanto prometía. Que teniendo disponibilidad de tiempo por no tener trabajo fijo en ese momento, me aventuré a indagar en busca de respuestas a los interrogantes que rodeaban la película. ¿Quiénes la rodaron? ¿Por qué rodaron en secreto? ¿Por qué habían desaparecido? ¿Por qué falta una bobina?

Mi respuesta no pareció convencerla del todo y permaneció en silencio, como esperando a que yo añadiese algo más. Pero callé. Laura no tenía nada de ingenua. Sabía que la gente siempre actúa por un interés personal y mi argumento no lo veía claro. En realidad, no le mentí, pero omití lo más importante. No le dije que estaba escribiendo una historia a partir de todo lo que iba descubriendo. Que mi objetivo era averiguar toda la verdad al tiempo que completaba mi obra. Era el pacto entre aquellas viejas latas de película y yo. Al menos, aquello fue lo que me impulsó en un primer momento. Pero a medida que se sucedieran los acontecimientos, y como iría comprobando, otros factores me involucrarían poderosamente en la historia, hasta el punto de convertirme yo también en un personaje más de todo aquel entramado.

Llegamos a Santiago bastante más tarde de lo previsto por culpa de un accidente que nos mantuvo bloqueados en la autopista casi tres horas. Un camión dieciocho ruedas cargado con bloques de hormigón había volcado al reventar una rueda quedando cruzado en medio de la calzada. Hubo que esperar a que llegasen dos grúas enormes que circulaban a menos de 50 km/h para que despejasen el obstáculo y se pudiera reanudar el tráfico. Entramos en la ciudad a las diez menos cuarto, y a las diez y media, tuvimos suerte, ya habíamos encontrado dos habitaciones libres en un pequeño apartahotel (incluía una cocina en cada habitación, nevera, vajilla, fregadero y horno) no muy alejado del centro. Laura se alojó en la 207 y yo en la 208. Eran habitaciones contiguas que ofrecían la posibilidad de comunicarse por medio de una puerta común que a cada lado tenía un pestillo.

Después de lavarme y cambiarme de ropa, bajé al restaurante del hotel y me senté a esperar a Laura, como habíamos quedado. Entretanto me llamó Miguel, ansioso. Pensaba que ya habría hablado con Raquel y quería que le contase lo que había averiguado. Sentí decepcionarlo y le expliqué que por culpa del atasco en la autopista tuve que posponer la visita.

—Iremos mañana —le aseguré.

—¿Iréis? —hizo una pausa—, ¿en plural?

—Sí, Laura está conmigo.

—¿Laura? ¿Quién es Laura?

Le explique quién era y su determinación en acompañarme.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Miguel— tiene que ser la persona más interesada del mundo en saber qué pasó, ¿verdad?

—Puedes estar seguro.

—Por cierto, tengo más noticias.

—Di.

—La buena es que ya he montado la película.

- ¿¡Ya!? ¿Pero cómo has podido en tan poco tiempo? Es increíble.
- Bueno, no te esperes un supermontaje. Es muy provisional. Todavía hay cantidad de fallos de récord y demás, pero como primera versión, para hacerse una idea muy aproximada, es válido.
- ¿Y la mala?
- No hay final. La bobina que no ha aparecido debe contener el metraje final.
- Vaya putada.
- Sí, es la putada del siglo.
- ¿Cómo sigue el argumento desde el punto en que lo dejamos en el cineclub?
- Prefiero no desvelarte nada. Mejor que lo veas por ti mismo.
- ¿Y no puedes adelantarme alguna cosa?
- Haré algo mejor. Voy a mandarte una copia en VHS al hotel.
- Vale, pero dime al menos si es tan buena como esperábamos.
- No te va a decepcionar. Te lo aseguro. Es muy buena.
- La intriga me está matando.
- Lo sé. Un poco de paciencia, je je je...
- Qué cabrito.

Laura no tardó en aparecer por la puerta del restaurante para dirigirse hacia la mesa del fondo donde yo la esperaba. Con el pelo algo mojado después de ducharse, venía hacia mí con unos pantalones marrones que parecían muy suaves y cómodos, y un suéter beis. Había algo en ella que invitaba a mirarla. A disfrutar de sus movimientos al andar, de su relajada y segura expresión corporal. Era una de esas personas que despertaba admiración sin tener que esforzarse lo más mínimo. Todo natural. Como habíamos almorzado tarde, cenamos muy poco y nos fuimos enseguida a la cama. A la mañana siguiente iríamos a visitar a Raquel y si teníamos suerte nos daría las respuestas a los enigmas que ansiábamos conocer: ¿Qué pasó en el rodaje de *Frente a frente en el frente*? ¿Por qué desaparecieron todos menos usted? ¿Qué fue de los otros? ¿Están vivos o muertos? ¿Por qué no ha contactado nunca con los familiares de sus compañeros de rodaje? Era todo muy desconcertante. Si me decantaba por las hipótesis más optimistas y partía de la base de que los cineastas estaban vivos en alguna parte, bien porque lo habían elegido ellos o bien porque algo les retenía, como una secta o algo así, la pregunta era: ¿por qué ella se había desligado del grupo? Mi intuición me decía que fuese lo que fuese que hubiera pasado no podía ser bueno. Y si ocurrió algo malo y todos murieron ¿tendría Raquel alguna responsabilidad? ¿Había habido algún desgraciado accidente de consecuencias mortales? ¿Habían sido asesinados? ¿Por Raquel? ¿Por Raquel y otros? Y si Raquel no tuvo que ver, ¿tenía miedo de confesar lo que sabía? ¿Alguien la amenazaba a ella o a su familia?

Estuve dándole vueltas a todo aquello en la cama sin poder dormirme durante más de una hora. Al final encendí la lámpara de la mesita y me puse a escribir. Antes de que pudiese llenar media página, Laura tocó a la puerta de madera que comunicaba nuestras habitaciones.

—¿Estás despierto?

—Sí —contesté— un momento. —Mientras dejaba el portátil sobre la mesita y me ponía el batín, oí cómo Laura quitó el pestillo de su lado. Yo hice lo mismo y, al abrir la puerta, apareció frente a mí, en pijama y zapatillas.

—No puedo dormir. ¿No tendrás por casualidad un libro para prestarme? Me da igual de lo que sea. Es solo para coger el sueño —dijo con una leve sonrisa que implicaba un: disculpa que te moleste a estas horas.

—Sí. Tengo *A sangre fría* y *El corazón de las tinieblas*.

—He leído los dos pero me acuerdo menos de *A sangre fría*.

—Muy bien. Dame un segundo. —Saqué el libro de Truman Capote de la maleta y se lo entregué.

—Gracias. Te lo devolveré.

—No te preocupes.

Cuando Laura llegó a la puerta, se detuvo y se giró hacia mí.

—¿Estás escribiendo sobre todo esto, verdad? —Me preguntó sin temor a equivocarse.

—Sí —confesé.

Noté como su mirada me traspasaba y penetraba en mi interior. Podía leerme como a un libro abierto (igual que hacían aquellos niños extrasensoriales de *El pueblo de los malditos*), lo cual me empuñeció y me hizo sentir de lo más mundano. Pero Laura no parecía decepcionada ni enfadada porque yo tuviera mi particular manera de sacar un provecho artístico de todo aquello. No creo que nadie la pudiese decepcionar, porque ella no esperaba nada de nadie. Esas ingenuidades las había superado de lejos. Y por supuesto, no traté de justificarme, yo no era del tipo hipócrita. De esos que tratan de convencer a los demás de que su producción artística es necesaria y útil para la sociedad, cuando no lo es. ¡Qué asco me dan! (Yo no sabía aún que mi obra sí iba a servir para algo esta vez.)

Al cerrar la puerta no oí que Laura echase el cerrojo. Permanecí un momento de pie frente a la puerta sin saber qué hacer. Preguntándome si se había olvidado o aquello podía significar algo más: una señal de confianza hacia mí. Sea lo que fuese, finalmente yo tampoco cerré mi lado y me metí en la cama. Intenté seguir escribiendo pero no conseguía concentrarme. Laura me había dado que pensar. Me hizo meditar sobre cómo había evolucionado mi actitud hacia las mujeres en los últimos años. No estaba especialmente preocupado y no sabía si debía estarlo pero la cuestión era que las mujeres ya no me atraían como antaño. Cuando era joven las féminas eran diosas del Olimpo. Las criaturas más fascinantes sobre la faz de la tierra. Lo que daba sentido a la creación. Mi vida no tenía razón de ser sin ellas. (Yo era un blanco fácil, un joven veinteañero que no tardaba en caer prendado de sus encantos. Siempre dispuesto a cruzar océanos a nado, a cavar túneles de polo a polo o a cualquier otro reto similar con tal de demostrar mi amor y conseguir ser correspondido; me iba la vida en ello.) Pero ahora todo era distinto. Y la prueba era Laura. En mis viejos tiempos de enamoradizo la sola mirada de una deidad como ella habría bastado para hechizarme, para que Cupido atravesase mi vulnerable corazón con una flecha. Sin embargo, ahora las flechas no conseguían traspasar mi armadura. No sé por qué. ¿Había ido perdiendo las ilusiones al hacerme mayor? ¿Era ese estado parte de un proceso natural al llegar a la madurez o me pasaba algo? ¿Algo fisiológico? ¿Podía tener que ver con la libido? El deseo sexual ya no era el mismo, de eso estaba seguro. Ya no pensaba en sexo a toda hora ni las erecciones acudían a mí con la frecuencia que de joven. Y para excitarme necesitaba algo más que la imaginación: la última vez que tuve ganas de acostarme con una mujer, hace unos ocho meses, fue tras ver un *striptease* en un club al que me llevó un amigo convencido, después de que le contara mi desinterés por el sexo, de que así me animaría: “A ti lo que te hace falta es estimulación, salir de tu cuchitril y ver a una tía buena quitándose la ropa mientras te invita a follar, chaval”. Y tenía razón. Aquel día tuve una erección de esas que parece que te van a atravesar el pantalón mientras babeaba ante la *stripper*. Acabé con ella en un reservado y de ahí pasamos a una habitación donde culminé el acto. Fue genial. Gracias, amigo. Aquello me hacía falta. Y lo mejor de todo es que me alivió comprobar que mi pistola aún funcionaba, solo que ahora necesitaba un buen previo, un buen precalentamiento para despertar los ánimos. En cierto modo era mejor que cuando era joven donde yo estaba al servicio de amor y del sexo las veinticuatro horas, como un bombero dispuesto a deslizarse por el tubo de emergencias cada vez que suena una alarma. Agotador. Mi evolución

me había aportado tranquilidad y control. Ahora era yo quien decidía cuándo quería compañía y, además, sin ataduras emocionales, sexo sin más. Al principio, tengo que confesar que estaba preocupado pero luego fui dándome cuenta de que con el cambio había ganado cosas y me había quitado una pesada carga de encima: las noches en vela pensando en la amada, el corazón en vilo: me quiere, no me quiere; la angustia y el dolor tras la ruptura.... Todo un sinfín de sentimientos incontrolables y arrolladores por los que ya no tenía que preocuparme. Mirando hacia atrás veo a un joven sensible y poeta viviendo entre el tormento y el éxtasis. Entre todo o nada. Llegando al cielo al estrechar a su amada entre sus brazos y estrellándose contra el suelo al perderla o no ser correspondido. Me pregunto si fueron aquellos estrepitosos batacazos (me llevé muchos) los que acabaron por romper la magia del amor (quizá se activó algún mecanismo de defensa en mi interior que me volvió inmune, una especie de escudo protector), o simplemente era algo que se agotaba al ir haciéndote mayor (quizá la experiencia le hacía a uno más lúcido, lo suficiente para concluir que el amor traía más problemas que beneficios y que quizá fuese un refugio para jóvenes perdidos e inmaduros, por eso Shakespeare imaginó a dos adolescentes para su *Romeo y Julieta*. O tal vez una mezcla de las dos cosas. No lo sé. Pero lo que era seguro es que había pasado de un extremo a otro. De rojo pasión a gris racionalidad. El gris era un color plano, pero me evitaba riesgos y decepciones.

13. Cunqueiro S.A.

Eran las nueve y media cuando llamamos al número 10 de la calle Olmos Rojos, una mansión de tres plantas en un barrio lujoso. Abrió la puerta la sirvienta, una sudamericana regordeta ataviada con delantal y plumero.

—Buenos días. ¿Está Raquel Cunqueiro? —le pregunté.

—No, señor.

—¿Y dónde está?

—No lo sé, señor.

—Pero... vive aquí, ¿verdad?

—No, señor.

Aunque solo habíamos cruzado unas pocas palabras, noté de inmediato que había un algo agotador, y muy poco prometedor, en la tarea de intentar obtener alguna información de aquella mujer.

—¿Dónde vive pues?

—No le sabría indicar, señor. Mejor pregúntele al padre.

Qué sufrimiento. Esa mujer era corta, no se fiaba de nosotros o tenía miedo a dar más información de la cuenta y llevarse luego una reprimenda.

—¿Está el señor Rodolfo Cunqueiro en casa? —Vino Laura al rescate.

—No. Está en su empresa.

—¿Dónde está su empresa?

—Por las afueras, en la carretera que lleva a A Coruña.

—¿De qué es la empresa? ¿Cómo se llama?

—Es una maderera. Cunqueiro S.A.

Las míseras señas que nos dio nos bastaron para encontrar el negocio que había forjado Rodolfo. Un imperio maderero que se hacía visible un par de kilómetros antes de llegar: naves gigantescas, grúas, camiones entrando y saliendo, y de fondo, una colina con un resbaladero enorme: la entrada principal de la materia prima: miles y miles de troncos.

Estacionamos junto al edificio de oficinas. Preguntamos a la recepcionista, de rostro puntiagudo y glacial, muy atareada pasando llamadas, por Raquel Cunqueiro.

—¿Trabaja ella aquí? —le pregunté.

—No.

—¿Dónde podemos localizarla?

—Eso no es a mí a quien tienen que preguntárselo.

No íbamos a sacarle mucho más a la recepcionista porque era como un témpano de hielo. Hacía gala de esa frialdad y sequedad insuperable que acaban adquiriendo algunas personas que trabajan cara al público. Gente amargada que se limita a dar las mínimas y más cortantes explicaciones.

—Díganos al menos si está Rodolfo Cunqueiro.

—No está.

—¿Pero tiene que venir?

—Sí.

—¿Cuánto tardará?

—No lo sé.

—Muy bien. Le esperaremos —dijo Laura creando la opción.

Le dimos la espalda al témpano antes de que nos pusiera algún impedimento y nos dirigimos hacia unos sillones que había en el hall. Cada minuto se hacía eterno. Ansiábamos hablar con Raquel. Su padre nos diría dónde encontrarla. Queríamos respuestas y ella podía darnoslas. Me pregunté por enésima vez cómo reaccionaría cuando le dijésemos lo que sabíamos, qué cara pondría. ¿Se vería descubierta, alarmada? ¿Qué ocultaba? ¿Por qué no dijo a nadie que los desaparecidos se conocían entre ellos, que rodaban una película juntos?

Un señor de unos cincuenta y cinco años de pelo rubio plateado y algo ondulado, entró en el hall y se acercó al mostrador de recepción para hablar con el témpano de hielo. Iba muy bien vestido, con un largo abrigo, y llevaba un maletín de piel en la mano. Después de unos instantes de conversación, el témpano nos señaló con su dedo glacial y el hombre se giró para examinarnos. Vino hasta nosotros y exhibió una amable sonrisa.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarles?

—¿Es usted Rodolfo Cunqueiro?

—No. Soy su socio: Mario Urtaza. Encantado de saludarles —dijo tendiéndonos la mano.

—Somos Laura y Alberto —le dije mientras le correspondíamos saludo.

—¿Por qué no pasan a mi despacho? Acompañenme, por favor.

Entramos en el despacho, de paredes acristaladas. Una pecera desde la que se veía todo: el hall, el despacho contiguo, también acristalado, y una vista de la enorme factoría maderera, en plena actividad. Me llamaron la atención unos gigantescos discos dentados que giraban a gran velocidad y serraban los enormes troncos de madera. Me pregunté cuánto tardarían en partir un coche en dos. Seguramente no mucho.

—Decidme, ¿qué se os ofrece?, si me permitís que os tutee —dijo Mario mientras nos invitaba con un gesto a sentarnos en un sofá muy acogedor. (Me pareció que Mario Urtaza era un anfitrión atento, consciente de que la puesta en escena, y otros muchos detalles: expresión corporal, voz, mirada, etc., son importantes y contribuyen a crear un cómodo ambiente de reunión. Supongo que era parte de su trabajo y lo ponía en práctica con cada cliente o proveedor.) —A mí tuteadme, eh. Todo lo que sirva para quitarse años de encima... —dijo riendo.

—Sí, claro —le contesté correspondiéndole con una sonrisa—. Bueno, pues esperamos la llegada del señor Rodolfo Cunqueiro. Queríamos hablar con él sobre un tema personal.

—La recepcionista me ha dicho que habéis preguntado por su hija, Raquel. ¿Puedo preguntaros por qué? Veréis, no es mi intención meterme donde no me llaman pero mucho me temo que sacar a Raquel cause disgusto a Rodolfo, y no deseo que eso suceda. Está mayor y delicado de salud y, la verdad, me preocupa mucho —dijo mirando al hombre de la foto colgada en la pared, que supuse era Rodolfo, y junto al cual posaban Mario, unos veinte años más joven, y una adolescente de trenzas rubias. La instantánea había sido tomada en el mismo lugar en el que estábamos. Los tres estaban de pie, miraban a la cámara sonrientes y, al fondo, se veía la factoría a través del tabique de cristal.

—¿Es el de la foto? —pregunté.

—Sí. Es Rodolfo, mi hija y yo.

—¿Qué problema hay entre Raquel Cunqueiro y su padre? —preguntó Laura con la seguridad y el aplomo que la caracterizaba.

—La relación de Rodolfo con su hija ha sido casi siempre muy tormentosa. De hecho no se hablan. Pero insisto, ¿por qué la buscan? ¿Está metida en algún lío? ¿Le ha ocurrido algo?

Le expliqué, desde el principio, lo que nos había traído hasta allí y que Raquel era quien

podía dar respuesta a tantos interrogantes. Mario Urtaza me escuchó atentamente. Sus ojos, del tipo entornados, me hacían cuestionarme si le estaba aburriendo con tantos detalles o simplemente se limitaban a reflejar una personalidad que estaba de vuelta de todo y a la que nada sorprendía ya en esta vida.

—Háblenos de Raquel Cunqueiro —le instó Laura.

Me pareció que Mario desenfocaba la visión de lo que tenía delante, como retrotrayéndose a lugares que pululaban por su memoria.

—Durante su infancia, Raquel fue una hija ejemplar. El orgullo de sus padres. Educada. Buena y atenta. Sacaba excelentes notas en el colegio. Iba a misa los domingos. Disfrutaba de la compañía de sus padres. Un amor —dijo Mario con un aire nostálgico—. La adolescencia también la llevó bien. Buena estudiante en el instituto, siguió llevándose bien con sus padres y con todo el mundo y nunca hizo nada que mereciera la desaprobación de nadie. Fue después, más o menos al cumplir los dieciocho e irse a estudiar Derecho a Madrid, cuando empezó a torcerse. A los dos meses de haber empezado primero de Derecho, decidió que no quería ser abogada. Aquello no la llenaba, les dijo a sus padres por teléfono. Quería ser actriz. Durante el primer mes del curso había participado en una obra de teatro de la universidad y, según ella, fue la mejor experiencia de su vida. A Rodolfo no le gustó aquel cambio. Intentó convencerla para que hiciese las dos cosas, estudiar Derecho y actuar, pero Raquel le aseguró que había descubierto lo que realmente le gustaba en la vida y no quería hacer otra cosa que no fuese perfeccionarse en el arte dramático. Estaba muy enganchada y no solo a eso.

—¿Qué quiere decir con no solo a eso?

—Ahora llegaré —prosiguió Mario Urtaza—. Cuando por el cumpleaños de su padre Raquel regresó a casa un fin de semana a finales de octubre, ya no era la misma Raquel de siempre. Había cambiado de manera radical. Decidida a rebelarse contra todos los valores en los que había sido educada, se presentó vestida como una hippy. Su madre, Matilde, y su padre no salían de su asombro. Y más asombrados se quedaron cuando les anunció que estaba viviendo con un chico del que estaba ciegamente enamorada y que también era actor. En aquella época, que una mujer, y más una joven de dieciocho años, se fuera a dormir con un chico sin estar casada con él era algo inusual, inconcebible para la sociedad, vergonzoso para la familia. Rodolfo la amenazó con repudiarla, desheredarla, pero ella le dijo que le importaba un pimiento lo que hiciese con su herencia. Raquel lo tenía todo y no quería nada. En muy poco tiempo, una pasión arrebatadora se había adueñado de la antaño responsable y predecible Raquel. Pero lo peor estaba aún por llegar. Lo de ser actriz no era tan grave, ni el radical cambio de valores tampoco. La juventud a veces conlleva esos cambios bruscos de actitud que, con el tiempo, tienden a suavizarse o a reconducirse. Todos hemos sido rebeldes alguna vez. Lo peor fue que cayera en el pozo de las adicciones arrastrada por las malas compañías.

—¿Qué adicciones?

—De todo. Drogas, alcohol, mala vida, carretera, autostop, comunas.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Puedes tutearme —me recordó Mario Urtaza.

—Disculpe... ejem... disculpa. Lo haré.

—La última vez fue hace ocho años aproximadamente. Como muchas otras veces, se pasó a pedirle dinero a su padre. Es para lo único que ha ido a verle desde que se descarrió. No llegué a hablar con ella, pero sí la vi. Aquel día llevé a Rodolfo a su casa en mi coche. Regresábamos de una reunión en Valencia. Raquel le estaba esperando en la puerta. Menuda cruz para el pobre Rodolfo. Aquella situación insoportable ya me la conocía y lo mejor que podía hacer era

marcharme cuanto antes. Arranqué y me fui deprimido y pensando en que Raquel tenía cada vez peor aspecto. Que como siguiera así, y nada por desgracia hacía presagiar un cambio, no iba a durar mucho. Estaba muy delgada y con unas ojeras grandes y oscuras, dientes negros y pose encorvada. Horrible.

—¿La madre de Raquel vive?

—No. Murió hace muchos años.

—¿Tiene hermanos?

—No, es hija única.

—¿Qué más nos puede contar sobre Raquel, sus amistades en Madrid y su relación con otras personas del mundillo de la interpretación?

—No sé mucho más de lo que os he contado, pero tal vez mi mujer pueda ayudaros. Era muy amiga de Raquel, de la misma pandilla en el instituto. Yo también la trataba, porque mi mujer y yo ya éramos novios por aquel entonces, pero menos. Además, en aquella época las relaciones de amistad entre chico y chica eran rápidamente motivo de habladurías y no se daban. Por eso Almudena, mi mujer, es la que quizá pueda ayudaros. Os apunto nuestro teléfono y dirección —dijo mientras lo hacía.

—Se lo agradecemos mucho.

—No es molestia. Pero eso sí, lo único que os pido es que cuando llegue Rodolfo tengáis tacto y cuidado. No quiero verle amargado más de lo necesario.

—No te preocupes, procuraremos no agobiarle y seremos lo más breves posible —le aseguré.

—Gracias. Eso quería oír.

Rodolfo no tardó en aparecer. Me dio la misma impresión que Mario Urtaza. Parecían cortados con el mismo patrón: empresario bien vestido con maletín y ese aire de los hombres dedicados a los más elevados asuntos cuya preocupación por el negocio ocupa la parte más alta de la pirámide. El ceño perennemente fruncido y unos andares erguidos, le otorgaban un aire de autoridad. Tan pronto como entró en su despacho, Mario fue a ponerle en antecedentes sobre el tema a tratar con Laura y conmigo. Mientras escuchaba a Mario no interrumpió su rutina: quitarse el abrigo, sentarse a la mesa, abrir el maletín, sacar unos papeles... Ni siquiera nos miró a través del cristal hasta que Mario nos hizo una seña para que entrásemos.

Dimos los buenos días, pero no hubo respuesta. Supongo que porque en ese momento sonó el interfono y una voz de secretaria puso a Rodolfo al corriente de parte de su agenda del día. Después de garabatear unas breves notas, el ocupado hombre de negocios nos examinó con su curtido e infalible instinto de tiburón de los negocios. Por su avanzada edad, había esperado encontrarme a un vejete débil, pero no fue así. Sus ojos transmitían lucidez e inteligencia y físicamente se le veía muy bien: conservaba un abundante pelo negro peinado hacia atrás con raya, a juego con un generoso bigote.

—Mario me ha dicho que estáis buscando a mi hija porque hace treinta y seis años estuvo relacionada con el rodaje de una película de cuyos autores no se ha vuelto a saber. A excepción de mi hija, que es a quien buscáis para que os diga todo lo que sabe sobre aquello, ¿es así?

El hecho de simplificar, aclarar y conducir las cosas por la vía más directa siempre me ha parecido una habilidad propia de empresarios y abogados. Entrabas pensando que ibas a charlar un buen rato y que al ir hablando se irían resolviendo las dudas y enfocando las partes menos claras desde el diálogo, y a la primera de cambio te encontrabas con que ya estaba todo dicho y enfocado desde la perspectiva que convenía e interesaba a tu interlocutor.

—Es así —confirmé.

—Pues no sé dónde está ni me importa —concluyó mirándonos como si ya le hubiésemos

robado demasiado de su valioso tiempo tratando un tema que le sacaba de sus casillas.

—¿Cuándo la ha visto por última vez? —le preguntó Laura.

—Hace tres años.

—¿Dónde vivía entonces? ¿Con quién se relacionaba? ¿A quién podemos preguntar? Es muy importante que la encontremos, señor. ¿Se da cuenta? Es la única persona que sepamos que puede resolver la desaparición de mi padre y otras tantas personas —dijo Laura empezando a enfadarse al ver que Rodolfo no se ponía ni una pizca en nuestro lugar, cero de empatía, centrado en un pasado tormentoso con una hija rebelde que le había amargado la vida.

—No tengo ni idea. Nunca me ha contado nada. Ni con quién va ni con quién viene, ni dónde vive ni deja de vivir. Solo se ha dedicado a pedirme dinero. Aparece de repente, después de no saber de ella en mucho tiempo, me pide dinero y no la vuelvo a ver hasta Dios sabe cuándo. Ese es su modus operandi. Hace cinco años le dije que ya no le iba a dar más dinero a menos que entrase en una clínica de desintoxicación, pero rechazó mi ofrecimiento. Hace tres años volvió y no le di nada. No he vuelto a saber de ella desde entonces. Ni quiero saber. ¡La repudio!

Tal y como predijo Mario, que nos miraba enfadado e impotente por no querer entrometerse, el tema de Raquel fue alterando cada vez más el ánimo de Rodolfo. Había llegado el momento de retirarse, pero Laura no quería irse de vacío. Dio un puñetazo en la mesa y con el rostro encendido gritó:

—¡Tenemos que encontrarla! Es la única con señales de vida de todo un grupo de personas desaparecidas. ¿¡Cómo se explica!?

—¡Ni lo sé, ni me importa! No es mi problema. Mi hija es mayor de edad. ¡Responsable de sus actos! —gritó Rodolfo.

Mario me hizo un gesto y traté de calmar a Laura. La cogí del brazo, pero se soltó de forma refleja mientras me clavaba una mirada que decía: ¡suéltame!, no vuelvas a atreverte.

—¡Váyanse de aquí! ¡Fuera! —nos echó Rodolfo.

14. Un drama aflora

Pegamos carteles con la foto de Raquel por toda la ciudad y publicamos un anuncio en el periódico. Luego localizamos el instituto donde estudió. No me resultó difícil acceder al centro, con la excusa de que buscaba trabajo como profesor, y encontrar en la biblioteca un anuario del 68, año en que Raquel terminó sus estudios. Raquel Cunqueiro, con su inconfundible marca en la cara, sonreía como el resto de sus compañeros en el día de su graduación. Debajo de la foto de grupo se indicaba el nombre de cada alumno. Los buscamos en la guía telefónica de Santiago. Localizamos a unos cuantos y nos entrevistamos, pero no sacamos mucho, en realidad, nos vinieron a decir lo mismo. Solo hubiese bastado el testimonio de un compañer@ de instituto para obtener lo que obtuvimos: Raquel, chica guapa, aplicada, de familia rica, que se va a Madrid a estudiar en la universidad y regresa, al poco, muy cambiada. Tiene una nueva vida en Madrid que nadie conoce bien y Santiago queda finalmente relegado al pasado. Pero lo más importante: nadie conocía su paradero ni se relacionaba con ella. Su salida a Madrid significó una total ruptura con todos sus compañeros de instituto.

No nos apetecía, después de que nos hubiesen echado de Cunqueiro S.A., pero no teníamos más remedio, si nuestro objetivo era llegar a Raquel, y lo era, que entrevistarnos con la mujer de Mario: la mejor amiga de Raquel, como nos corroboraron los compañeros de instituto. Y su marido nos había ofrecido su ayuda, si es que seguía en pie. Telefoneamos primero y Mario nos recibió en su casa sin rencores.

—Agua pasada, chicos —dijo—. Entrad en mi casa y conoced a mi mujer.

Entramos en la casa, o mejor dicho, la mansión, del estilo de la de Rodolfo en tamaño y aspecto señorial. En el centro del hall, nos aguardaba su esposa: Almudena. Vestía elegantemente y adornaba su blanco cuello con un collar formado por medallitas plateadas. Por su pose, sonrisa amigable y, en general, toda su diplomática manera de recibirnos, no pude evitar asociar su talante al de su marido. Nos condujo hasta un juego de sofás donde Laura y yo nos sentamos juntos frente a la anfitriona, que se acomodó en un sillón.

—Cariño —dijo Mario—, me acaban de llamar de la compañía y tengo que ir enseguida. Volveré lo antes posible. Estos jóvenes, como te dije, necesitan localizar a Raquel. —Nos miró y dijo— La verdad es que estoy muy preocupado por ella, y su padre más aún, aunque os dijera que le importaba un pito, sufre mucho por ella. Vive amargado. A ver si entre todos la encontramos y la podemos hacer entrar en razón de una vez para que deje de vivir en el filo. Si es que está viva aún.

—Mario, no digas eso. Ni lo pienses —dijo Almudena.

—Lo siento, es que ya no sé qué pensar. Es para volver loco a cualquiera.

Mario se fue y conversamos con su esposa durante casi dos horas. Le preguntamos todo lo que se nos ocurrió y no puso ninguna objeción ni límite de tiempo. Mostró interés por toda la historia que envolvía el misterioso rodaje y participó de nuestra inquietud e intriga. Aunque ella tampoco sabía cómo llegar a Raquel, nos dio información sobre el entorno de la desaparecida y eso era mejor que nada: abría nuevas líneas por las que indagar. Para empezar, nos relató la metamorfosis de Raquel tras su viaje a Madrid de manera muy similar a como lo habían hecho sus compañeros de instituto pero con algunos detalles más.

—Estaba muy colgada por un chico que había conocido en Madrid. Era algo así como el líder de una cuadrilla de hippies. Raquel cayó fascinada y se mostraba sumisa ante él. Eso me preocupó. Según lo iba describiendo, me iba dando cuenta de que era un tipo desafiante y autoritario. Me dio miedo imaginar que acabara comportándose mal con ella.

—¿Que le pegara?

—Exacto. Pero Raquel estaba tan obsesionada con él y su estilo de vida que parecía llevar viseras de burro y no veía más allá. Todos sus valores habían cambiado. Ahora todo lo que representaba su familia estaba mal. Se avergonzaba de ser de familia rica. Era inmoral, obsceno, decía. Y de repente, sus amigos de toda la vida éramos unos provincianos, unos paletos ignorantes. Estaba llena de soberbia y decidida a comerse el mundo, pero el mundo se la comió a ella, como, por desgracia, era de esperar. Intenté hacerla entrar en razón, pero no hubo manera. Según ella, era yo quien se equivocaba. La pobre no tardó en acabar hecha un cisco y adicta a las drogas. Un desastre que ni su padre, yo, ni nadie, aunque lo intentamos con todas nuestras fuerzas una y otra vez, pudimos evitar.

—¿Le dijo cómo se llamaba aquel tipo de Madrid? —le pregunté.

—Si lo hizo no lo recuerdo.

—¿Le contó que tenía planeado rodar una película sin que las autoridades se enterasen? —intervino Laura.

—No. Solo me dijo que tenía grandes planes y que había que luchar por cambiar el mundo, que la revolución era inminente, pero no quiso concretar más.

No paramos de hacerle preguntas y nos contestó pacientemente incluso a las más personales. Nos contó cómo Rodolfo, de la nada, había ido forjando un imperio maderero y que Mario, hijo de unos amigos de Rodolfo, se convirtió en su mano derecha. Mario era un joven muy prometedor por aquel entonces, y Rodolfo, como no podía contar con su hija descarriada, depositó su confianza en él. Fue una época muy difícil para Rodolfo. Su empresa ascendía como la espuma al tiempo que su familia se iba al garete de la noche a la mañana. Su hija se echó a perder y su mujer murió. Mario lo apoyó todo lo que pudo y cuando él y Almudena tuvieron a Mirella, esta fue la tabla de salvación para Rodolfo, que la trató como si fuese su hija también: una reencarnación de la hija perdida. Era una segunda oportunidad y todo tenía que salir bien. Siempre atento a sus necesidades y a su educación, gestionó su ingreso en el mejor colegio e instituto de la zona, vigiló sus amistades y la matriculó en la mejor universidad donde se podía estudiar Medicina, lo que a ella le gustaba. Mario y Almudena estaban muy felices de que su hija tuviese tan buen padrino y de tener una familia de cuatro miembros. Años más tarde, Rodolfo convirtió a Mario en su socio. Juntos habían trabajado muy duro y la empresa no había parado de crecer. Mario venía de una familia humilde y tan pronto como empezó a trabajar para Rodolfo, su vida dio un giro radical. Pasó de pobre a rico en un breve espacio de tiempo. Se casó con Almudena poco después de fichar por Rodolfo y tuvieron a Mirella antes de un año. Todo ocurrió muy rápido. Ahora habían pasado ya treinta y cinco años, la edad de Mirella, que trabajaba ejerciendo la medicina en un hospital de Barcelona, donde vivía con su marido y sus tres hijos. Almudena nos enseñó fotos de Mirella. En casi todas aparecía Rodolfo. Era tan protagonista como los padres de la chica de los momentos más significativos: bautizo, comunión, cumpleaños, graduación en el instituto, licenciatura en la universidad, boda...

—Rodolfo es lo mejor que nos ha pasado. Mi hija lo quiere con locura y siempre han estado muy unidos. Le debemos mucho —nos dijo Almudena mientras lo miraba en las fotos.

—¿Tiene Raquel más familia directa, aparte de Rodolfo? —preguntó Laura.

—Sí. Por parte de su madre, Matilde, tiene una tía: Gertrudis, y una prima: Rosa, que es hija

de Gertrudis.

—¿Dónde podemos encontrarlas? —siguió Laura.

—Vivían en A Coruña, pero hace muchos años, desde que murió Matilde, que no he vuelto a saber de ellas. Rodolfo y Gertrudis no se hablan desde entonces.

—¿Por qué? —preguntó Laura.

—No lo sé. Rodolfo nunca habla de ellas.

—¿Y Raquel? ¿Tiene trato con ellas?

—No lo sé.

Enfilamos hacia A Coruña después de encontrar en la guía a Gertrudis Ibáñez y haberle explicado por teléfono quiénes éramos y que necesitábamos hablar con ella. Nos recibió en su casa, junto al mar, algo revuelto bajo un amenazante cielo gris. Gertrudis era una octogenaria que se conservaba muy bien. Su coloreada forma de vestir y su pelo rubio teñido le quitaban años de encima. Era una de esas mujeres activas y bien predisuestas: bienhumorada y abierta, siempre con una permanente sonrisa. La casa tenía un gimnasio acristalado con vistas al mar, y cuando momentos antes nos acercábamos a la vivienda, tras aparcar, la vimos haciendo *spinning* con un chándal rojo y una toalla verde sobre los hombros. Nos pidió unos minutos para ducharse y la esperamos en el cuarto de estar, también con el mar de fondo.

—No podría vivir sin el mar. Necesito verlo todos los días —afirmó Gertrudis mientras colocaba sobre la mesa zumos de varios sabores con una mano y con la otra se sujetaba la toalla que llevaba enroscada en la cabeza.

Me pareció que nuestra anfitriona le había cogido el punto a la vida. Se la veía a gusto (era la misma impresión que solían transmitirme las personas que eran felices en su entorno, sin pizca de ansiedad por pretender algo distinto).

Nos contó más o menos lo que todo el mundo, salvo por la cuestión que tanto nos intrigaba: ¿qué paso entre ella y Rodolfo?, ¿por qué se pelearon? Laura fue tan directa como siempre y le preguntó lo que quería saber sin importarle, al contrario que a mí, que sus preguntas fuesen demasiado directas o indiscretas. Trataba de ponerme en el lugar de Laura. La desaparición de su padre, el sufrimiento consiguiente de su madre y una vida marcada por la incertidumbre y sus consecuencias, estaban de por medio, y desde esa perspectiva se enfrentaba al mundo. Si no era muy fina o delicada era totalmente comprensible. Desde niña había tenido que lidiar con comentarios indiscretos sobre su situación familiar. En el colegio algunos niños se metían con ella haciéndole daño con lo que habían oído decir en sus casas: que su padre las había abandonado a ella y a su madre y se había ido con otra. Laura explotaba de ira en esas ocasiones y no dudaba en enfrentarse incluso a niños mayores que ella. Su carácter se endureció con cada comentario malévolo y también su desconfianza en el prójimo, ya que más de una vez, el director del colegio, en vez de ayudarla, la expulsó por culpa de estas provocaciones que acababan en pelea. Laura imponía respeto, la gente percibía de inmediato que estaba tratando con una persona que no tenía miedo de nada, por eso la tomaban muy en serio. Su objetivo era llegar a la verdad. No se le intuían segundas intenciones, ni las típicas manipulaciones conversacionales, ni pretensión alguna que no fuese llegar a la verdad de forma clara y directa. Y eso lo notaban sus encuestados, que siempre respondían a sus preguntas.

—Cuéntenos por qué se peleó con Rodolfo —dijo Laura.

—Un día, mi hermana vino a verme (yo vivía entonces en Santiago) para decirme que sospechaba que Rodolfo tenía una amante. Estaba muy afligida y no paraba de llorar. Era como si se le hubiese caído el mundo encima. En aquella época, no como ahora, los lazos del matrimonio eran sagrados y las familias se formaban para toda la vida. Eran los valores en los que se educaba

la gente. No existía el divorcio en España. Era una palabra tabú. Nadie se hubiese atrevido a romper una familia en aquel entonces. Imaginaos la presión social que supuso para mi hermana el verse en aquella situación. Tenía que tragar con todo sí o sí. Le pregunté si estaba segura de que Rodolfo se la estaba pegando y me dijo que no al cien por cien, pero qué otra cosa podía ser. Todos los viernes Rodolfo iba a algún sitio sobre la misma hora: las seis de la tarde. Matilde sabía que no tenía que ver con su trabajo porque llamaba a la oficina y las secretarias no sabían dónde estaba: “no sabemos dónde está, no tiene nada en agenda en estos momentos”. Además, mi hermana le registró la cartera y encontró recibos de una floristería en los cuales figuraba la compra de varios ramos de flores. Me dijo que iba a pasarse por el establecimiento para averiguar la dirección a la que fueron enviadas. Y esa fue la última vez que la vi antes de que se suicidara.

—¿Suicidara? —repetí perplejo.

—Sí. Se ahorcó de la lámpara del hall de su casa. Cogió la cuerda de una de las cortinas de la estancia, se subió a una escalera, se ató un extremo al cuello, el otro a la lámpara y se colgó.

Laura y yo nos miramos.

—Fue todo muy impulsivo —continuó Gertrudis— y nada premeditado. La escalera estaba casualmente en el jardín, cerca de la puerta de la casa, porque el jardinero, que se había ido a almorzar poco antes de que mi hermana llegara, estaba podando los árboles. La sogá que más a mano tenía era la cuerda aterciopelada de las cortinas. Es evidente, como os decía, que no fue un acto premeditado, sino totalmente impulsivo. Una estupidez fruto de la desesperación.

—¿Quiere decir que...?

—Que se precipitó. Mi hermana tenía los nervios destrozados desde hacía algún tiempo. Tomaba antidepresivos. Su marido la tenía abandonada, siempre ocupado en la empresa. Y Raquel, su querida y amada hija, en la que había depositado todo su afecto, había desertado de todo lo que Matilde representaba. Raquel, adelantándose a su época, ahora es fácil verlo pero no entonces, no quería representar el rol social de su madre y el resto de mujeres que había conocido en su entorno. Renegó del *establishment* y se convirtió en una revolucionaria. Matilde se vio acosada por una vorágine de circunstancias que pusieron todo su mundo patas arriba sin poder hacer nada por evitarlo. Dentro de la constreñida sociedad conservadora de la época, Matilde se sentía la persona más desgraciada, humillada y hundida del mundo.

—Toda España era fanáticamente católica, al menos de apariencias. Y las ideologías extremas, del signo que sean, igual que la religión exacerbada, siempre han sido un atraso para el progreso del hombre —no pude evitar decir.

—Estoy segura de que mi hermana dio aquel día con la destinataria de las flores. No sé si la conocía o no. Nunca he sabido quién era ni he querido saberlo. No sé si mi hermana llegó a tener unas palabras con ella o solo se limitó a observarla desde la distancia. El caso es que la pobre Matilde se desmoronó al comprobar que sus peores temores eran reales. Tras la confirmación, fue a buscar a su marido a la maderera, pero se había ido a Madrid por una reunión urgente con unos clientes. Decidió esperar en el despacho de Rodolfo a que regresara o llamase a su secretaria. De repente, tal y como atestiguaron las secretarias y otros empleados de la empresa a la policía, Matilde se volvió loca. Histérica. Empezó a romper todo el mobiliario, a volcar estanterías y a lanzar las sillas contra los cristales mientras le chillaba a la foto de Rodolfo: “¡Sinvergüenza!, ¡malnacido!, ¡hijo de perra! ¡Me has quitado la vida!”. Alguien avisó a Mario Urtaza, que estaba por la planta, y se presentó allí de inmediato. Mandó que se fuera todo el mundo, entró en el despacho de Rodolfo, cerró la puerta y se quedó a solas con Matilde. Habló unos minutos con ella. Consiguí que se calmase y la acompañé a casa. Eso fue por la mañana. Y cuando por la

tarde fui a buscarla, tan pronto me enteré de lo que había pasado, nadie me abrió cuando llamé a la puerta. Me asomé por la ventana y vi a mi hermana colgada por el cuello de la lámpara del hall. Nunca se lo he perdonado a Rodolfo, ni lo haré. En aquel entonces yo trabajaba en su empresa, como contable. La mala suerte quiso que ese fatídico día tuviera que ir al médico y no fuese a trabajar. De haber acudido a mi oficina, que estaba a escasos ocho metros de la de Rodolfo, habría estado con mi hermana sin dejarla sola ni un segundo. Me atormenté durante años pensando en aquella mala casualidad. Por supuesto, no volví a trabajar allí. Después de recriminarle a Rodolfo que él era el responsable de la muerte de mi hermana (si lo hubieseis visto: sollozaba como un niño sin responderme ni mirarme a la cara), mi hija, Rosa, y yo nos fuimos a A Coruña, donde conseguí un trabajo en una empresa de alimentación. De esto hace la friolera de treinta y cinco años. Nunca he vuelto a saber de Rodolfo ni de Raquel. Raquel no tenía culpa, pero a veces una parte de la familia hace que te distancies del resto.

—¿Su hija Rosa se relacionaba con Raquel? —preguntó Laura.

—Sí, y se llevaban bien. Mi hija es tres años mayor que Raquel y se fue a estudiar fuera cuando Raquel todavía estaba en el instituto. A partir de entonces fueron perdiendo el contacto.

—Quisiéramos hablar con Rosa —dijo Laura.

—Pues acabo de oír su coche. Viene a verme todos los días.

Rosa hizo su aparición con un cachorro de perro en el regazo. Era veterinaria. Tenía su propia clínica y se había traído a casa un paciente que estaba delicado y necesitaba atención continua. Gertrudis le explicó quiénes éramos y Rosa la escuchó atentamente. Enseguida me di cuenta de que Rosa era buena gente, como su madre, del tipo de persona comprometida y seria. Nos contó todo lo que sabía sobre su prima. Eran muy amigas, aunque dejaron de verse tan a menudo como solían desde que Rosa se fue a la Universidad de Santander a estudiar veterinaria. Y cuando más tarde ella y su madre establecieron su residencia fija en A Coruña, el contacto entre las dos primas se perdió definitivamente.

Rosa nos dijo que Raquel, justo antes de irse a estudiar a Madrid, le confió un secreto que no contó a nadie más:

—Me confesó que había un joven pretendiente que la rondaba, un tipo que la agobiaba, y que estaba muy arrepentida de haberse liado con él. Fue un idilio muy breve. Solo de una noche. “Un error”, me confesó. Algo que nunca debió haber ocurrido. El chico se obsesionó con ella. Hasta el punto de que quería ir a ver a Rodolfo para pedirle la mano de su hija.

—Se enrolla una noche y ya quiere casarse. Eso sería increíble hoy día —comenté.

—El chico había recibido la educación de la época y estaba empeñado en casarse con Raquel y formar una familia.

Qué distinta era la sociedad de entonces a la de ahora. Cada época tiene sus propias convenciones sociales y casi nadie se atreve a transgredir lo establecido —pensé.

—Ese pretendiente encarnaba, o representaba, lo que mi prima ahora odiaba. Se lo he dicho muchas veces a mi madre. Raquel se adelantó a su tiempo. Les plantó cara a las convenciones sociales y le dio portazo a un futuro encorsetado e hipócrita. Todas las chicas de su edad ansiaban casarse, formar una familia, ir a misa con sus mejores ropajes, ser un respetado miembro de la comunidad y actuar como todo el mundo para no llamar la atención. No hacer nada fuera de lo esperado por miedo al qué dirán. Mi prima descubrió una vida libre de ataduras y materialismos, me lo dijo la última vez que la vi, un nuevo horizonte se abrió ante ella: carreteras por recorrer, gente con la que compartir.

—Todo está bien en esta vida, pero tiene que ser en su justa medida —dijo Gertrudis.

—Lo que mi madre quiere decir —siguió Rosa— es que Raquel acabó cayendo en la droga.

Yo la llamaba a casa por aquel entonces. Estaba muy preocupada por mi prima, pero ella siempre estaba fuera; no quería vivir con sus padres, los cuales estaban destrozados. Mi tío Rodolfo nunca sabía por dónde paraba su hija, a la que solo veía, me decía, cuándo esta necesitaba dinero para ya sabéis.

—¿Cómo se llamaba el chico que la asediaba? —preguntó Laura.

—No lo sé. Solo me dijo que era de Santiago. Raquel estaba muy enamorada del chico que había conocido en Madrid y no quería saber nada del otro breve affaire que pertenecía al pasado.

—¿Se te ocurre quién puede saber dónde encontrar a Raquel?

—No, no tengo ni idea. Pero si la encontráis, por favor, decídmelo. Me gustaría mucho verla o al menos saber cómo está.

15. Una llamada inesperada

Estábamos en un callejón sin salida. Raquel no daba señales de vida y no conseguíamos que nadie nos dijera cómo llegar a ella. Laura y yo nos quedamos en el apartahotel sin saber qué hacer, ni a qué puerta llamar, ni cómo continuar la investigación, si es que existía la manera.

Repasé mentalmente el caso intentando hacerme un resumen: película clandestina hallada en un sótano, autores desaparecidos, excepto uno: Raquel. Laura, la hija de uno de ellos, se une a la investigación. Buscamos a Raquel, la que puede dar respuesta al misterio. ¿Dónde estás? ¿Por qué desaparecieron todos menos tú? ¿Por qué te escondes? ¿De qué o quién te escondes? ¿Quién era el joven de Madrid que te enamoró? ¿José Canals, el director? ¿Un actor? Espero que no fuese el padre de Laura. Cualquiera menos él, por favor. Sería muy duro para Laura. Aunque pensándolo bien, no creo que sea él. No cuadra con lo que ella me ha contado. Fuera paranoias.

Cogí uno de los cuchillos con mango nacarado, blanco y moteado a manchas negras, que componía el juego de la cocina y abrí media barra de pan. Hice una tortilla a la francesa y la metí dentro. Justo cuando acababa de comerme el almuerzo, el botones llamó a la puerta y me entregó un paquete.

—Acaba de llegar ahora mismo, señor —dijo esperando que reconociese su eficiencia.

—Muchas gracias. Muy amable. —Le di tres euros y se fue contento.

El paquete lo enviaba Miguel. Contenía el VHS prometido y una nota:

Aquí tienes toda la película montada, bueno casi toda, con sonido incluido. No te esperes un gran montaje. Es provisional, para que podamos ver la película cuanto antes. Lo iré puliendo con más calma ahora que ya tenemos lo esencial. Como te dije, la buena noticia es que por fin ya podemos ver la película. La mala, que no hay final. Te quedas sin saber cómo acaba la historia. Acuérdate que según las cuentas que hicimos en el cineclub faltaba una bobina y esa bobina debe corresponder a la última secuencia. Te llamaré cuando calcule que ya has visionado el material para que podamos comentarlo y me cuentes lo que has averiguado hasta ahora.

Un abrazo,

Miguel

P. D. He mandado una copia a todos los familiares de los cineastas.

—No sé cómo ha podido montar la película en tan poco tiempo. Bueno, sí lo sé. El pobre debe de haber perdido unos cuantos kilos y aumentado sus ojeras —musité.

Salí en busca de un reproductor de vídeo VHS. Preguntando a la gente, llegué a una tienda de antigüedades ochenteras donde encontré uno a muy buen precio y que, además de para la ocasión, me vendría bien de reserva, pues en mi casa tengo una colección de más de dos mil vídeos. La tienda era uno de esos lugares acogedores y familiares repletos de recuerdos del pasado que siempre celebro reencontrar: pósters de pelis, libros, cómics, vinilos y cantidad de películas de esas que decoraban los videoclubs de antaño con emblemáticos títulos como: *Risky Business* (toda una flipada adolescente, me encanta), *El club de los cinco*, *Admiradora secreta*, *El corazón del Ángel* (qué fotografía, qué intriga, que interpretaciones: Mickey Rourke, Robert De Niro; ¡qué final!), *Tú vales mucho, baby* (qué recuerdos, con mis padres en el cine), *E.T.* (la magia de Spielberg), *El chip prodigioso* (qué bueno Joe Dante) *Regreso al futuro* (lo más parecido a la

máquina del tiempo), *Terminator*, *Rambo*, *Cortocircuito* (más datos, más datos,...), *Loca academia de policía* (qué risa, apenas podíamos tragar la comida mientras la veíamos durante la cena), *El nombre de la rosa*, etc. Los 80s fueron alucinantes. Una explosión de creatividad. Qué cine, qué música.

Me quedé con las ganas de repasar todas aquellas joyas, pero tenía algo más urgente que hacer. Ya volvería.

Conecté el reproductor de vídeo al televisor de mi habitación y llamé a Laura. La pobre no conoció a su padre. Solo lo había visto en fotos. Cuando pulsé el *play* fui consciente de que iba a ver a su progenitor, por primera vez en su vida, lo más parecido a vivo que se podía ver a una persona: veinticuatro fotografías por segundo pasando por un obturador crean la ilusión de movimiento, de vida, gracias al error de persistencia que caracteriza al ojo humano y hace posible el cine. El cine es como una máquina del tiempo que capta, fija y conserva las cosas evitando que las devore el paso del tiempo, que no hace “mudanza en su costumbre”. El mito de Frankenstein; el deseo de conservar a nuestros seres queridos y salvarlos de las garras de la muerte, tiene su correspondencia más real en el cine. Hasta ahora, es todo lo más que hemos conseguido los humanos al intentar la inmortalidad, pero es mejor que nada. Las lágrimas saltaban de los ojos de Laura y se derramaban por su cara como la más triste de las lluvias mientras veía a su padre, Julián Márquez Rico, interpretando al hermano que consigue huir de los militares republicanos que trataban de reclutarlo por la fuerza. Era el principio de la película; los primeros minutos que yo había visto en el cineclub.

A partir de ahí todo era nuevo para mí. Hasta ese momento, había estado más pendiente de las reacciones de Laura que de la película, y sintiéndome partícipe de su pena, pero después, mi atención se centró en la pantalla. La historia continuaba y mi curiosidad era inmensa; tanto por la intriga de saber qué iba a suceder a continuación como por disfrutar de la novedad, del aire fresco que aportaba una buena película:

El hijo de los granjeros al que apresaron los rojos, Tomás García Rodríguez en la ficción y Antonio Del Monte Vidal en la realidad, es encerrado en una *checa*, donde no pasa mucho tiempo, pues los rojos necesitan hombres en el frente y deciden dar instrucción militar a los reclusos más jóvenes y sanos. Les inculcan los valores rojos y no paran de relatarles todas las atrocidades que cometen los fascistas, a quienes hay que aniquilar por encima de todo, aunque les cueste la vida. El joven Tomás García Rodríguez es destinado a primera línea de fuego, junto con los demás presos. Es la mejor manera de asegurarse de que ninguno desertará. Hacia delante no pueden huir porque los fascistas disparan a discreción. Y hacia atrás tampoco porque se toparían con los suyos. Si quieren tener una posibilidad de vivir, tienen que enfrentarse con los fascistas y salir airosos.

Ahora la película pasa a mostrarnos la suerte del otro hermano: Juan García Rodríguez en la ficción, Julián Márquez Rico en la realidad, el padre de Laura. Después de varios días huyendo campo a través, primero a caballo, hasta que el animal se lesiona una pata, y luego a pie, se ha adentrado, sin ser consciente, en territorio fascista. Al divisar a una compañía de soldados en el horizonte avanzando hacia él, se esconde en una cueva. Piensa que no lo han visto, pero se equivoca. Lo capturan y se lo llevan al cuartel fascista, donde sufre un proceso similar al de su hermano, solo que en el otro bando. Tras un breve espacio de tiempo en un lúgubre calabozo, le dan a elegir entre ser ejecutado o ir a luchar al frente. Elige lo segundo. Después de recibir el típico adoctrinamiento fanático de guerra durante el que se le inculca un odio infinito al enemigo, le entregan un fusil y lo envían al frente a matar rojos.

Ahora vemos acciones de guerra violentas y muy crueles en un montaje que va saltando de

Tomas a Juan y de Juan a Tomás, cada uno en un bando. Al principio evitan disparar sus fusiles y solo tratan de mantenerse a cubierto, pero no tarda en plantearse el dilema: tú o ellos, si no quieres que te maten, tienes que matar tú primero. Tomás García Rodríguez ve como un soldado enemigo irrumpe en su trinchera. Le apunta, pero no es capaz de apretar el gatillo. Su sentido humanitario se lo impide. Todo indica que va a morir porque, ante su pasividad, el soldado fascista acaba de encañonarlo y se dispone a matarlo, pero en el último segundo, un compañero dispara al soldado fascista en la sien. “¿¡A qué juegas, Tomás!?” —le grita su salvador— “¿¡Es que quieres que te maten, estúpido!?” En tan solo unas breves secuencias, cuyo montaje alterno facilita la creación de continuas elipsis, percibimos claramente la evolución de Tomás y Juan. En una encarnizada batalla por la supervivencia, los dos hermanos pasan de seres racionales con nobles sentimientos a máquinas de matar, a fieras ensangrentadas nubladas por la locura y el odio. Cada uno en su bando, acaba matando enemigos sin ningún tipo de escrúpulo: disparando, clavando la bayoneta, degollando con el cuchillo o lanzando una granada. La barbarie en su estado más salvaje. El horror. Personas normales y corrientes, como los dos protagonistas, que trataban de vivir sus vidas en paz, arrastradas a un infierno de muerte y destrucción por culpa de intereses políticos e ideológicos. Lo mismo de siempre. La historia se repite. Los que se reparten el pastel a costa del sudor y la sangre de las personas humildes siempre han dividido y enfrentado al pueblo. Divide y vencerás. Hoy sigue siendo así, pero era peor antes; era una época de utopías que conducían directamente al infierno: el fascismo, el comunismo, la anarquía, etc., y España iba a convertirse en el preámbulo de la Segunda Guerra Mundial y la posterior Guerra Fría.

Continuando con *Frente a frente en el frente*: los soldados de ambos bandos, siguiendo las órdenes de sus mandos, salen de sus trincheras y avanzan hacia el cuerpo a cuerpo. Va a ser una batalla cruenta. Enseguida reina el caos y la confusión en el bosque, con soldados que corren entre los árboles, parapetándose en sus troncos para no ser abatidos y en busca del enemigo a aniquilar. Tomás, como todos, hace lo posible por sobrevivir disparando antes de que le disparen. Un paso mal dado le hace tropezar y rodar por un margen hasta una pequeña hondonada. Se ha torcido un tobillo y tiene serias dificultades para caminar. Dos soldados fascistas pasan por el borde del margen y ven a Tomás que, con buenos reflejos, hace rodar su cuerpo para evitar que lo acribillen. Apunta casi sin mirar a los dos enemigos y dispara acertando a uno de ellos en el pecho. Consigue ponerse a cubierto detrás de un árbol, pero un instante antes de conseguirlo, el soldado falangista le mete un balazo en el hombro. El impacto le ha hecho soltar el rifle, que ahora se encuentra a dos metros de él. No puede recuperarlo sin quedar expuesto a su enemigo y permanece con la espalda pegada al tronco y viendo por el rabillo del ojo cómo avanza la sombra del soldado fascista. Tomás saca su cuchillo, aunque sabe que no tiene apenas posibilidades contra un rifle. “¿¡No tienes escapatoria, rojo cabrón! ¡Sal de ahí!” le grita el fascista. En una fracción de segundo Tomás comprende que está perdido y que la única posibilidad que le queda, si es que le queda alguna, es intentar escapar. Buscando la alineación entre su cuerpo, el tronco y su enemigo, se impulsa con todas sus fuerzas y huye corriendo hasta que tres metros más adelante cae por un nuevo terraplén que lo lleva a otra hondonada. Se dirige al árbol más próximo para que lo cubra ante la inminente aparición de su perseguidor, del que está tan pendiente que no se da cuenta, hasta que se tropieza con él, de que hay otro soldado fascista escondido tras el mismo tronco. Levanta el cuchillo para clavárselo, pero se frena en seco. El otro soldado le apunta con su fusil, pero no dispara. Un primer plano de Tomas remarca su gesto, que dibuja una expresión que va más allá de la sorpresa y el miedo. Realmente transmite confusión y al mismo tiempo una expectación que se tensiona entre la incertidumbre y la serenidad. Ahora vemos un primer plano del soldado fascista que lo aclara todo: es su hermano, Juan. Los dos se mantienen la mirada. Cara a cara. Frente a frente en

el frente. Se exploran los ojos uno al otro, tratando de ver más profundamente, más allá de las fieras en que se han convertido. Buceando en busca de saber quiénes son, quiénes eran y quiénes van a decidir ser. La paradoja de hermano-enemigo les mantiene paralizados. Tomás abre la mano y el cuchillo cae al suelo. Mira a su hermano esperando que haga lo propio, pero el único movimiento que hace es el de apretar un poco más el dedo contra el gatillo. Dispara su fusil. La bala pasa casi rozando la cara de Tomás y acaba incrustada en la frente del soldado fascista que se disponía a matar a Tomás por la espalda. Las lágrimas afloran a los ojos de Tomás, que se lanza a abrazar a su hermano y le besa la cara efusivamente. Juan deja caer el fusil y rodea con sus brazos a Tomás. Ambos sollozan y se acarician la cara con ternura.

El teléfono de la habitación empezó a sonar. Laura puso el vídeo en pausa y contesté:

—¿Diga?

—Soy Raquel.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Raquel Cunqueiro. Me estáis buscando. ¿No es así?

Me quedé helado. Tapé el auricular y le dije a Laura:

—Es Raquel.

Se levantó de un salto y se puso a mi lado, aproximando su oído al auricular.

—Sí. Nos ha costado dar con usted —dije.

—¿Qué coño dices? He sido yo la que ha dado con vosotros. De otra manera, seguiríais igual de perdidos.

Raquel tenía un tono de voz altivo e insolente. Me hablaba como si yo fuese un pardillo al que vacilar. Mantuve las formas:

—Queremos hablar con usted. ¿Podemos vernos?

—Mejor no me hables de usted, tío.

—De acuerdo —concedí.

—Nos veremos en la terraza del bar Costa da Morte, que está cerca del faro de Fisterra. Calculo que tardaréis unos cincuenta y cinco minutos en coche.

—¿Cómo nos ha localizado? —le pregunté.

—Y dale. Que no me hables de usted, joder.

—Perdón.

—Habéis preguntado por mí a media ciudad y parte del extranjero y, por si fuera poco, habéis puesto un anuncio en el periódico. Mierda, yo diría que tenéis mucho, pero que mucho interés en verme. Y eso me beneficia.

—¿Qué quiere...? ¿...quieres...? —corregí— ¿...decir?

—Que la información vale dinero. Me han dicho que queréis hacerme preguntas sobre el pasado y eso hay que pagarlo. Os espero en cuarenta minutos.

Y colgó. Laura seguía pegada a mí. Esperé unos instantes antes de decirle que la comunicación se había cortado. Me gustaba tenerla cerca. Era agradable y quise estirar ese instante imaginando que yo le gustaba y ella se sentía a gusto a mi lado. No estaba enamorado de ella, ni encaprichado, ni nada que se parezca a la mínima dependencia de alguien. Simplemente fue una cálida sensación que llenó de cariño por un momento mi, ahora me daba cuenta, abandonado corazón.

16. El esperado encuentro

El conserje del hotel nos indicó cómo llegar al faro de Fisterra. Caminamos hasta el Palace, que estaba a dos manzanas y, antes de subir, Laura se tocó el bolsillo y dijo:

—He olvidado el móvil. Vuelvo enseguida.

Aproveché los cinco minutos de espera para ir calentando el motor y elevar el Palace a la posición 2. Durante el trayecto por carretera, Laura, aún conmovida tras ver a su padre en la película (que dejamos a medias), estuvo muy habladora y abierta conmigo. Me contó lo dura que había sido la vida para su madre y el resto de la familia desde que su padre desapareció. Su padre no sabía que su madre estaba embarazada cuando se fue; ni siquiera lo sabía Marta (lo que tiraba por el suelo una vez más el malévolo rumor de que Julián Márquez Rico se fue huyendo de su responsabilidad paterna). Al partir, Julián Márquez Rico prometió escribir una carta a Marta en la que le diría cuál era el proyecto secreto. Lo haría cuando la situación le pareciera más clara y segura. De momento solo le avanzaba que andaba metido en un asunto del que, por su seguridad, era mejor que no supiese aún, que tan pronto pudiera le mandaría la misiva.

—Mi madre nunca recibió aquella carta —dijo Laura— ni señal alguna de mi padre.

Laura había pasado el último año de su vida junto a su madre enferma, a la que quería por encima de todo. Su empatía hacia ella era tremenda. Iba más allá de las necesidades filiales. Quiero decir que hay gente que al echar en falta a un ser querido piensa más en sí mismo que en la otra persona y sufre porque no podrá seguir “recibiendo”: amor, atención, cuidados, etc. Pero Laura iba más allá. Además de como madre, sabía ver a Marta como una persona y también sabía colocarse en su punto de vista, en su piel, para entender su paso por esta vida. Lo percibí cuando me relató los acontecimientos que marcaron la vida de su progenitora: En el 68, me contó Laura, Marta (no la llamó “mi madre” o “mamá”, la llamó “Marta”) era una joven de dieciocho años huérfana de madre que vivía con su padre, el cual trabajaba como jornalero en el campo, y sus cuatro hermanos. Marta era dependiente en una ferretería y por las noches estudiaba para poder acceder a la universidad. Pero su vida dio un giro radical cuando se descubrió embarazada y sin su hombre, que llevaba dos meses sin dar señales de vida. No tuvo más remedio que renunciar a los estudios y dejar el trabajo al octavo mes de gestación. Sus suegros le pidieron que fuese a vivir con ellos y a ella le pareció una buena idea ya que en su casa eran todo varones, y con tan solo dieciocho años y ninguna experiencia en la maternidad, su suegra se convirtió en su mejor aliada. El padre de Marta, José, no quedó marginado, al contrario, se llevó bien con la nueva familia de su hija, dejándose ver con frecuencia, y desde que nació su nieta Laura en 1969, sus visitas se convirtieron en diarias. Cuando Laura entró en el parvulario del colegio a los cuatro años, su madre recuperó su antiguo trabajo en la ferretería. La vida fue transcurriendo con normalidad... Todo permaneció más o menos estable hasta 1979. A partir de aquel año las cosas empezaron a complicarse. El padre de Marta, que siempre había sufrido de problemas cardiovasculares, murió en octubre de un ataque al corazón; a la edad de sesenta y tres años. Dos años más tarde, los suegros de Marta murieron en un accidente de autobús. Volvían de la ciudad de hacer unas compras. Era un día lluvioso y el autobús, que circulaba a demasiada velocidad, patinó en una curva y se estrelló contra un almacén agrícola abandonado. Murieron quince personas.

La ferretería fracasó por competencia de una multinacional extranjera en los ochenta y Marta

tuvo que trabajar duro en el campo, de jornalera, durante años. La vida social en el pueblo, que todavía arrastraba los valores conservadores y religiosos de la dictadura, fue muy dura para una madre soltera y su hija. La gente de Muntanyes Fredes, reflejo del resto de la sociedad española y parte del extranjero, era muy intolerante con las personas que no se ajustaban a los cánones político-religiosos de la época. Entonces se insultaba, pegaba y apedreaba a los homosexuales por sistema. El machismo y el maltrato a la mujer eran un derecho masculino. Las mujeres tenían que llegar vírgenes al matrimonio; y ese fue un “pecado” que los borregos de antaño no “perdonaron” a Marta, Laura y el resto de su familia.

—Mi madre siempre dijo que mi padre no podía estar vivo, si no habría vuelto. Que algo malo le había pasado.

La policía, al cabo de dos años, cerró el caso pese a las insistencias de Marta en que siguieran investigando (si es que alguna vez llegaron a hacer tal cosa). Laura me contó que su madre nunca perdió la esperanza; ni siquiera en su último año de vida postrada en la cama. Seguía esperando que llegasen noticias de su hombre. Sabía que, a menos que hubiese sufrido amnesia o alguien o algo lo retuviera, era imposible que estuviese vivo. Pero después de tantos años y a las puertas de la muerte, a Marta seguía atormentándole el no saber. Laura se sentía impotente. Veía que la vela de su madre estaba a punto de consumirse y no podía hacer nada por dar respuesta a su gran inquietud. La pobre mujer iba a morir sin saber lo que más ansiaba saber. Era horrible para ella y para Laura, que lo sufría con ella.

Escuchar todo aquello me ayudó a comprender a Laura y lo crucial que era para ella hablar con Raquel. Estaba más cerca que nunca de encontrar la pieza que faltaba en la historia de su familia, de resolver un enigma que había marcado su existencia desde antes de su nacimiento.

Llegamos al lugar acordado a la hora acordada, las doce y media. Aparcamos el Palace a cincuenta metros y caminamos hacia el faro, junto al cual, una mujer, de espaldas a nosotros y de cara al embravecido mar, era la única pobladora de la terraza del Costa da Morte; sentada a una mesa en una de las sillas metálicas plateadas. El lugar no podía ser más simbólico, el faro se alzaba sobre un acantilado y era la luz que permitía a los barcos navegar en la buena dirección. Nosotros también necesitábamos la luz que nos guiara por la ruta correcta hasta llegar al puerto del esclarecimiento, de la verdad. Todo había estado muy oscuro a nuestro alrededor, medité mientras miraba al faro. Luego desplacé la vista a Raquel, estableciendo una relación visual faro-Raquel. Un plano interesante para una película, una buena metáfora.

Rodeamos a la mujer con discreción para ver si era quién buscábamos. La mancha en la mejilla no dejaba lugar a dudas: el corazón tamaño nuez que tan familiar nos era ya, nos confirmó su identidad.

—Buenos días, ¿Raquel Cunqueiro?

—See —contestó secamente.

—Hola, buenas —volví a insistir cordialmente para nada.

—Sentaos —nos ordenó con su voz cascada.

Raquel se estaba liando un porro y no nos prestó la atención que cualquier persona medianamente educada. Gobernó la situación desde el primer instante. Tenía lo que nosotros queríamos y nos sabía en sus manos.

Su aspecto demacrado impresionaba: ojeras, pelo graso y mugriento, cara enrojecida, uñas negras... La chaqueta de cuero con cremalleras que vestía estaba hecha polvo, tanto como las oscuras y rayadas gafas de sol que contribuían a su aire chulesco. Era decepcionante. No era la imagen que su prima la veterinaria tenía de ella en su recuerdo: la joven de dieciocho años valiente enfrentándose heroicamente contra las convenciones sociales, sino una vulgar yonqui de

más de cincuenta años con porro y jarra de cerveza. Qué cutre y deprimente.

—¿Qué pasó en aquel rodaje? ¿Qué fue de mi padre, Julián Márquez Rico, y el resto de sus compañeros? —fue Laura al grano con su habitual tono firme.

Desplegué el póster de *Frente a frente en el frente* y se lo mostré a Raquel.

—No tan deprisa —dijo tranquilamente mientras terminaba de enrollar el porro—. Lo primero es lo primero.

—Muy bien —dije entre resignado y enfadado—. ¿Cuánto nos va a costar esto?

—Doscientos euros.

—Tienes mucha cara —le espetó Laura.

—Doscientos cincuenta —dijo Raquel riendo y mostrando sus dientes ennegrecidos— Acabas de subir la tarifa.

—De acuerdo, tú ganas —intervine tratando de evitar un enfrentamiento infructífero.

Abrí mi cartera. Solo tenía ciento veinte euros. Mierda. Los dejé sobre la mesa y Laura añadió el resto. Raquel se lo guardó y encendió el porro saboreando las primeras chupadas sin prisa y lanzando espesas bocanadas de humo.

—Empieza a hablar —le exigió Laura.

—Creo que tenéis que pedir algo —dijo Raquel.

—¿Cómo?

Raquel hizo un leve gesto con la cabeza para que mirásemos al camarero acercándose a la mesa. Un joven, cuyos ojos grandes y buscones parecían querer salirse de sus órbitas, nos preguntó con un marcado acento argentino qué queríamos tomar. Aguardó la decisión mientras nos escudriñaba con sus indiscretos ojos, cogió el pedido y se fue.

—Dinos qué les pasó a las personas de aquel rodaje —dije esperando que se arrancase de una vez.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Raquel—. Esto va a ir de la siguiente manera. Os voy a contar lo que sé. No me interrumpáis...

Laura y yo permanecemos en silencio atentos a su relato, deseando más que nada en el mundo saber qué pasó.

—Hace ya tanto tiempo de aquello... joder, más de treinta años, que no me acuerdo muy bien —siguió Raquel—. Al terminar el instituto, me fui a estudiar a Madrid. Allí me encontré con un mundo nuevo y fresco. Se respiraba libertad, aunque fuese en círculos cerrados y a escondidas. Ya era más que Santiago: la encorsetada ciudad de provincias donde me había criado. En Madrid había gente dispuesta a vivir su vida, a perseguir sus sueños, a no dejarse encasillar por un papel que le daban a uno al nacer y que se suponía tenías que interpretar como era de esperar.

En Madrid todo era distinto. Jóvenes y lejos de nuestras familias, teníamos la posibilidad de redefinirnos, de renacer. Fue una época muy feliz: *carpe diem*. Nunca le había tomado el pulso a la vida hasta entonces. Todo era muy, cómo diría: poético, hippie. Nada de materialismos. Sentimiento fraternal entre los renacidos. Todo perfecto, teníamos cogido el punto. Espíritus libres. Pero nada dura demasiado, mierda, qué le vamos a hacer.

Cuando llegué a Madrid, yo era una chica de provincias educada en la más estricta ortodoxia de la época: sé una buena chica, obedece a tus padres, ve a misa, relaciónate con la gente bien posicionada, no te acerques sola donde haya hombres, llega virgen al matrimonio... y toda esa mierda.

Al mismo tiempo que abría los ojos en mi nueva ciudad, me enamoré de José Canals: un joven con la energía y la ilusión suficientes como para mover el mundo. Caí rendida a los pies del fascinante, culto y talentoso aspirante a director de cine. Lo admiraba tanto. Fue el gran amor de

mi vida. José Canals había escrito un guion y quería rodar una película. El problema era que el texto nunca pasaría el filtro de la censura y si quería rodar su film, tendría que ser a escondidas del régimen dictatorial. Era una empresa muy arriesgada y peligrosa, pero, al mismo tiempo, constituía un desafío, una prueba digna de unos intrépidos aventureros artísticos cuya obra debía superar todos los obstáculos. José Canals reclutó a un grupo de estudiantes con aspiraciones para que hicieran de actores y equipo técnico de la película. Todos mantuvieron el secreto. No le contaron a nadie en qué andaban metidos. Se jugaban mucho si les cogían.

A finales del sesenta y ocho marchamos a Alicante para rodar la película en una casa abandonada en las montañas. Yo era novata. Mi experiencia se limitaba a unos meses de teatro, pero José Canals me dio un papel importante. El rodaje marchaba bien hasta que apareció ella. Tenía un papel muy pequeñito que se añadió a última hora (mientras rodábamos José Canals no paraba de retocar y perfeccionar el guion). Esa zorra le echó el ojo a mi chico y no paró hasta que se lo cameló. José Canals me dijo que se había enamorado de ella, que lo sentía muchísimo, pero que lo nuestro no podía seguir. Me enfadé muchísimo. Quise matar a esa hija de Satán, ese fue mi primer impulso, pero después de la tormenta viene la calma y pensé: ¿para qué? Le dije a Canals que me iba, que regresaba a Madrid, pero el muy cabrón me pidió que antes terminase de rodar mis escenas porque si no lo hacía, no podría acabar su película. Como una tonta, y el corazón a pedazos, accedí a quedarme y acabar mis tomas. No quería ser la responsable de arruinar la película. A partir de ese momento, el rodaje se convirtió en un infierno para mí. La zorra parecía disfrutar de mi amargura. No solo me quitó a mi hombre, sino que, además, se esforzaba en conquistar a todo el mundo mientras miraba de reojo como yo sufría el calculado arrinconamiento que me infligía. Joder, ¿se puede ser más sádica y mala? ¿Sabéis cómo conquistaba a la gente? Repartiendo LSD para todos. Nadie había tomado esa mierda nunca. Sólo habíamos fumado hierba, nada más. Y va la tía y trae esa bomba al rodaje. Trajo mogollón. No sé de dónde lo sacaría. Debía dedicarse a traficar o estaba enrollada con algún camello. Recuerdo que pensé: esto acabará mal. Yo sabía que el LSD era muy peligroso, aunque no sabía que tanto, como me enteré años después (en aquella época había muy poca información sobre las drogas), sobre todo si abusabas de la dosis. Quien se lo tomaba tenía alucinaciones y hacía cosas muy raras; como correr por la calle pensando que lo perseguían, ver monstruos en casa... y, a veces, suicidas; saltar desde una ventana o estrellar el coche contra un árbol. Y si no te matabas durante el delirio paranoide, te mermaba el cerebro, te dejaba tonto de por vida, desorientado como un zombi. Es la peor droga que hay. No la quieren ni los yonquis. Esa zorra trajo el mal a la película. Quién sabe cómo acabaría aquello. Cada día la gente del rodaje tomaba más LSD y se alejaba más de la realidad. Al cabo de pocos días, le dije a José Canals que aquella situación me era insoportable, que no aguantaba más. Entonces, José Canals adelantó el rodaje de mis intervenciones para que pudiera acabar mi parte y marcharme cuanto antes. Y así fue. Cuando por fin acabé mi tarea y me vi libre de mi compromiso, me marché sin mirar atrás. Nunca más volví a saber de él, ni de los otros, ni de la película. A la mierda todo. No quise saber nunca más de cine, teatro, ni nada que me recordara la horrible experiencia que pasé. De hecho no sabía que figuraban como desaparecidos hasta que habéis venido vosotros preguntando por ellos y me he enterado. Y aquí, chicos, acaba la historia que queríais saber.

Raquel apuró de un trago la cerveza que le quedaba en la jarra, como dando por finalizada la sesión.

Con lo que nos había contado no podíamos hacer mucho, prácticamente estábamos igual. Necesitábamos más información. Me puse un poco nervioso al ver que hacía ademán de marcharse; y así me cuesta pensar. Necesitaba ordenar mis ideas para poder hacerle las preguntas

adecuadas que nos permitieran avanzar, en caso de que fuese posible avanzar, pero no había tiempo para eso. “De momento, gana tiempo”, me dije, “y procura que siga hablando”:

—¿De verdad nunca te importó saber de la película? ¿Verla al menos? ¿Ni siquiera años más tarde, con la cabeza más fría y libre de tormentosas pasiones? Tú eras la actriz principal.

Raquel encendió lo poco que le quedaba de porro y dio unas chupadas antes de contestar:

—No. Y dudé que pudieran acabarla. Desde que esa zorra trajo esa mierda, estaban condenados.

—Yo creo que sí la acabaron.

—¿Crees?, ¿cómo que crees?

—Falta una secuencia para completar el largometraje. Pero aunque no la encontremos, tal vez nunca se rodó, apuesto a que la película se convertirá en obra de culto igualmente.

—¡Vaya!, parece que el éxito me ha llegado un poco tarde —dijo riéndose de sí misma con una tos tísica que se filtraba entre sus ennegrecidos dientes—. Y yo con estos pelos. Ironías del destino ji, ji sji, shhjiss...

No sabía si estaba loca, colocada o un poco de las dos cosas.

—¿Cómo se llamaba la chica que te quitó el novio y trajo la droga? —preguntó Laura alzando el tono de voz.

—A aquella zorra la llamaban Brenda.

—¿Brenda? —repetí.

—Sí, Brenda —dijo Raquel—. Significa “espada”, y también “cuervo”. Y menudo cuervo, ji, ji, sji, shhjiss.....

—Y supongo que no sabrás dónde localizarla.

—Jamás lo supe, ni quise.

—¿Y nunca intentaste ponerte en contacto con alguien del rodaje? Con alguien harías amistad o te llevarías bien, ¿no?

—No. Con quien más me relacioné fue con mi novio, José Canals, al resto de la gente la acababa de conocer, fueron reclutados para el rodaje.

Tenía que pensar rápido, en cuanto se levantara de la silla, seguramente desaparecía para siempre. Y no sabíamos cómo localizarla. Tenía que encontrar una hipótesis enseguida y tratar de verificarla: ¿Y si era ella, Raquel, la chica del LSD, la chica que trajo las drogas al rodaje, la que era amiga de un camello, y nos había contado la historia desde otro punto de vista...? O ¿Y si era verdad lo de la zorra de las drogas...? ¿Y si ella se las robó y metió una sobredosis en la bebida para acabar con todos por el despecho amoroso y la marginación que sufrió? No sabía muy bien por dónde apuntar.

Laura tenía muy claro que Raquel mentía o sabía más de lo que nos había contado y su suspicacia aumentaba a medida que la interrogada se desvinculaba de aquella aventura cinematográfica con cada una de sus respuestas.

—Debió de ser muy traumático romper con todo: tu gran amor, tu sueño de actriz, la oportunidad de darte a conocer en una película... parece que todo lo que más deseabas te estalló en la cara... —le espetó Laura— ...y el abandonar el rodaje te dejaba en una posición de venganza perfecta.

—¿Qué quieres decir?

—Que solo tenías que llamar a la poli y los joderías vivos.

—No es mi estilo.

—¿Llamaste al Teniente Roig? —preguntó Laura.

—¿Quién?

—El teniente de la Guardia Civil que había en aquel entonces en la zona donde rodasteis —aclaré.

—¿Pero es que tengo pinta de ser amiga de la poli? Ji ji ji... —rió Raquel mostrando sus podridos dientes de tirada.

—Escúchame bien, pendejo. Sé que nos ocultas cosas —dijo Laura muy enfadada dando un puñetazo en la mesa—. Y no he venido hasta aquí para que te burles de nosotros. Dime qué le pasó a mi padre y a los demás de una maldita vez.

Raquel aumentó su carcajada y luego dijo:

—¡Ey, guapa! Lo único que sé es que tu padre y los demás eran unos provocadores y sabían dónde se metían. Y meterse en empresas arriesgadas es lo que tiene. Las cosas pueden complicarse. Pensándolo ahora, yo tuve suerte al marcharme a tiempo. Joder, si al final resulta que soy afortunada —y volvió a arrancar su grotesca risa burlona.

—Habla o te juro que te arrepentirás —le dijo Laura.

Raquel reía más al ver a Laura cada vez más nerviosa y enfadada.

—Dime lo que sabes o te mato —la amenazó Laura para sorpresa del camarero, cuyos fisgones ojos parecían haber puesto la larga.

—Paso de vosotros —dijo Raquel—. Me voy a meterme algo, qué os follen.

Raquel se levantó, pero antes de que diera un paso, Laura le arreó un tremendo puñetazo que la tumbó en el suelo. Se sentó sobre ella a horcajadas y empezó a asestarle derechazos e izquierdazos a discreción mientras el camarero y yo intentábamos, con no demasiado éxito, arrancarla de su ensañamiento.

—¡Dime lo que sabes o te mato! ¡Habla! ¡Habla de una puta vez, joder!

Con muchísimo esfuerzo, conseguimos sujetar a Laura lo justo para que Raquel huyese. Y bien rápido que se fue. Tambaleándose por el atontamiento, corrió como pudo hacia la calle y desapareció por la primera esquina.

—Ya está. Soltadme —dijo Laura.

La violenta reacción de Laura tenía una explicación clara: la reciente muerte de su madre, junto con la tortura por enfermedad que había sufrido la pobre mujer, le había afectado mucho. Y el origen de todo ese sufrimiento estaba en aquel rodaje del que su padre nunca volvió.

—Nos veremos más tarde, Alberto —me dijo Laura— voy a dar una vuelta para despejarme y pensar.

Hubiese querido acompañarla. No me parecía buena idea dejarla sola, pero antes de que pudiese reaccionar, ya se alejaba de mí.

El camarero, con sus ojos como platos aún, dijo:

—¡Che, qué carácter! ¡Nunca vi mujer como esa en toda mi vida! ¡Qué bravura!

Miré al faro y pensé: seguimos a la deriva, mierda.

Decidí regresar al apartahotel. Si Laura quería que la recogiese, ya me llamaría.

17. Un descubrimiento que lo cambia todo

Seguíamos en la misma línea: cuanto más nos adentrábamos, más enigmas surgían. Con la confesión de Raquel surgían nuevas hipótesis: se desfasan con las drogas y lo pagan con sus vidas. O alguien los mata con drogas. O todo es mentira y Raquel oculta lo que sabe... Era para volverse loco. ¿Qué demonios pasó? Mi instinto me decía que nos estábamos acercando a la verdad y un gran peligro se cernía sobre nosotros. Sentía el preludio a una gran tormenta.

Necesitaba dar un voltio y descansar la mente, pensar en otras cosas que me distrajesen. Anduve por las calles de Santiago sin rumbo hasta que casualmente pasé por la tienda ochentera donde compré el reproductor de vídeo. Entonces caí en que no había podido terminar de ver *Frente a frente en el frente*. Lo haré más tarde con Laura, me dije.

Entré en la tienda sin saber que iba a descubrir algo que lo cambiaría todo. Solo un cinéfilo podía haberlo hecho, no la policía. Por eso aquellas viejas latas de celuloide me eligieron a mí.

Una sensación de alegre reencuentro volvió a recorrerme al ver todas aquellas películas, discos, libros, casetes... que formaban parte de mi pasado. Muchas de aquellas creaciones habían hecho más fascinante la vida a varias generaciones. En los 80s, el cine se convirtió en doméstico gracias al vídeo; fue toda una revolución. Los videoclubs eran el santuario donde buscábamos, guiados por los pósters y las carátulas repartidas por estanterías, genialidades innovadoras que nos hiciesen experimentar momentos alucinantes. Los 80s aportaron un cine próximo, audaz y, a menudo, juvenil, pero sobre todo, sin complejos: la imaginación al poder.

Mi adolescencia fue bastante tormentosa: mis notas, un desastre; no sabía cómo acercarme a las chicas; los abusones; los chulos; siempre sin un céntimo, etc. Pero dentro de todo ese caos y confusión, había un refugio donde guarecerse: el cine ochentero. Allí podía evadirme, soñar y disfrutar de grandes historias de la mano de personajes a los que admiraba y tenía por amigos y mentores. Aquel cine me hacía feliz. Lo que confirmaba la tesis de *Los viajes de Sullivan*: el cine podía endulzar la vida de los que sufren. El cine como terapia, como aliciente, color, vida.

Aquella tienda era el desván de los buenos recuerdos, donde podría retirarme cuando el mundo se pusiese insoportable. Fui repasando las películas una por una, alegrándome de volver a tener en las manos aquellos estuches de VHS grandes y robustos, notando su tacto y deleitándome con las carátulas, las fotos, los rótulos, las sinopsis... Miré hacia el dueño del local, sintiendo una especie de afinidad o hermandad hacia él, agradeciéndole en silencio que me hubiese invitado a montar en el *DeLorean*. El hombre, que estaba sentado a una mesa sobre la que descansaban una vieja caja registradora y montones de libros que parecían formar el perfil de Nueva York, leía *La historia interminable*. Debía tener unos cuarenta y algo años, llevaba barba y una camiseta de mangas recortadas a lo Bruce Springsteen.

Seguí a lo mío, metiendo en una bolsa las películas que pensaba llevarme, qué tesoro. Algunas estaban ordenadas temáticamente, como las de la guerra de Vietnam, que estaban muy de moda en los 80s: *Acorralado*, *Desaparecido en combate*, *Comando*, *Platoon*, *La chaqueta metálica*, etc., y eso se notaba en la forma de vestir de mucha gente, y en la actitud. Muchos de mis amigos iban con prendas militares y admiraban todo lo marcial, en especial los cuerpos de operaciones especiales. Series paramilitares, como *El equipo A*, arrasaban. ¡Series! ¡Qué series! *V* fue un exitazo extraterrestre. La guerra de los lagartos, liderados por Diana, contra la humanidad, cuya Resistencia lideraban Donovan y Julie, nos mantuvo en vilo y más unidos que nunca. *Mac Gyver*, *Se ha escrito un crimen*, *La fuga de Colditz*...

Pero quizá la influencia más poderosa que tuvo aquel cine en la sociedad fue en lo concerniente a la normalización del sexo, incluso fuera del matrimonio. El séptimo arte ayudó a cerrar el capítulo sexo-pecado-castigo y a descubrir la pasión como algo de lo que se podía disfrutar sin sentirse culpable. En los ochenta yo era un niño, pero pude observar perfectamente la evolución. Lo notaba en las vecinas: mujeres casadas (y con hijos de mi edad) que, a diferencia de sus madres (abuelas que vestían de luto durante años y no faltaban a misa), se atrevían a decir cosas como: qué bueno está Richard Gere, le haría un favor a Mickey Rourke, voy a alquilar otra vez *Nueve semanas y media*, etc. El cine normalizaba y autorizaba a las féminas a dar un paso más: a liberarse de la carga de culpabilidad carnal heredada y transmitida de generación en generación desde la Edad Media hasta la dictadura de Franco. El Concilio de Trento, reyes y nobles, la Inquisición, señores feudales y curas, religión y superstición... ese era el caldo de cultivo. De ahí veníamos.

Como los videoclubs de los 80s, la tienda tenía un apartado, una pequeña estancia a la que se accedía a través de unas puertas de taberna del oeste (de esas que se abren en las dos direcciones), donde estaba el porno. “Solo mayores de 18 años”, rezaba un cartel. Aunque me daba un poco de vergüenza, me dije, imitando a Tom Cruise en *Risky Business*: “¡pero qué coño!”, y entré. Enseguida reconocí algunos títulos que tenía casi olvidados y a los que los adolescentes de mi época responsabilizábamos de nuestro acné. Esas pelis significaban un avance en nuestra sociedad. Eran, junto con otras, la proa de un rompehielos que avanza por un gélido mar de tabús que los 80s fueron resquebrajando muy bien.

Me llamó la atención, por lo autóctono, una carátula en la que se veía el camino de Santiago transitado por unas peregrinas sin más ropa que el sombrero al uso, el bastón y la concha, la cual llevaban colocada entre las piernas. *Peregrinas calientes*, se titulaba. Una de las chicas atrajo mi atención porque me resultaba tremendamente familiar. No podía creer que fuera ella. Pero, ¿por qué no?, me dije. Busqué la confirmación en la contraportada, donde aparecía sin sombrero y más de cerca, en pleno acto sexual, y ya no tuve duda. Aunque era más joven, al menos veinte años, la reconocí perfectamente: era Raquel Cunqueiro. Increíble. La hija de un rico había acabado haciendo porno. No la hubiese reconocido de no haberla tenido cara a cara en persona, ya que era una Raquel treintañera, una versión madura muy alejada de la joven Raquel de *Frente a frente en el frente*. Se parecía mucho a la Raquel del faro y poco a la Raquel de *Frente a frente en el frente*. Y, además, aparecía sin la mancha en la mejilla. Supuse que se la habían tapado con maquillaje (en aquella época no existía el *photoshop*). Su nombre artístico era Lulú. Metí la película en la bolsa, pagué la compra y me fui. No dejaba de darle vueltas a la cabeza y cuando se cruzó en mi camino un cibercafé, no lo dudé. Entré e introduje varios términos de búsqueda en Google: “Lulú”, “*Peregrinas calientes*”, “Raquel Cunqueiro”, y el nombre de la productora: “El falo de Hércules S.L.” El único que devolvió resultados fue “El falo de Hércules S.L.”. La productora estaba situada en A Coruña, en el piso 6º B de la calle Alameda. Apunté el teléfono que figuraba en un papel y llamé haciéndome pasar por un productor porno en busca de una actriz madurita llamada Lulú para filmar una película X muy guarra (zoofilia) en la que las tías tenían que hacérselo con los animales de una granja. Supuse que Raquel ya no trabajaba en esa industria sexual. Aunque quisiera, ya era demasiado mayor para el cine porno, y, además, había perdido su atractivo a marchas forzadas. Imaginé que no me pondrían pegas a la hora de darme su teléfono, pues era una actriz en su ocaso que ya no les interesaría y a la que hacían un favor dándole mi número. Se alegrarían de que alguien se interesara por ella en sus horas bajas. Una feliz e inesperada oportunidad tenía que ser bienvenida. Acerté en todo. Me dieron el número de Lulú sin ningún problema. Lo que me desconcertó fue que me dijeran que su nombre real era Inmaculada

Ortigueira. Introduje aquel nombre el Google y apareció vinculado a unas cuantas películas porno en las que había actuado. No pude ver ningún vídeo, pero sí unas cuantas carátulas y fotogramas. En todas las imágenes salía sin la mancha en la cara. Estaba desconcertado. Todo eran sorpresas. Raquel era Lulú, una actriz porno. De la mancha de la cara (su seña de identidad), ni rastro. Su nombre real, según la productora, no era Raquel Cunqueiro, sino Inmaculada Ortigueira. Una súbita revelación, como llegada del subconsciente, alertó a mi mente al mismo tiempo que un acaloramiento intenso me recorría el cuerpo. Aquello solo podía significar una cosa: habíamos sido objeto de un engaño. Regresé al apartahotel y busqué en la guía telefónica el nombre de Inmaculada Ortigueira. Existía. Venía su número y dirección: nº 965 67 97 38, Carretera de la Coruña, Partida Finisterre 28. No había ninguna duda. Era un montaje. Llamé a Inmaculada Ortigueira. Nadie descolgó el aparato. Saltó el contestador: “Hola, Soy Inma. Ahora no estoy en casa. Deja tu mensaje y te llamaré lo antes posible. Chao”. Lo que escuché confirmó mi teoría. La grabación de voz de Raquel, o mejor dicho, de Inmaculada, no tenía acento gangoso y barriobajero. Hablaba con un tono de voz normal, sin nada que indicase que iba por el lado más salvaje de la vida, muy distinto a cuando la entrevistamos en el faro, aunque se notaba que las dos dicciones pertenecían a la misma persona. Esperé a que sonara la señal y grabé mi mensaje: “Soy Alberto Bonet. Sé quién eres. Eres Inmaculada Ortigueira, actriz porno o exactriz porno, no sé cómo te ganas la vida ahora, aparte claro, de hacerte pasar por otras personas. ¿Por qué te has hecho pasa por Raquel Cunqueiro? ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué pretendes? Quiero saber la verdad de una puta vez. Y hablarás. Ya lo creo que hablarás. Sé dónde vives. Antes de que acabe el día, iremos a tu casa (no sabía cuándo regresaría Laura) y será mejor que lo desembuches todo si no quieres que... (si no llamaría a la policía, que es lo que, pensándolo ahora, tenía que haber hecho).

Llamé a Laura varias veces, pero tenía el móvil desconectado o fuera de cobertura.

Mientras esperaba su regreso me entró hambre. Eran ya casi las dos y salí en busca de uno de los buenos y baratos menús gallegos que servían en los alrededores de la Catedral de Santiago. Cuando regresé al apartahotel, a eso de las tres y media, y metí la llave en la cerradura, oí actividad en la habitación y supuse que Laura ya había regresado. Abrí la puerta, pero no la vi, y, al llamarla, no contestó. El sonido de unos pasos sobre metal dirigió mi visión hacia la ventana que daba a la escalera de incendios. Estaba abierta de par en par. Cosa que me extrañó, pues la recordaba cerrada o casi bajada del todo, entornada. En una fracción de segundo se me pasó por la cabeza la sospecha. Un ladrón. Mierda. Corrí hacia la ventana y asomé la cabeza. Alguien bajaba a toda prisa el último tramo de escaleras, que daba a un callejón. Lo pude ver fugazmente entre los huecos de los peldaños y de espaldas al doblar la esquina más próxima. Imposible verle bien. Llevaba gorra y chándal. Es todo lo más que pude atisbar. Inspeccioné la habitación para ver si faltaba algo. ¡El ordenador! Fui corriendo a ver si estaba. Menos mal. No se lo había llevado, pero había faltado poco. Yo lo había dejado en una leja y ahora estaba sobre la mesa. Quizá al oírme lo soltó donde le pilló más cerca y salió disparado. Inspeccioné la ventana: no tenía daños y cerraba perfectamente, por lo que imaginé que se quedó abierta y el caco lo tomó como una invitación a entrar.

Me puse a ver *Peregrinas calientes*. Era la típica película porno que seguía la típica estructura esperable. Un poco de diálogo introductorio antes de pasar a la acción, luego, fuera ropa, después... Solo diré que afortunadamente para *Raboneitor* (así figuraba el semental protagonista en los créditos) la dentadura de Lulú se veía sana. Inmaculada era toda una profesional del porno. Pero ¿cómo acabó ahí? Parecía buena actriz, a juzgar por cómo nos la coló haciéndose pasar por Raquel. ¿Qué relación tenía con la película? ¿O no la tenía? ¿Y con Raquel y

el resto de cineastas? ¿Por qué nos mintió? ¿Los mató? ¿Qué oculta?

Eran las cinco cuando la puerta de la habitación contigua se abrió y entró Laura. Se quedó parada, escuchando los gemidos de la película porno. Sus ojos se posaron en el televisor y luego en mí.

—No estoy... Esto no es lo que parece —dije estúpidamente.

—No es asunto mío. Eres muy libre de hacer lo que quieras —dijo Laura mientras daba media vuelta hacia su habitación—. Avísame cuando hayas acabado.

—Espera, Laura. No es eso. Esta no es una película porno cualquiera. En esta sale Inmaculada Ortigueira.

—No estoy puesta en el género ni en sus estrellas.

—Inmaculada Ortigueira es Raquel Cunqueiro.

—¿¡Qué!?

—Bueno, en realidad no lo es. Pero eso es lo que quería que pensásemos.

Aquella, por un momento, embarazosa situación, me dio pie a explicarle a mi compañera todo lo que había averiguado.

—No puedo creer lo que... no puedo creer lo que... no puedo creer... —repitió Laura, entre sorprendida y confusa, sin llegar a completar la frase.

Supuse que quería decir “no puedo creer lo que me estás contando”. Aquello le impactó sobremedida, a juzgar por su mirada perdida y expresión apagada.

—Iremos a hacerle una visita ahora mismo. Estaba esperando que volvieses —le dije—. Ahora no tendrá más remedio que confesar ante nosotros o ante la policía.

Después de asegurarme de que las ventanas estaban bien cerradas, echamos la llave de las habitaciones y nos encaminamos al Palace.

18. Alguien se adelanta

Durante el trayecto por la carretera de A Coruña, Laura seguía en un estado de turbación, absorta en sus meditaciones, y no pronunció palabra hasta que casi me salto el cruce por el que debíamos girar.

—Cuidado, te vas a pasar. Es el siguiente cruce a la derecha.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo indicaba una señal.

—Vaya, ni la vi.

Llegamos al 28 de la Partida Finisterre, una pequeña parcela con una modesta casa prefabricada alrededor de la cual crecía la hierba hasta la altura de las rodillas. La ropa tendida, el coche junto a la entrada, un Chrysler con abolladuras de cuyas ruedas partían dos surcos de hierba aplastada que llegaban hasta la entrada de la propiedad, y las ventanas de la casa abiertas, indicaban actividad y vida.

Llamamos al timbre varias veces, pero nadie contestó. Comprobé la puerta. Cerrada. Miré a ambos lados de la casa. Nadie. Caminé hasta la parte de atrás y toqué con los nudillos una puerta de cristal con mosquitera. Nada. Ya me estaba arrepintiendo de haber llamado anunciando la visita. Quizá ha huido, pensé. Formé una visera con mis manos para evitar los reflejos y me incliné hacia la puerta. Sobre el banco de la cocina, había preparado lo necesario para elaborar una comida: una olla, arroz, zanahoria troceada, cebolla y un filete sobre el que revoloteaban un par de moscas. Seguí escudriñando y vi algo grande en el suelo que llamó mi atención. Ajusté la visera y apreté un poco los ojos para conseguir mayor nitidez y no hubo duda. Una persona yacía en el suelo junto a un charco de sangre.

—¡Laura! —grité.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras venía corriendo.

Giré el pomo de la puerta con suavidad para ver si estaba abierto. Sí. Entré y rodeé el cuerpo hasta verle la cara. Era Inmaculada Ortigueira (sin mancha en la mejilla, claro). Al ver sus ojos abiertos en expresión de alerta y terror, un escalofrío me sacudió las entrañas. Le tomé el pulso. No había. Le toqué el brazo. Frío, rígido.

—No toquemos nada —dije—. Hay que llamar a la policía.

Laura permanecía inmóvil, con la mirada fija en el cadáver.

—¿Está muerta? —preguntó.

—Sí.

—Dios mío —se lamentó Laura—. Pero, ¿qué demonios está pasando aquí?

Sentados en los desgastados escalones de madera del porche, especulé para mis adentros con lo que había podido pasar y si aquello podía tener que ver con mi llamada. ¿Se había suicidado al saberse descubierta? No, no podía ser a juzgar por la expresión aterrada con la que pasó a mejor vida. Alguien la había matado, pues. Pero, ¿por qué? ¿Y cómo había muerto? Había sangre, pero, ¿de dónde procedía?

El sonido de las sirenas anunció la llegada de la policía. Cinco coches patrulla y una ambulancia aparcaron junto a la casa.

Acompañamos a los oficiales a la escena del crimen. El médico certificó la muerte de Inmaculada. Tomaron unas fotos del cuerpo tal y como estaba (bocabajo con la cabeza ladeada

hacia el interior de la casa) y luego lo giraron dejando a la vista la herida mortal. Alguien había clavado un cuchillo en el pecho de la víctima alcanzando el corazón, diría más tarde el informe del forense. El cuchillo me resultaba tremendamente familiar. Se parecía mucho, o era igual, a los del juego de la cocina del apartahotel. Tenía el mango nacarado, blanco y moteado a manchas negras. Encontraron huellas en él y las fotografiaron.

El inspector Fernández, un hombre de unos cuarenta y cinco años, con abundantes microcráteres en la cara, seguramente secuela del acné, que habló con Laura y conmigo por separado, descartó la posibilidad del robo, ya que no se habían llevado nada de la casa: ni dinero ni objetos de valor. Me hizo muchas preguntas: Qué hacíamos allí. De qué conocíamos a Inmaculada. Si sabíamos quién podía haberla matado.

—Ni idea de quién puede haber sido. La hemos conocido esta mañana.

—¿Y habían quedado con ella esta tarde?

—No exactamente. Pero tan pronto como nos dimos cuenta de que se había hecho pasar por otra persona, la llamamos para decirle que veníamos. Como no hubo respuesta, le dejé un mensaje en el contestador.

El inspector me miró estupefacto e intrigado con un gesto que me invitaba, a la vez que exigía, respaldado por la autoridad que le otorgaba su cargo, a que me explicase detenidamente.

Le conté toda la historia y fue tomando notas en su libreta.

Cuando la policía científica terminó su trabajo, el inspector nos pidió que reconstruyéramos todos nuestros movimientos desde que llegamos; recordando por dónde habíamos pasado y qué habíamos tocado. Al llegar a la cocina, vi que un agente extraía la cinta del contestador automático y la guardaba en una bolsita de plástico transparente. Más tarde escucharían mi voz enfadada anunciando mi visita y presionando a Inmaculada. Pero ya se lo había avisado al inspector y se había hecho cargo, no había de qué preocuparse.

19. Insurrección

Llegamos casi a las doce de la noche al apartahotel, derechos a la cama. Muy cansados después de todo lo que había pasado y de la cantidad de explicaciones que tuvimos que dar a la policía.

Me desperté a las seis de la mañana pensando en *Frente a frente en el frente* y con muchas ganas de saber cómo seguía el argumento. Muchísimas ganas, para ser exactos. En ese momento fui consciente de la poderosa carga de intriga que infundía la película en el espectador. De esas que te mantienen pegado a la butaca sin pestañear.

Me acomodé en el sillón y rebobiné el VHS veinte segundos para continuar el visionado un poquito antes del punto en que lo había dejado: cara a cara, los dos hermanos, Tomás y Juan, enajenados por la vorágine salvaje y sangrienta que supone la despiadada batalla en la que se encuentran, se amenazan el uno al otro con el fusil y el cuchillo. Este cara a cara contenido es la imagen que mejor resume el film. Es una metáfora excelente de la Guerra Civil española: una guerra absurda entre hermanos. Afortunadamente, Tomás y Juan no se dejan arrastrar por el primer impulso de matar y, al mirarse a los ojos, se reencuentran con los buenos y tiernos recuerdos fraternales, consiguiendo así desprenderse del absurdo de la violencia y de las ideologías envenenadas de intereses y odios que enfrentan a los españoles.

Juan salva la vida de Tomás matando a un soldado de su mismo bando que iba a matar a su hermano. Hasta aquí lo que ya había visto. Después, ambos hermanos se funden en un emotivo abrazo.

A continuación, tiene lugar el acontecimiento más surrealista y rompedor que jamás he visto en una escena bélica. Cada vez que irrumpe un nuevo soldado en el set del familiar reencuentro, fusil en mano en busca de algún enemigo al que matar, el hermano que pertenece a su bando (Tomás al rojo, Juan al fascista) le ordena: “Alto el fuego. Es mi hermano”. El soldado, sea cual sea su bando, obedece, depone su actitud y acaba uniéndose a un creciente grupo de soldados que parecen despertar de una hipnosis inducida y regresar a la cordura y a la no beligerancia.

Al cabo de diez soldados y diez “no dispares a mi hermano”, se ha formado una cuadrilla de insumisos que desprecian sus fusiles y expresan su voluntad de no matar a nadie más. Todos tienen en común que han sido obligados a ir a la guerra en contra de su voluntad y destinados a primera línea de fuego. Todos tienen la misma idea en la cabeza, y es Juan, el padre de Laura, quien primero la dice en voz alta:

—Desertemos de esta guerra inútil.

—¿A qué esperamos? —contesta un soldado uniformado por los rojos.

—Lo mejor será ir al este —propone un soldado con uniforme fascista y aspecto intelectual—.

Los rojos atacan por el norte y los fascistas por el sur.

Todos se muestran de acuerdo.

Fundido encadenado:

Los doce objetores de conciencia caminan bajo un crepuscular cielo en llamas. Llegan a un paisaje dominado por un lago y se dirigen, agazapados entre la maleza, a una cabaña que hay en la orilla. Una vez se han cerciorado de que no hay inquilinos, se instalan para pasar la noche. A la luz del hogar, tan parpadeante e incierta como sus destinos, mantienen un diálogo de lo más lúcido, y que revela la afinidad de pensamiento que hay entre ellos:

—¿No tenéis la sensación de que todo el mundo se ha vuelto loco?

Todos asienten.

—No es una sensación, es la realidad.

—Con tantos radicales intolerantes pugnando por el poder y alimentando el fanatismo de los más ignorantes, parece hasta lógico y esperable el haber llegado a una guerra civil.

—Es verdad. Los radicales no tienen ninguna voluntad de entenderse. Han enmarañado a la sociedad española en una espiral de violencia intoxicada por ideas extremas. Pretenden imponer su sistema por encima de todo.

—Yo tuve un sueño sobre eso. Bueno, una pesadilla mejor dicho. En ella se imponía el pensamiento único por turnos. Primero se suponía que la guerra la habían ganado los más reaccionarios y todos nos fustigábamos la espalda vestidos de capuchinos en una beatísima y larga procesión. Luego, venía el turno de los anarquistas, vencedores, imponían su sistema creando el caos en un mundo sin más ley ni orden que la del más fuerte: la de la jungla. Al final, el sueño mostraba la tercera posibilidad: los comunistas lograban la victoria y todos los bienes y propiedades de los ciudadanos pasaban a ser tutelados por el estado; para reordenarlo todo a peor.

Era como el siniestro y negro catálogo de las futuras posibilidades de una sociedad totalitaria e intolerante, sin cabida para el que se atreva a pensar de manera diferente a lo establecido.

—Precisamente en la que estamos. Por eso hemos acabado así.

—Tratan de imponernos unas normas que ellos mismos se saltarán cuando les convenga, y que se supone que son la panacea para lograr una sociedad ideal. Todo mentiras y fantasías.

—Están muy lejos de procurar el bien y actuar con sentido común.

—Todos tratan de hacerse con el poder y los beneficios personales que conlleva a costa de la sangre del pueblo.

—Divide y vencerás. Es su táctica.

—Sí, pero con nosotros les ha salido mal.

Todos ríen.

—Brindemos por la sensatez —propone un compañero ofreciendo vasos que llena del agua de una tinaja.

Después del brindis, alguien pregunta:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Podemos vivir en las montañas. Ocultarnos de día y cazar de noche.

—Yo me voy al norte —dice con firme decisión uno con acento vasco.

—¿Al norte?

—Sí, a Guernica. Tengo que sacar a mi familia de allí antes de que arrasen el pueblo los bombarderos de Hitler y Mussolini. Piensan experimentar los efectos destructivos de sus nuevas bombas.

—¿Cómo sabes que eso va a ocurrir?

—Me lo acaba de contar aquí el compañero —dice señalando al que tiene al lado.

—Sí. Se lo he contado yo. Oí como un general se lo decía a otro durante una cena. Aquella noche tuve que sustituir al camarero porque estaba enfermo y pude oírlo a través de la puerta de la cocina.

—A la madrugada salgo para allá. Mi madre y mis hermanos viven en Guernica —reitera el vasco.

—¿Por qué no le acompañamos?

—¿Por qué no?

A la mañana siguiente, todos emprenden camino a Guernica. Un montaje con abundantes

encadenados muestra la progresión del viaje y el día a día de una vida nómada y proscrita: caza, hogueras, dormir al raso, lavar ropa en ríos, caminatas, precauciones...

Desgraciadamente, llegan con el tiempo tan justo a Guernica que una escuadrilla de aviones ya surca el cielo y comienza a sembrar la destrucción y el caos. El que tiene allí a su familia, acompañado de dos más, se adentra en la población en pleno bombardeo decidido a regresar con los suyos. El resto del grupo espera en las afueras. Obviamente, por imperativos de producción, el bombardeo de Guernica no se ve en la película, ni siquiera Guernica. Solo se sugiere. Y como suele suceder a menudo en el cine, a veces las acciones en off dan pie a perspectivas más interesantes que las que normalmente lo muestran todo. En este caso, solo se ofrece el plano del grupo esperando tras unos arbustos la vuelta de sus tres compañeros y la familia, pero nunca se ve el contraplano de Guernica. Está claro que una producción indi como esta lo tenía difícil para montar un bombardeo o conseguir imágenes de archivo. Pero el resultado conseguido con un único tiro de cámara es prodigioso. Iluminados por los destellos artificiales de las explosiones, vemos las caras de los miembros del grupo horrorizados por la barbarie, la destrucción masiva y la angustiada e incierta espera de sus compañeros. (Podemos imaginar, sin verlo, un genocidio apocalíptico.) Sus rostros son un poema, la expresión del sentimiento humano ante el horror resulta más poderosa, empática y sugerente que si se hubiesen mostrado imágenes de destrucción de la población.

Al cabo de unos instantes, los tres rescatadores consiguen regresar con la única de la familia que se ha salvado: la hermana (que es Raquel Cunqueiro).

Después de un tiempo de reflexión, deciden que la mejor opción es huir a Francia. Al principio, el trayecto no ofrece demasiadas complicaciones ni peligros, pero a medida que se van acercando a la frontera, se ven obligados a extremar las precauciones. Hay soldados por todas partes y tienen que desviarse por peligrosas rutas de montaña con escabrosos senderos, puentes colgantes en desuso, ramblas, bosques.

Llegados a un punto, la única manera de alcanzar la frontera, tan solo a quinientos metros, es cruzando por en medio de un pueblo controlado por los rojos. Como todavía conservan los uniformes, se les ocurre una idea. Los de uniforme rojo atan las manos a los de uniforme fascista y a Raquel. Acto seguido atraviesan el pueblo como si llevaran a unos capturados a fusilar. Es una escena de mucho suspense. La calle principal por la que avanzan tratando de aparentar normalidad parece no acabar nunca y cada vez que algún soldado o curioso mira al séquito, apretamos los puños esperando que todo salga bien. Cuando ya casi han llegado al final de la calle, unos soldados rojos les dan el alto.

—Santo y seña —dice un cabo.

—Ni santo ni seña —les contesta Juan con tono prepotente.

—¿Cómo?

—No somos de vuestra zona —continúa Juan—. Venimos de más al sur y tenemos que llevar a estos detenidos a fusilar. Cumplimos órdenes directas del general Rovira.

—¿Y cómo es que nadie nos ha avisado de que veníais?

—No tengo ni puta idea. Nosotros nos limitamos a cumplir las órdenes. Tenemos que llevar a estos detenidos ante el general antes de dos horas. Es lo único que sé.

—Pues tendréis que esperar a que llegue mi sargento. Que no volverá de las montañas hasta dentro de tres horas.

—Muy bien. De acuerdo. Llegaremos tarde. El general se pondrá hecho una furia. Lo conozco muy bien. —Ahora Juan eleva el tono hasta acabar gritando lleno de cólera—. Por su puesto, os echaremos toda la culpa a ti y a tu sargento. Mequetrefes. Vais a acabar en primera línea de

trinchera. Ya lo estoy viendo.

—Cago en la puta. No me jodáis, cabrones —dice el cabo muy nervioso—. Está bien. Pasad, coño.

Enseguida dejan atrás el pueblo y la frontera queda a la vista. Durante el tramo final, desatan a los fingidos detenidos. Luego se quitan los uniformes, rojos y fascistas, y los pisotean. Todos felices caminan hacia la frontera, que está a unos veinte metros, pero cuando ya casi han llegado, caen en una emboscada. Un grupo de soldados fascistas les rodean encañonándolos con sus armas.

—¿Quiénes sois? —pregunta un teniente.

Nadie contesta.

Un soldado fascista dice:

—Son desertores, señor. Los huelo a un kilómetro.

—Fusilémoslos —sugiere otro fascista con cara de sádico.

—No —contesta el teniente—. Estos se los vamos a regalar a los nazis. Les prometí unas cobayas para sus experimentos.

Los fascistas se parten de risa.

Fundido a negro y pantalla en blanco.

La película se corta ahí. Qué rabia. Una buena película sin final. Con lo que deseaba yo saber cómo acababa la suerte de nuestros héroes.

Como me explicó Miguel, el final, si es que lo habían filmado, podría estar en la bobina que no había aparecido.

Era imposible no establecer un paralelismo entre los protagonistas del film y los autores del mismo. Entre los jóvenes desertores y los jóvenes cineastas. Disidentes de lo establecido, ambos buscaban la libertad. Con todo lo que supone. Unos se arriesgaron desertando del Ejército y los otros desafiaron a la censura. La película era un proyecto suicida en el sentido legal, pero no solo eso, la clandestinidad del film implicaba la imposibilidad de que se distribuyera por los cines y obtuviese una rentabilidad. Era también un suicidio económico. Una ruina. A menos que, tal vez, pensaran distribuirla en el extranjero. Me sentía fatal. Esta gente arriesgó su integridad y su dinero por expresarse libremente y yo, en cambio, había hecho concesiones para conseguir vender mi guion a una productora de mala muerte. ¿Qué clase de artista era yo? Tenía que hacer algo para reparar mi afrenta al arte. Y ya se me estaban ocurriendo algunas soluciones.

20. Falso culpable

Di una vuelta por las calles de Santiago intentando no pensar en nada. Tratando de descansar la mente para, más tarde, afrontar los acontecimientos desde una perspectiva fresca y renovada.

Cuando regresé al apartahotel, Laura se acababa de levantar y estaba a la mesa tomándose un vaso de leche con madalenas. Los pantaloncitos del pijama y una camisa de tirantes blanca dejaban a la vista unos muslos y brazos perfectamente torneados por la naturaleza y el ejercicio físico. Además de sexi, por su piel fina y unas curvas tan eróticas como solo las mujeres bellas pueden tener, su fortaleza física, sin llegar a romper su feminidad, le confería un grado de distinción que le otorgaba un valor añadido, un extra que la diferenciaba de la mujer objeto pasiva para hacerla activa, heroína, dueña de su vida.

Oí las campanas de una iglesia cercana dar las ocho y encendí el televisor para ver el noticiario. La muerte de Inmaculada abrió el informativo con el subtítulo: EXACTRIZ PORNO ASESINADA EN SU CASA DE UNA PUÑALADA bajo una foto reciente de la fallecida (con su dentadura en perfecto estado). Varios vecinos de los chalets colindantes fueron entrevistados. No habían visto ni oído nada, pero tenían el miedo en el cuerpo. “Estamos muy preocupados. Este siempre había sido un lugar muy tranquilo”, comentó un jubilado.

“Espero que la policía resuelva esto cuanto antes. Ahora ya no puedo dejar que mis hijas vayan solas al colegio ni a ningún sitio”, dijo un ama de casa visiblemente alterada, casi histérica.

Dijeron que no había indicios de que la entrada hubiese sido forzada, ni tampoco más señales de lucha que la de un taburete que la agredida debió volcar al ser derribada por el cuchillazo. La policía no tenía nada, dijeron. Ni pistas, ni móvil, ni sospechosos. El asesinato tuvo lugar unas tres o cuatro horas antes de ser levantado el cadáver, según el forense. Entre las tres y las cuatro de la tarde.

Pensé dónde estaba yo en ese intervalo: volvía de comer sobre las tres y me puse a ver *Peregrinas calientes* hasta que llegó Laura a las cinco.

¿Tenía que ver el homicidio con que estuviésemos desenterrando el pasado con nuestra investigación? ¿O era algo totalmente ajeno?: ¿asuntos de drogas, proxenetismo, etc.? ¿Por qué nos mintió? ¿Por qué se hizo pasar por otra persona? ¿Quién la había matado? ¿Por qué?

Mi mente volvió a repasar todo lo acontecido el día anterior y, durante ese proceso, me sobrevino, como un flash, una idea que venía directamente del subconsciente. Una de esas revelaciones epifánicas que proceden de otro departamento de uno mismo, ese que parece ir por su cuenta y que es mentalmente poderoso pero ingobernable. Me levanté y fui directo hacia el banco de la cocina. Directo a corroborarlo. El juego de cuchillos, que se hincaban verticales sobre un soporte de madera, estaba incompleto. Faltaba uno, de tamaño medio, el que yo había utilizado para abrir el pan. Busqué en el fregadero, la panera, la nevera e incluso en la basura. No estaba.

— Laura, ¿has usado el cuchillo que falta en la cocina?

—No, no he usado ninguno.

Los golpes de alguien llamando a la puerta violentamente nos sobresaltaron.

—¡Policía!, ¡Abran enseguida!

Reconocí la voz. Era el inspector Fernández. Laura le abrió y entró acompañado por dos agentes de uniforme.

—Señor Bonet —dijo seriamente situándose frente a mí—, me gustaría repasar con usted

algunas cosas.

Mierda, ya sabía yo qué cosas. Todo lo que estaba pasando era tan predecible para mí que podía haber escrito los diálogos de la escena.

—¿Dónde me dijo que estaba ayer entre las tres y las cuatro de la tarde?

—Aquí, como le dije, a las tres regresé de comer, justo a tiempo para evitar que un caco nos desvalijara. Luego estuve viendo una película hasta las cinco.

—¿Alguien puede confirmar su coartada?

—Estuve solo, si a eso se refiere.

—¿Recibió la visita de alguien? ¿Le vio alguien del personal del hotel? ¿Recibió alguna llamada por el teléfono fijo?

—No.

—Ya, lo que suponía —dijo el inspector.

—¿Qué ocurre? —preguntó Laura.

—Señor Bonet, queda usted detenido.

—¿Por qué? —insistió Laura.

—Por el asesinato de Inmaculada Ortigueira.

—¿Qué? —dijo Laura incrédula y sarcástica con la conclusión policial—. Eso es absurdo. ¿En qué se basa su acusación?

Me sentía como Christopher Walken en *La zona muerta* (dirigida por David Cronenberg y basada en la novela de Stephen King), capaz, después de un coma, de ver los acontecimientos futuros. Ahora entendía por qué era una experiencia tan desagradable. Era un don maldito saber lo que iba a pasar y asistir angustiosamente al desarrollo de un destino marcado. Tenía que calmarme y lograr que la anticipación repercutiese en mi beneficio. Piensa, piensa. Pensé en lo próximo que iba a ocurrir: esposas, asiento de atrás del coche patrulla, calabozo, juez, prisión preventiva a la espera de juicio. Dios, yo era inocente, no podía permitir que me encerrasen.

—Me baso en las pruebas. Pruebas contundentes —argumentó el inspector—. El señor Bonet grabó un mensaje en el contestador de Inmaculada Ortigueira unas horas antes del asesinato amenazando a la víctima y anunciando su llegada. Aquí tengo la transcripción. He subrayado algunas frases: “Soy Alberto Bonet. Sé quién eres”. [...] “¿Qué está pasando aquí? ¿Qué pretendes? Quiero saber la verdad de una puta vez. Y hablarás. Ya lo creo que hablarás. Sé dónde vives. Antes de que acabe el día, iremos a tu casa, y será mejor que lo desembuches todo si no quieres que...”

—Si hubiese conocido a esa mujer y cómo te podía sacar de quicio, no se extrañaría de que...

—¿...de que alguien se la acabara cargando? ¿Merecía morir? ¿Por eso la mataste? —me tanteó el inspector creando un silencio expectante que nunca llené.

—¿No tiene nada mejor? —preguntó Laura defendiendo mi inocencia.

Empezaba a considerar a mi compañera de viaje una amiga. Con la suficiente clase y altura de miras como para no fallarme en las situaciones difíciles.

—Tengo un cuchillo hundido en el corazón de la víctima en el que hemos encontrado huellas dactilares. Huellas dactilares que corresponden al señor Bonet.

Los agentes de uniforme estaban allí para detenerme. Esa era su función. Hacer el trabajo sucio. Eran el brazo ejecutor, un brazo musculado, por cierto (a juzgar por su físico, habían derrochado una importante parte de su vida levantando pesas), y el inspector, la cabeza, el cerebro, un cerebro de funcionario que se limitaba a actuar siguiendo la ley del mínimo esfuerzo. Claro, no era su culo el que estaba en juego, sino el mío. Noté que los dos esbirros uniformados empezaban a ponerse nerviosos, a intuir que el inspector pronto les lanzaría una señal para que me

colocasen los grilletes. Tenía que adelantarme o estaba acabado. Ahora o nunca.

—Un momento inspector. Permítame que le explique —empecé diciendo para ganar tiempo.

—Soy todo oídos.

—Dios, qué calor hace aquí —dije desabrochándome el botón de arriba de la camisa como agobiado por el mal trago.

Miré a Laura fijamente y ella se percató de que trataba de decirle algo. Luego miré a la ventana y después a ella otra vez.

—Abriré un poco la ventana para que pase el aire —dijo mi compañera.

Bien, me había entendido a la primera. La idea era: correr, ventana, saltar a escalera de incendios. Huir como el ladrón.

—Empezaré desde el principio, inspector. Ayer, después de descubrir que Inmaculada Ortigueira se estaba haciendo pasar por otra persona, por Raquel Cunqueiro, decidí que solo había una manera de hacerla confesar. Yo estaba justo aquí, donde estoy ahora mismo, cuando llegué a esa conclusión. Así es que me levanté y me dirigí al teléfono.

Me levanté, como reconstruyendo mis pasos, y me encaminé al teléfono fijo, que estaba cerca de la entrada.

Los *terminators* se acercaron a la puerta, por si se me ocurría intentar escapar. Justo lo que yo quería, alejarlos de la ventana.

—Pero antes de llamar, paseé reflexionando lo que iba a hacer —dije con aire evocativo al atento y callado inspector mientras me iba acercando a la ventana— y fue entonces cuando...

No me di tiempo para pensarlo dos veces. Con una decidida determinación, siempre infinitamente mayor en el hombre que huye para preservar su libertad que en unos funcionarios asalariados que cobrarían lo mismo me detuvieran o no, salté por la ventana con un impulso del que no me sabía capaz. Vi mis pies volando y aterrizando sobre la plataforma de hierro de la escalera de incendios. No miré atrás. Momentáneamente dotado de un poder físico y mental dignos de un superhéroe, bajé a zancadas por aquellas escaleras a una velocidad inhumana. El vértigo y el miedo a caer no existían para mí. Esa era mi ventaja. La libertad es nuestro bien más preciado, pero no eres consciente de ello hasta que intentan arrebatártela. No sé cuánto tardé en descender los tres pisos, a mí me parecieron segundos. Giré por el callejón y corrí todo lo que pude hasta la siguiente bocacalle. Torcí a la izquierda y seguí corriendo. Miré hacia atrás. No se veía a nadie. Aposté por la derecha en la siguiente manzana. Entré en un hipermercado y, durante casi una hora, estuve recorriendo las estanterías del fondo simulando que hacía la compra. Finalmente, y como tenía algo de dinero en el bolsillo, compré una gorra, unas gafas de sol y una camiseta técnica de esas que usan los deportistas. La única de mi talla era naranja; el color no podía ser más llamativo.

Caminé por las aceras más transitadas intentando pasar desapercibido hasta la primera cabina telefónica que encontré. No sabía qué hacer. ¿Llamo a Laura o no la llamo? Solo había pasado una hora desde mi huida. ¿Les habría dado tiempo a pinchar el teléfono? Decidí no arriesgarme y seguí caminando. Al doblar la siguiente esquina, me topé con dos policías que se dedicaban a observar a todo el que pasaba por la acera. Me hundí la gorra lo que pude e intenté parecer tranquilo. Noté, con el rabillo del ojo, como me clavaban la mirada al pasar por su lado. No los había dejado atrás ni dos metros cuando les oí decir:

—¡Eh!, usted. Espere un momento.

Me paré en seco. Mis piernas se volvieron flácidas y mi corazón parecía que iba a saltar del pecho. Me giré hacia los agentes tratando de esbozar una media sonrisa. Pero no me miraban a mí, sino a un hombre trajeado que estaba a mi lado y caminaba en mi misma dirección.

—Señor, su cartera está a punto de caerle del bolsillo.

El tipo se metió la cartera hacia adentro y les dio las gracias.

—No hay de qué. Buenos días, caballero.

Seguí recorriendo las calles sin pararme demasiado para no llamar la atención. En una plaza del casco antiguo, una floristería que parecía tener cien años, me dio una idea para comunicarme con Laura. Un sinfín de ramos de flores resplandecían en la entrada y continuaban hacia el interior del local. El cartel de hierro forjado sobre la fachada decía: “Floristería La Eterna Primavera, desde 1932”. Compré un ramo de rosas amarillas e hice que lo enviaran a Laura con una tarjeta en la que escribí: *Laura, te espero en el pequeño parque que hay en el centro de la plaza Cervantes sentado en un banco. Por favor, tráeme mi portátil, la cartera y algo de ropa. P. D. Cuida de que no te sigan.*

Como el reparto de flores no empezaría hasta dentro de una hora, volví a mimetizarme entre los transeúntes para no estar demasiado tiempo en un mismo sitio. De la noche a la mañana me había convertido en un fugitivo. Acusado de asesinato, perseguido por la ley e inculpado injustamente por el verdadero y maquiavélico artífice, o artífices, de un crimen espeluznante. Todo había sucedido muy deprisa. De profesor de literatura y escritor frustrado a “falso culpable”: uno de los temas favoritos de Hitchcock, en cuyas películas, el protagonista, un tipo normal y corriente con una vida normal y corriente, como yo, es acusado de un crimen que no ha cometido. Todas las pruebas apuntan diabólicamente en su contra y no ve la manera de demostrar su inocencia. De momento solo puede hacer una cosa: huir. Huir del mundo, un mundo patas arriba que se ha vuelto loco y tratar de encontrar al verdadero culpable. Y eso mismo tenía que hacer yo. Huir, por un lado y, por otro, encontrar al verdadero asesino. Pero, ¿quién era el asesino? ¿Laura? A juzgar por el cuchillo y por las pruebas circunstanciales, podía ser. Pero también podía ser el ladrón que entró en la casa ¿fue él quien cogió el cuchillo? ¿O fue alguien que entró, no sé cómo, en otro momento? No lo sabía. Pero era un hecho constatado por la policía que el cuchillo que había matado a Inmaculada Ortigueira era el mismo que yo había usado para prepararme el bocadillo, como afirmaban mis huellas en él. Quien lo cogió quería inculparme. ¿Por qué si no iba a coger un cuchillo de la cocina de mi apartahotel? ¿Y por qué si no cogió un cuchillo usado, teniendo un juego nuevo a elegir, donde, además, había cuchillos más grandes y con la hoja más gruesa y consistente?

Ya había pasado una hora y el reparto de flores ya había empezado. Me dirigí a la plaza en la que había quedado con Laura, pero no la esperé en un banco, como le había dicho. Esperé fuera del parque, que ocupaba el centro de la plaza, observando a través del seto, temeroso y algo paranoico. ¿Y si Laura quería cargarme el muerto? Si era así, la policía se presentaría en la plaza para cazarme. Algo en mi interior me decía que eso no iba a suceder. La paranoia y el nerviosismo que me provocaba la situación no me dejaba pensar con calma y claridad. Así que traté de pensar lo contrario, que la policía no se presentaría, y busqué una justificación para ello: puede que Laura hubiese matado a Inmaculada, pero también puede que hubiese cogido el cuchillo sin pararse a pensar que tenía mis huellas. Pronto lo sabría. No veía a nadie sospechoso en la plaza y alrededores. La policía solía camuflarse y disfrazarse para capturar a un objetivo pero nadie que estuviese a mi alcance visual era un poli. Lo hubiese reconocido. Es fácil para un cinéfilo notar cuando alguien está interpretando un papel, encontrar diferencias entre alguien auténtico, que realiza su labor cotidiana como ha hecho siempre, y un mero extra. Muchos detalles lo indican: vestuario, herramienta, lugar al que dirige la mirada, destreza en su trabajo y, sobre todo y más concluyente: que la acción que esté realizando tenga sentido. Si, por ejemplo, el poli va disfrazado de barrendero y siempre barre sobre la misma zona, (ya limpia), por ser el punto en

que le interesa quedar situado, no deja duda. Es cuestión de ponerse en lugar del tipo observado y pensar en si la tarea que realiza es productiva o no. Vi a Laura llegar y dirigirse al centro de la plaza. Se acercó a los bancos buscándome y, al no verme, se sentó a esperar. Pasados cuatro minutos, y aguardando no haberme equivocado en mi reconocimiento visual, me lancé al ruedo. Me senté a su lado y permanecí algo intranquilo por si algún poli irrumpía en la escena.

—¿Cómo estás? —se interesó Laura.

—Todo lo bien que se puede estar cuando te acusan de asesinato, te conviertes en un fugitivo perseguido por las fuerzas de la ley y nadie cree en tu inocencia.

—Yo sí creo —dijo con total convicción y en tono empático y cariñoso. Por un momento deseé abandonarme a tanta comprensión materna, pero no podía. Laura era la candidata número uno.

—Sé que tú no mataste a Inmaculada —me dijo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al oír aquellas palabras. Contuve el impulso de preguntarle si había sido ella. ¿Cómo podía estar tan segura si no?

21. Las cartas boca arriba

Necesitábamos un lugar donde guarecernos. Como no podíamos ir a un hotel, porque la poli nos hubiese localizado (es obligado enseñar el DNI en recepción al inscribirse como huésped), me acordé de que en uno de los bares en los que había estado se anunciaba, en un cartel tras el barman, el alquiler de habitaciones de particulares. Estaba cantado que era un negocio en negro. Ideal. No dejaría rastro. Justo lo que necesitaba. Alquilamos un piso entero por menos dinero que la habitación de un hotel. Situado en las afueras, y dada mi condición de prófugo, era el escondite perfecto. Me tumbé en la cama. El cuerpo me pedía descanso, aunque sabía que la mente no iba a dejarme dormir. Laura dijo que iba a prepararse algo con lo que había en el frigorífico. Permanecí en una especie de estado de alerta. No podía dejar de encontrar razones que apuntaban a la culpabilidad de la atractiva mujer con carácter que se había convertido en aquellos días en mi compañera de vicisitudes. Laura tenía tan fácil acceso a aquel cuchillo nacarado con mis huellas como yo. Y, aparte de ella, y que yo supiese, el ladrón, que, en principio, se presentaba como un candidato menos probable. Reconstruí los hechos mentalmente elaborando una teórica secuencia de lo acontecido; y todo cuadraba. La concatenación de los acontecimientos incriminaba a Laura, al menos de manera circunstancial. Repasando desde el principio: Laura y yo vinimos a Santiago para interrogar a Raquel. Ese fue el motivo de nuestro viaje: que Raquel nos arrojase luz, o desvelase el misterio de lo que ocurrió en el rodaje de *Frente a frente en el frente*. Cuando Raquel nos llamó (aún no sabíamos que no era Raquel realmente, sino una actriz que la estaba suplantando), Laura estaba muy excitada. Deseaba oír, más que nada en el mundo, qué fue de su padre de la boca de la única persona localizable, quizás superviviente, de aquella incierta aventura artística. Pero Laura estalló en cólera cuando vio que Raquel (al menos en aquel momento creíamos que era Raquel) se burlaba de nosotros y no iba a desvelar nada significativo. Con toda su incontenible rabia (vi tal odio y furia en sus ojos que parecía querer matarla), se lanzó contra la pseudo yonqui con toda su artillería. Y si el barman y yo no la hubiésemos sujetado... Todo encajaba. Laura no quiso volver conmigo a casa tras su arrebató. Se marchó sola del bar. ¿Por qué? Probablemente porque ya tenía pensado su plan: seguir a la mujer que supuestamente tenía la respuesta que explicaba el destino que había sufrido su familia. La respuesta por la cual su vida había sido más dura de lo normal y su madre, recién enterrada, había pasado un calvario de incertidumbres. Laura no iba a dejar pasar la oportunidad. Conseguiría esa información como fuese, por la fuerza o bajo tortura si hacía falta.

Siguió a la supuesta Raquel hasta su casa, donde la asesinó por negarse a hablar ¿O había hablado y por eso la había matado? ¿Qué le habría dicho? ¿Sabía lo que pasó? ¿O simplemente inventó un final para los cineastas de *Frente a frente en el frente* que había provocado un estallido de ira en Laura? ¿Fue Inmaculada contratada por otra persona y era totalmente ajena a la verdad, o no?

El caso es que Laura, según esta teoría, la habría matado. Por eso su teléfono estaba apagado cuando la llamé poco antes de las dos. Lo habría apagado alrededor de la hora del crimen. Lo cual concuerda con lo que viene después: cuando Laura vuelve al hotel sobre las cinco, tras haber sucedido el crimen, según el forense entre las tres y las cuatro, le comunico lo que acabo de averiguar y su reacción es de lo más elocuente. Se queda pasmada cuando le digo que la mujer que creíamos que era Raquel no era Raquel sino otra mujer que se hizo pasar por ella. Repite tres veces una frase que nunca completa: “No puedo creer lo que... no puedo creer lo que... no puedo

creer lo que...” Pero los puntos suspensivos no sugieren lo que yo supuse en un primer momento: “No puedo creer lo que me estás contando.” Si no algo muy distinto como quizá: “No puedo creer lo que acabo de hacer.” O algún pensamiento similar que asalta a quien acaba de cometer un crimen sin sentido”. Su absoluto silencio, su semblante pálido y el hecho de que no pronunciase casi una palabra a partir de entonces, podrían servir para explicar cómo se sentía. Había metido la pata. No había matado a Raquel Cunqueiro, como tal vez ella creía, sino a otra persona. A una actriz porno llamada Inmaculada Ortigueira. Por eso se mostraba tan rara y callada. Y lo más importante de todo, me dijo: “Sé que tú no eres el asesino” ¿Cómo podía estar tan segura? Solo se me ocurría una razón: ella fue quien clavó el cuchillo nacarado en el pecho a Inmaculada Ortigueira. Era una teoría sin pruebas concluyentes, tan solo circunstanciales, pero una teoría en la que todas las piezas se dejaban encajar. Pero si así había sucedido todo, si estaba en lo cierto, ¿qué clase de persona era Laura en realidad? ¿Estaba trastornada?, ¿loca? Creo que para matar a alguien hay que estarlo. ¿O había perdido el control sobre sus actos solo por unos instantes, en una especie de enajenación mental transitoria? No lo sabía, pero lo confieso: tenía miedo. Si la mujer con la que compartía piso era una asesina, una loca homicida y, además, había tratado de colocarme a mí un asesinato que había cometido ella; ¿qué podía ser lo próximo? ¿Estaba seguro? ¿Peligraba mi vida?

Laura llamó a mi puerta con los nudillos.

—Adelante —dije sobresaltado y sintiéndome pequeño, desnudo, como si mis pensamientos hubiesen quedado esparcidos por el aire.

La sospechosa llevaba mi portátil en sus brazos, con la pantalla abierta hacia ella, iluminándole la cara desde abajo. La luz le daba un aspecto sobrenatural, extraño, vampírico, muy tenebroso, pero a la vez muy atractivo, hipnótico. De siempre, me han fascinado sobremanera las *femmes fatales*. Quizá por ser más inalcanzables, más imposibles en todos los sentidos. Había un algo suicida en mí y que, a menudo, me hacía ir por el camino menos práctico y razonable, pero más vivo. Aquella pedazo mujer, belleza y valor, valquiria, prototipo del siglo XXI, me tenía dividido en dos. Por un lado, la temía; me hacía temblar y estar alerta: ¿llevaría algún cuchillo u objeto escondido que pudiera servirle de arma para matarme? Por otro lado, la ansiaba con todo mi ser. Aspiraba a poseerla con tal deseo que me sentía minúsculo, en gran desventaja ante aquella diosa del Olimpo. Si juntaba los dos contradictorios sentimientos el resultado era: no me importaría morir si antes puedo acostarme con esta mujer. Pero quiero dejar constancia de que no me sentía, porque no lo era, como un enamorado: un Romeo que se suicida por amor... Lo mío era más como *Rock and Roll* o *Carpe Diem*: vive el momento, vive deprisa, deja un hermoso cadáver, solo se vive una vez..., hay que saber decir: pero qué coño...

Laura se puso a leer en voz alta de la pantalla del ordenador. Enseguida reconocí el texto: mi novela, mi novela en ciernes. Exactamente el pasaje en el que describo a Laura. Tierra, trágame.

—Laura es una joven muy impulsiva, explosiva, diría yo, con un pasado tormentoso —dejó de leer y me miró unos instantes antes de continuar—. Es arisca, no muy amigable, al menos al principio de conocerla, y parece estar en contra del mundo, ya que desconfía de la gente por sistema—. Volvió a lanzarme otra mirada y siguió—. Cuando te mira parece encontrar tus puntos débiles y trata de reconocer, y parece conseguirlo, a juzgar por su mirada penetrante, tus verdaderas intenciones, aquellas que se esconden tras los verdes y superfluos setos de las apariencias. Estoy seguro de que para mucha gente esto significa que Laura es una estúpida arrogante o prepotente con la que no merece la pena tratar, pero yo no estaría de acuerdo con esa apreciación. Para mí, Laura es una persona que se muestra tal y como es, transparente, sin ninguna fachada, que va de cara y sin disimulos; sin miedo ni preocupaciones de crear una buena o mala

impresión. Veo mucho valor y sinceridad en ella. A decir verdad, la admiro. Con el tiempo he aprendido a desconfiar de la gente que te regala los oídos. Es como si llevaran una careta. Realmente no sabes qué te vas a encontrar hasta que se presenta una situación crítica en la que, entonces sí, aparece la verdadera naturaleza del ser. Laura me gusta mucho y noto que puedo confiar en ella. Puede que sea difícil y cerrada, pero cuando me conozca mejor sabrá que puede confiar en mí.

Me puse rojo al escuchar todo aquello. Qué incómodo me sentí, pero no le dije que parara. ¿Para qué? Si ya lo había leído todo. Ahora solo lo repetía para mí y observaba mis tímidas y ruborizadas reacciones.

Pero la verdad es que yo dudaba de todo lo que había escrito sobre ella. Después del suceso, ya no sabía qué pensar. Ya no estaba tan seguro de cuántas caras tenía.

Mi enrojecimiento aumentaba proporcionalmente, a medida que el texto se iba volviendo más íntimo y contaba lo que Laura me inspiraba.

—No hace falta que te molestes en seguir leyendo —dije—. Sé lo que viene ahora, lo he escrito yo.

—No es molestia —y siguió tranquilamente—. Laura es como un unicornio que no se deja atrapar y que es demasiado perfecto para habitar la realidad. No entiendo mucho de realidad. Casi nunca consigo lo que quiero en la realidad. Es más fácil soñar, es menos decepcionante (para eso está el cine, al menos en parte, para refugiarse, para escapar de las frustraciones de la vida y que nuestras fantasías puedan desarrollarse).

Ayer soñé con ella. Fue una visión muy hermosa y neoplatónica: Entro en un paradisíaco vergel brumoso en el que la luz del sol se filtra entre los árboles (digno de una fotografía del mejor Ridley Scott o Malick). Avanzo hasta llegar a un manso río (diría que en un plano subjetivo y barroco de Brian de Palma) y, en medio del cauce, sobre una roca, está Laura que, caracterizada como una ninfa, se refleja en las cristalinas aguas. Me acerco hasta ella. Hay una perfecta armonía entre los dos y juntos caminamos con los pies desnudos por el agua. De ahí, el sueño salta a una cena íntima en un restaurante en el que bebemos vino, comemos y reímos. El camarero, elegantemente vestido, se acerca y descorcha una botella de champán. La explosión del tapón sirve como plano de transición y aparecemos en la habitación de un hotel. Estamos desnudos, bajo las sábanas, haciendo el amor con desenfadada pasión. Entonces, mierda, me despierto demasiado pronto y me digo: joder, ¿seguro que no estoy enamorado? No, me repito. Pues lo parece. Lo parece, pero no lo es. He estado enamorado antes y sé lo que es. Esto es otra cosa. Mejor, más valiente, menos egoísta, nada posesivo. Ella es una invitación a vivir, a disfrutar la vida en su grado máximo. Me da igual lo que dure. El tiempo que pase con ella será gloriosa vivencia.

Laura terminó de leer, cerró el portátil y salió de la habitación sin decir una palabra.

Me quedé escuchando como se alejaban sus pasos. Expectante. Hecho un manojo de nervios. Oí cómo dejaba el portátil en la mesa. Luego, más pasos. Una puerta se abrió y se volvió a cerrar. Transcurrió algo más de un minuto, durante el cual permanecí tumbado, mirando al techo. Volvieron a escucharse los pasos, cada vez más próximos, y Laura apareció en el marco de la puerta de mi habitación en ropa interior. Negra. La lámpara de la mesita iluminaba su cálido y voluptuoso cuerpo y la luz natural que llegaba de atrás, de la cocina, tuvo el privilegio de acariciar sus curvas contorneando a mi diva. Me incorporé y me situé frente a ella. Cogió mi mano y se la puso en el pecho. Mi otra mano acarició su dulce y pecosa cara. La besé. Fue el mejor beso de toda mi vida; también los que vinieron después. Mis manos recorrieron su cuerpo suavemente mientras ella me desabotonaba la camisa y me bajaba los pantalones. Mis dedos se introdujeron

bajo su ropa interior y le robaron sutilmente las últimas prendas. Abandonados al deseo, hicimos el amor durante casi toda la noche, hasta caer exhaustos. En todo momento me supe el hombre más envidiado de la historia.

A la mañana siguiente le preparé un buen desayuno a mi diosa y se lo ofrendé en la cama.

Los dos comimos con gran apetito. Había sido una noche de ensueño, pero ahora, con la luz del sol entrando por la ventana a raudales, las dudas volvieron a asaltarme y me sorprendí a mí mismo diciendo en voz alta:

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¿Qué? ¿De qué estoy tan segura? —me contestó mientras seguía desayunando.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que yo no maté a Inmaculada Ortigueira, como afirma la policía?

—Hay muchas razones. Primera, porque no tienes motivo. Segunda, lo que diga la policía me es irrelevante. En las noticias salen continuamente casos cantados pifiados por un pésimo proceso de investigación, la tasa de crímenes sin resolver en España supera la media de los países avanzados.

—Eso es verdad.

—Tercera —continuó Laura— hemos estado removiendo el pasado, tratando de desenterrar unos hechos que llevan mucho tiempo ocultos y está claro que alguien hará todo lo que pueda para tratar de impedir que llegemos a la verdad. No se detendrá. Volverá a matar si es preciso.

—¿Has sido tú?

—¿Cómo?

¿Mataste a Inmaculada Ortigueira?

—¿Qué? —dijo sorprendida— ¿por qué piensas eso?

—¿Por qué no regresaste conmigo a casa tras la entrevista en el faro? Seguiste a Inmaculada, ¿verdad? Por eso apagaste el móvil.

—No, por Dios. Quería estar sola. Estuve paseando por la zona acantilada. No apagué el móvil, estaba sin cobertura.

—¿Cómo explicas que el cuchillo que tenía Inmaculada clavado en el pecho era el de nuestra cocina?, con mis huellas. ¿Qué fuiste a coger al apartahotel cuando me hiciste esperar cinco minutos en el coche?

—¿Qué? —parecía no acordarse.

—Cuando llegamos al coche —le refresqué—, me dijiste: “He olvidado el móvil. Vuelvo enseguida.” En realidad fuiste por el cuchillo y no por el móvil, ¿verdad?

—No, joder. Fui a por el móvil —Laura me miró fijamente a los ojos y un silencio reinó unos instantes—. No puedo creerlo. Piensas que yo la maté.

Estaba sorprendida. Y esa reacción me pareció sincera. Veía su interior a través de sus ojos. Todo. Y ella me veía a mí igualmente. En ese instante quedé convencido de que no había matado a aquella mujer. (Creo que una parte de mí siempre supo que ella no era la asesina, pese a los indicios que el azar había dispuesto de un modo tan caprichoso y fatalmente incriminatorio.) Laura leyó en mi expresión que se disipaban mis sospechas y restablecía mi confianza en su inocencia. Entonces dijo en tono irónico:

—La mato, te cargo a ti el muerto y luego me acuesto contigo... ¿quién te crees que soy? ¿La viuda negra?

Laura meditó unos instantes y añadió:

—¿Y tú qué haces? ¿Te dedicas a acostarte con mujeres que crees que son asesinas?

—No con todas.

—¿Ah no? ¿Y con cuáles?

—Solo con las que me hacen decir: “¿Pero qué coño!”
Reímos los dos.

22. Shock

Ya era jueves. Llevaba dos días oculto, sin salir para nada. Atento a las noticias y con la esperanza puesta en que la policía diera con el verdadero asesino, pero no se avistaba ese final feliz en el horizonte. Al contrario, mi foto salía en todos los noticiarios como la del enemigo público número uno. Un asesino anda suelto en Santiago: Alberto Bonet. Se pedía la colaboración ciudadana para dar con mi paradero. Laura se ocupaba de ir a por provisiones y como era ella la que se había encargado de las gestiones del arrendamiento, el propietario del piso no me había visto, ni tan siquiera sabía que alguien más, aparte de su inquilina, se alojaba allí. De momento estaba seguro.

Nuestra investigación quedó estancada cuando quitaron a Inmaculada de en medio. Alguien se había puesto muy nervioso y actuó de un modo muy práctico: mató a la potencial garganta profunda y de paso me inculpó a mí. Dos pájaros de un tiro.

Pero ese nerviosismo ya venía de antes. No sabía cómo pero en algún momento debimos acercarnos a terreno peligroso; a la verdad. Cosa que hizo saltar las alarmas en alguna parte. ¿Por qué si no nos habían preparado una entrevista con una actriz que se hacía pasar por la persona que más ansiábamos encontrar? Por la poca información que nos dio la impostora en el faro, se deducía que el plan era que nos olvidásemos de Raquel como posible llave del enigma. ¿Dónde estaba la verdadera Raquel? ¿Era ella la que había instruido a Inmaculada para representar la pantomima? ¿O era otra persona la que pretendía que no siguiésemos buscándola? Alguien, quizá, que temía que la encontrásemos y nos revelase la verdad o alguna información que permitiese unir las piezas dinamitando por los aires lo que tanto tiempo había permanecido enterrado.

Había algo que pasábamos por alto. Algo que inquietó al asesino. Puede que fuera lo que nos dijo alguna de las personas del círculo de Raquel: sus amigos del instituto, su padre, Mario y su mujer, la hermana de Matilde (Gertrudis) o su hija la veterinaria (Rosa), el Teniente Roig, algún familiar de los otros desaparecidos... Notaba en mi interior una especie de zumbido que me decía: está ahí, pero no lo ves.

Decidí descansar un poco. Relajarme. Después de preparar un sándwich de jamón y queso, encendí el televisor y me puse a ver una peli de Chaplin en el canal clásico que ya había empezado. Una escena muy conmovedora, en la que Charlot le da una flor a su amada, me dio una idea. Para ser más exactos, la idea me asaltó con el primer plano de la flor. Congelé la imagen con el mando a distancia y me oí diciendo:

—¿Y si...? ... ¿Y si...? ... ¿Y si...?...

Esperé a que llegase Laura, que había salido a comprar, para contarle mi ocurrencia. No se mostró muy convencida, pero no teníamos nada mejor y aceptó mi propuesta. Me puse manos a la obra. Lo primero que hice fue ponerme frente al espejo y caracterizarme de forma que la policía y los potenciales delatores no lo tuviesen fácil para reconocerme. El agua oxigenada quemó mi pelo volviéndolo amarillo. Transformé mi barba de varios días en una perilla y me peiné con ralla. El nuevo y frikie *look* lo remataron unas gafas de pasta con cristales no graduados que me trajo Laura de los chinos.

Un Ford Sierra que había alquilado mi compañera nos esperaba en la puerta. Montamos y enfilamos hacia el centro de Santiago.

—¿Crees que esto va a funcionar? —me preguntó Laura no mostrando mucha confianza en mi plan.

—Eso espero.

No teníamos nada mejor.

Aparcamos el coche a unos veinte metros de la “Floristería La Eterna Primavera, desde 1932”

—Es viernes. Son casi las cinco de la tarde —dije—. Pronto lo sabremos.

Estaba nervioso. Notaba el mismo zumbido de antes. ¿Y si resultaba? Cualquiera hubiese pensado que mi estrategia era descabellada: seguir al repartidor de flores y esperar que nos llevase hasta la amante de Rodolfo. Era mucho esperar, pero era mi última bala. Tenían que cumplirse dos supuestos para que aquello diera resultado. Uno, Rodolfo tenía que seguir teniendo la misma amante que hacía treinta y cinco años y, dos, seguir enviándole pruebas de amor en forma de flores todos los viernes desde la misma floristería de siempre.

—¿Cuál es tu idea? —me había preguntado Laura en el piso.

—Hablar con la amante. Ella puede saber cosas —le contesté.

—¿La amante? —preguntó Laura— ¿La amante de quién?

—De Rodolfo. La mujer que fue su amante y que espero siga siéndolo.

—¿Pero cómo? No sabemos quién es. Ni siquiera Gertrudis lo sabía —hizo una pausa, miró hacia alguna parte como buscando una respuesta y sus ojos volaron de nuevo hacia mí— ¿No estarás pensando en preguntárselo a Rodolfo?

—No, tengo una idea mejor, si resulta, para averiguarlo.

—¿Cuál?

—¿Crees en las buenas costumbres, aquellas que perduran de por vida y nunca se olvidan?

Seguimos al furgón de La Eterna Primavera por las calles de Santiago. Afortunadamente no hizo muchas paradas. Se detuvo dos veces en el centro y anotamos las direcciones en las que realizó las entregas. A continuación, hizo una entrega más en un barrio de las afueras para luego salir de la ciudad por una carretera secundaria. Laura conocía el lenguaje de las flores y se mostró convencida de que los ramos que habíamos visto llegar a su destino (no llegamos a ver a los receptores) no eran de los que se regalaban entre enamorados. Seguimos al furgón durante unos dos kilómetros, hasta que al final estacionó en el parking de una clínica privada. Aparcamos el Ford camuflado entre otros vehículos que había de por medio y seguimos al empleado de la floristería hasta la recepción. Nos sentamos en unos sillones de la sala de espera para no llamar la atención y observamos cómo la recepcionista hacía una llamada para que alguien se ocupase de las flores. Era un ramo espectacular. No eran flores de amor tampoco, pero ese ramo enorme y suntuoso, a diferencia de los anteriores, valía una pasta gansa y eso acercaba más a Rodolfo como posible autor del encargo. Laura se acercó al mostrador disimulando con el móvil y pudo leer el nombre de Rodolfo en la tarjeta. Regresó donde yo estaba y me dijo:

—Bingo.

Una enfermera acudió a recoger el ramo y la seguimos por un largo pasillo que iba hacia unos ascensores.

—¿Dónde van ustedes? —nos preguntó otra enfermera joven con gafas y cara de inocente que se cruzó en nuestro camino.

—A los servicios —dijo Laura.

—Van al contrario, pues. Están por allá —dijo señalando la otra punta.

—En serio. Pues ahora vamos —dijo Laura sin dejar, como yo, de seguir a las flores.

Me quedé mirando con el rabillo del ojo a la enfermera, que se paró en medio del pasillo observándonos, como tratando de comprender. No tardaría en deducir, seguramente con la ayuda de alguien más espabilado que ella, que éramos unos intrusos.

La portadora de las flores entró en uno de los ascensores. El edificio solo tenía tres plantas,

así es que Laura subió por las escaleras de servicio a la dos y yo a la tres. El ascensor se abrió en la tres y seguí distanciadamente a la enfermera hasta una habitación en la que entró. Me fijé en el número, 349, y retrocedí hasta las escaleras para esperar a Laura. Permanecimos escondidos hasta que la enfermera salió, ya sin las flores, y volvió a coger el ascensor. Rápidamente, nos encaminamos a la 349. Una señora de la limpieza se quedó mirándonos como si le pareciera raro vernos por allí. No tardarían en unir cabos y venir a buscarnos, pensé poniéndome nervioso. La sola idea de acabar detenido y encerrado me ponía cardiaco. Abrí la puerta de la 349 y entramos en una habitación individual, amplia y bien decorada. Las paredes, de un rosa pálido, transmitían la sensación calma y suave típica del cuarto de una niña. Dentro de la cama, medio cubierta con una colcha de un suave verde, una mujer de unos cincuenta y pico años yacía inerte, en estado vegetativo y conectada a una máquina.

Enseguida la reconocimos. Laura y yo, en estado de shock y sin palabras durante un largo instante, tratábamos de asimilar y comprender las implicaciones que aquel descubrimiento suponía en todo el complejo entramado que se cernía a nuestro alrededor. A partir de la triste y dramática visión de la paciente encamada, mi mente se vio abrumada por un sinfín de nuevas posibilidades. Mi cabeza no daba abasto para reconstruir el relato a partir de la nueva premisa que lo cambiaba todo. Fue como un rayo en la noche: iluminando todo lo que había permanecido oscuro. Un resplandor instantáneo que alumbró un sinfín de nuevas posibilidades que trataba de retener y relacionar. Necesitaba tiempo para asimilar todos los cambios que aquello suponía: reordenar, descartar hipótesis que ya no se sostenían, incorporar otras nuevas, repasar todos los detalles...

Laura por fin dijo:

—Es Raquel.

—Sí, es ella —confirmé.

No tuvimos ninguna duda. Y no solo por su marca de identidad: el antojo en la cara. Conservaba casi el mismo aspecto que de joven. Supuse que era el estado vegetativo lo que hacía que se conservaran tan bien sus rasgos. No tenía arrugas ni otros signos de vejez característicos de su edad. La colcha solo la cubría hasta la cintura. Y el pijama, entreabierto por los botones, dejaba ver una vieja cicatriz en el vientre, seguramente de una operación.

Laura se acercó al ramo de flores y cogió la tarjeta:

Mi querida y adorable niña, siempre te llevo en el corazón y te veo cada día en esos hermosos y adorables ojos. De tu padre que te quiere, RODOLFO.

—Rodolfo nos ha mentado —afirmó Laura—. Sabía muy bien dónde estaba su hija. Está claro que él es quien paga la estancia de Raquel en esta clínica privada donde envía flores desde hace más de tres décadas.

—Sí. Es verdad.

—Tenemos que ir a hablar con él enseguida.

—Apuesto a que esta vez nos lo contará todo.

—Sí, seguro que lo hará. Le tenemos cogido. Tendrá que hablar con nosotros o con la policía.

Había algo en la nota que no acababa de entender: *...y te veo cada día en esos hermosos y adorables ojos...* ¿qué quería decir?

Dos guardias de seguridad irrumpieron en la habitación acompañados de un tipo con corbata y gafas. Parecía un administrativo y nos demandó explicaciones en un tono acusatorio:

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Quiénes son?

—Hemos venido a visitar a mi tía —aseguró Laura serenamente aparentando perplejidad y algo de indignación—. ¿Qué ocurre?

—Esta paciente tiene restringida las visitas y no se la puede molestar. Además —continuó

acorralándonos—, ustedes han entrado en una clínica privada sin autorización. Hemos avisado a la policía.

La palabra “policía”, más el estrés acosador que causaban los dos seguratas, cada vez más cerca de mí, me provocaron una reacción refleja derivada de mi instinto de supervivencia. Le di una patada en los huevos al más fornido y de aire prepotente, dejándolo arrodillado en el suelo, como un devoto feligrés rezando a La Meca.

El otro guardia, mayor, con el pelo blanco, no intentó pararme, pero gritó:

—Entregaos. No tenéis escapatoria. —Apretó el botón de su walkie y alertó—. Han opuesto resistencia. Se escapan.

Salí corriendo de allí con Laura a mi lado. Más guardias nos esperaban cuando llegamos al hall. Uno bloqueó la puerta principal y el otro sacó una porra. Huimos a todo tren por un largo pasillo hasta toparnos con unas puertas gris oscuro que se abrían marcando un código en un panel numérico que había en la pared. La casualidad quiso que alguien, desde el otro lado, abriese en ese momento: un celador que arrastraba un transpalé con medicamentos. Aprovechamos y accedimos a una especie de almacén, únicamente iluminado por tubos fluorescentes, y lo cruzamos hasta llegar a una escalera. No teníamos ni idea de a dónde conducía, ni si llevaba a una salida, pero nos deslizamos por ella saltando los peldaños de tres en tres agarrados a la barandilla. Llegamos al sótano y nos vimos corriendo por unos laberínticos pasillos de bloque de hormigón que nos desembocaron en la morgue. Era una sala grande y helada. Los cadáveres, sobre camillas, estaban tapados con una sábana blanca que solo dejaba a la vista la punta del pie, de cuyo dedo gordo colgaba una etiqueta. Crucé aquella lúgubre estancia sintiendo la presencia de aquellos cuerpos sin vida y sin poder evitar que mi mente se mantuviese alerta, como si en un momento dado aquellos fiambres pudiesen levantarse y darme un susto mortal. Por asociación, evoqué *La noche de los muertos vivientes*, la magistral ópera prima de George Romero. Y la experiencia de haber visto el magnífico film me hizo sentir en terreno conocido. El cine me había enseñado de alguna manera a enfrentarme a lo que estaba por llegar, a situaciones que no había vivido todavía. La pantalla era como una especie de simulador de vuelo en el que yo había invertido muchas horas y al que podía recurrir. Fui consciente de que estaba vivo y de que cualquier situación que se pudiera vivir era vida en sí misma: me persiguen, un asesino o asesinos andan sueltos, buscamos a un hombre que tiene respuestas, una diosa del Olimpo corre a mi lado..., todo es vida, la vida lo es todo, una celebración continua, *carpe diem, carpe diem...* Así debería ser siempre. Vive a tope..., *rock and roll...*, ¡pero qué coño! Llegamos a una sala contigua que daba acceso al exterior. La luz del sol que entraba a raudales por una persiana de garaje abierta hasta arriba nos deslumbró por completo. La vista fue adaptándose, y del cegador resplandor blanco fue revelándose, como una fotografía en una cubeta, la imagen de un coche fúnebre estacionado a unos pocos metros de la puerta, en el exterior del edificio. A unos veinte metros de este, un tipo calvo vestido de chófer, paseaba en círculos por una rotonda y hablaba por el móvil, cabizbajo.

Laura se asomó a la ventanilla del vehículo mortuorio y vio que las llaves estaban puestas. Me hizo un gesto y subí en el asiento del acompañante. Le dio al contacto. El motor carraspeó y se ahogó. Observé como el chófer se quitaba el móvil de la oreja y analizaba perplejo la situación a través de sus gafas de espejo. Corrió hacia nosotros chillando:

—¡Eh! ¿¡Pero qué hacéis!?

Laura hizo un segundo intento, pero tampoco hubo suerte.

El tipo llegó tan rápido que por poco no me da tiempo a poner los seguros y bloquear las puertas. Intentó abrir por el lado de Laura mientras seguía bramando y, al no conseguirlo, se dirigió hacia la parte de atrás del coche fúnebre. Yo no había puesto el seguro de la puerta del

volquete, ni sabía cómo hacerlo. Como un resorte, salté por entre los dos asientos y aterricé sobre el ataúd que transportábamos y que no había visto hasta que me di de bruces con él. Me arrastré por encima de la caja mortuoria, entre crucifijos y coronas de flores, y llegué a la puerta justo a tiempo para impedir que el chófer de la muerte la abriese demasiado. Metí los dedos en los huecos metálicos que pude encontrar en la puerta y contrarresté a mi rival. La tensión entre las fuerzas hacía que la puerta se mantuviese un palmo entornada durante el pulso. Nuestras caras se habrían tocado de no haber estado el cristal entre nosotros. Los dos teníamos las venas hinchadas y pude ver a aquel tipo resoplar como un toro al que acabaran de banderillar, tan rojo que parecía una caldera sobrecalentada a punto de reventar.

—¡Arranca de una vez, Laura! —grité.

—¡Hago lo que puedo! ¡Este maldito trasto no quiere ponerse en marcha!

Cuatro guardias de seguridad aparecieron rodeando el coche. Dos por delante, dedicados a intentar desalojar a Laura, y dos por detrás, colaborando con el torito resoplador. No pude hacer nada. Enseguida abrieron la puerta con facilidad y tuve que retroceder. Uno de los esbirros metió el cuerpo justo en el momento en que Laura consiguió arrancar el motor. No se me ocurrió nada mejor: pedí perdón al de la caja y la empujé hacia fuera embistiendo al asaltante, que cayó de culo sobre el asfalto con el muerto encima. Me agarré bien y vi como quedaban atrás mis enemigos al salir el coche disparado a toda velocidad. Los otros dos guardias aparecieron a continuación y ayudaron a liberar al que había quedado sepultado.

El coche fúnebre subió por una rampa de caracol que comunicaba con la rotonda principal de la clínica y de ahí enfilamos a la carretera por la que habíamos venido.

Me senté delante y miré por el retrovisor. De momento nadie nos seguía.

—Telefona a Rodolfo —me mandó Laura.

—Me has leído el pensamiento —le contesté—, es lo que iba a hacer.

Activé el manos libres y marqué el número de la casa de Rodolfo. A esas horas era más probable que estuviese en su hogar que en el trabajo.

—Diga —era la voz de Rodolfo.

—Nos has mentado —le dijo Laura—. Acabamos de visitar a Raquel en la clínica en la que está ingresada y a la que le mandas flores todos los viernes desde hace unos cuantos años. Desde 1968, ¿verdad?

No hubo respuesta. Se produjo un largo silencio y Laura insistió.

—¿Con quién prefieres hablar primero, con nosotros o con la policía?

—Está bien. De acuerdo. Hablaré. Pero, por favor, sed comprensivos. No es por mí, es por otras personas.

—¿Qué personas? —le preguntó Laura.

—Personas que no tienen culpa y que no saben nada...shhhhhhhh... (La cobertura empezó a fallar y la conversación se entrecortaba) ...shhhhhhhh... y pueden sufrir mucho —contestó Rodolfo.

—Díganos qué les pasó a los cineastas que rodaban *Frente a frente en el frente* —le pedí.

—No les escucho bien. No tienen buena cobertura. Shhiissss.....

—Oiga, oiga, ¿me oye, Rodolfo?

—Shihhhhhh...

Cada vez había menos cobertura.

—Venid a mi casa. Os lo contaré todo desde el principio... shihhhhhh... —pudimos entender a Rodolfo.

—Ya estábamos yendo para allá —le aseguró Laura—. Entretanto, vaya contestando a nuestras

preguntas.

Probé con una breve, intentando clavarla dentro de un intervalo de señal.

—¿Mató usted a Inmaculada Ortiguera?

—¿A quién? —contestó—.

—A Inmaculada Ortigueira —repetí.

Se escuchó una fuerte detonación, como un disparo, y Rodolfo emitió un dolorido quejido.

—¡Augggghh...!

—¿Rodolfo, me oye? ¿Rodolfo, está ahí? Oiga... oiga... shiihhh...

La señal se perdió definitivamente.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó Laura.

—Mierda.

23. En la boca del lobo

Si alguien le había disparado, probablemente sería la misma persona que mató a Inmaculada Ortigueira. Quien robó el cuchillo con mis huellas. El supuesto ladrón al que no pude ver bien. ¿Cómo pude llegar a dudar de Laura?

Llegamos en menos de cinco minutos a la casa de Rodolfo. Detuvimos el coche fúnebre en medio de la calle, sin aparcarlo. Nadie se extrañaría, pensarían que hacía su trabajo, que iba a darle la última vuelta a alguien, y nos plantamos en la puerta. Estaba abierta. Entornada.

—¿Hay alguien? —pregunté dirigiendo mi voz al interior— Hola, hola. ¿Rodolfo?

No hubo respuesta.

Nos adentramos sigilosamente en la casa.

Cuando llegamos al centro del recibidor, nos paramos como perros de caza y pusimos todos nuestros sentidos, sobre todo el oído, al máximo rendimiento. Nada. Seguimos avanzando por un pasillo y echando un vistazo a las habitaciones que tenían la puerta abierta. Sin señales de actividad. Llegamos a la cocina y, sobre una mesa de madera, descansaba sin vida, bocarriba, el cuerpo agujereado a balazos de la criada hispana que nos abrió la primera vez que estuvimos en la casa. Era una imagen espeluznante. La sangre goteaba desde la mesa mezclada con el caldo derramado de los platos y líquidos de tarros volcados y vasos rotos, formando un charco viscoso en el suelo. La criada había aterrizado de espaldas sobre la mesa al recibir los impactos, los brazos abiertos y la cabeza echada hacia atrás, colgando en el aire al rebasar el borde de la mesa. Mi sensibilidad no sufrió graves daños. Todo es relativo. Y en aquellos momentos, con la amenaza palpable de un asesino que podía continuar estando dentro de la casa, mi instinto se centraba en sobrevivir. A todo se acostumbra uno. A lo bueno, a lo malo y a lo peor.

Cogí un cuchillo de cortar carne. Laura, otro. Y salimos de la cocina procurando no hacer ruido. El piso de madera nos traicionaba de vez en cuando con quejidos delatores. Noté como me temblaban las piernas al pensar qué podía hacer un cuchillo contra una pistola. Al cabo de unos metros, a través de una puerta entornada del pasillo, entrevimos la decoración típica de un despacho: estanterías con ficheros clasificados por orden alfabético, cuadros, parte de una mesa de despacho... Deduje que tal vez Rodolfo nos habría hablado desde allí. El lugar donde un hombre tan ocupado pasa gran parte de su tiempo es su despacho, su centro neurálgico. Lentamente, empecé a empujar la puerta con una mano, descubriendo la estancia, mientras con la otra sostenía el cuchillo firmemente. De la mesa colgaba el auricular del teléfono, todavía con un ligero balanceo pendular, y bajo este, observamos un rastro de sangre que fuimos siguiendo con la vista a medida que la puerta nos dejaba y que nos condujo a otra escena dantesca: Rodolfo yacía bocabajo, sobre el suelo de moqueta, con la espalda cosida a tiros.

—¡Dios! —exclamé horrorizado.

Le tomé el pulso. No tenía.

—Ha tratado de decirnos algo antes de morir —aseguró Laura.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando le dispararon cayó al suelo junto al teléfono —señaló Laura reconstruyendo los hechos—. Luego se arrastró varios metros, como indica el rastro de sangre, hasta llegar donde está. Observa su dedo.

Rodolfo tenía el brazo derecho extendido hacia delante y el índice, ensangrentado, señalando y rozando el mueble que sostenía el televisor. El mando a distancia estaba en el suelo, cerca de su

mano. Levanté la vista hasta llegar a la pantalla. ¿Cómo era posible? No lo entendía. ¿Cómo era posible que Rodolfo tuviese la película? No le veía explicación. La imagen del televisor estaba congelada, pausada. Era una imagen de *Frente a frente en el frente*. Exactamente un plano general de la granja en la que los rojos tratan de reclutar por la fuerza a los dos hermanos protagonistas. De repente me vino a la memoria la nota que me mandó Miguel junto con la película en VHS de *Frente a frente en el frente*. La posdata decía: *P. D. He mandado una copia a todos los familiares de los cineastas*. Eso aclaraba las cosas. Por eso Rodolfo tenía la película. Miguel se la había mandado.

—Mira —dijo Laura—. Rodolfo marcó con su propia sangre una “x” en la pantalla antes de morir.

Pude ver que, efectivamente, había una pequeña cruz sobre la pantalla, exactamente en el pozo de la granja.

—¿Qué quiere decir esa cruz? —pregunté.

—No lo sé —contestó Laura. Pero debe ser algo importante. Rodolfo gastó sus últimas energías vitales en señalar ese punto.

El click característico de un arma que alguien acaba de amartillar interrumpió nuestras pesquisas.

Un tipo con una media en la cabeza y guantes entró en la estancia apuntando a Laura con una pistola. Era una imagen grotesca y terrorífica que me dejó petrificado.

—¿Quién coño eres? —le gritó Laura.

Vi como el dedo del tipo apretaba el gatillo. Mi corazón dejó de latir. Se oyó un “Click”. Tardé un poco en tomar conciencia de que había pasado algo distinto a lo que daba por hecho que iba a ocurrir y comprendí que el arma había fallado, para frustración manifiesta del que la empuñaba.

¡Uufff...! —Suspiré aliviado por no sabía cuánto tiempo.

El sanguinario había gastado todas las balas con Rodolfo y su criada hispana.

Es increíble lo rápido que puede llegar a funcionar a veces la mente. En lo que me pareció no mucho más que un segundo tuve un acceso de lucidez y vi reproducirse en mi cabeza, con absoluta nitidez, las imágenes de lo que había acontecido previamente. El asesino escucha a Rodolfo hablar por teléfono conmigo y con Laura y dispara a su víctima justo cuando está a punto de darnos la info crucial. Desde el coche fúnebre escuchamos el primer tiro por el manos libres mientras nos dirigimos hacia aquí. A continuación, el asesino oye a la criada, alarmada por las detonaciones, preguntar histérica qué ha sucedido. Sale a su encuentro y encañona a la mujer, que retrocede hasta la cocina y vuela de espaldas, hasta estrellarse en la mesa en la que preparaba la cena, al recibir una lluvia de plomo. Mientras eso ocurre, Rodolfo, moribundo, consigue llegar al mando de la tele. La enciende y congela una imagen del VHS que hay en el vídeo: *Frente a frente en el frente*. Su último aliento lo invierte en marcar con su propia sangre una “x” en el pozo de la granja con la esperanza de que alguien, seguramente nosotros, lo veamos. Poco después, llegamos Laura y yo con el coche y el asesino nos ve por la ventana, se esconde y espera a que caigamos en la ratonera para matarnos. Pero cuando va a disparar... Chasco. No le queda munición. El asesino deja caer el cargador de su pistola automática y busca uno nuevo en el interior de su chaqueta.

—¡Ahora o nunca! —gritó Laura lanzando con todas sus fuerzas una lámpara contra el matarife. Con tal mala suerte que el cable de la luz al que estaba enchufada a la pared, hizo variar la trayectoria errando el blanco.

¡Ahora o nunca! Esa era la consigna. Esa era la verdad. Nuestra única oportunidad. El único resquicio para salir vivos. Grité desde lo más hondo de mi ser para vencer el miedo, como un

indio que cabalga hacia la batalla protegido por su ritual ancestral y, empuñando el cuchillo, me lancé contra la bestia envuelto en un delirio sobrenatural. El grito de guerra me infundió una borrachera de valor invencible y vi, a pesar de estar difuminados por la media, que los ojos de aquel cruel quitavidas palidecían de miedo, dejando entrever su empequeñecida y atemorizada alma al verme correr desbocado hacia él. Ya era mío, pensé. Pero me equivocaba. Retrocedió unos metros, ganando tiempo para sacar el nuevo cargador y, antes de que llegara hasta él, ya lo había insertado en la pistola. Otra vez, en cuestión de lo que me pareció menos de un segundo, mi mente dilató el tiempo de razonamiento y ejecutó un reanálisis de la situación: Laura ya había salido de la habitación y corría por el pasillo hacia la calle. Eso dejaba solucionado una parte del problema. Al menos de momento. Ahora solo tenía que preocuparme de mí. De salvarme yo. Me encontraba más cerca de la puerta que del asesino y era muy arriesgado abalanzarme sobre él y esperar que no le diese tiempo a disparar el arma. Me decidí por salir pitando, no sin antes lanzarle el cuchillo. Esperaba clavárselo, y si fallaba, por lo menos ganaría un poco de tiempo al obligarle a esquivarlo.

Puse en práctica lo meditado y lancé el cuchillo. Le dio de lleno en el pecho, pero no se le hincó porque el impacto se produjo por la zona del mango. Gané los segundos suficientes para salir de allí como alma que lleva el diablo. Si llegaba al coche vivo, Laura lo tendría listo para salir pitando. El pasillo me pareció larguísimo e interminable cuando oí las balas empezar a silbar tras de mí. Corrí en zigzag y agachándome de vez en cuando para evitar ser un blanco fijo cuya única ventaja era ir empequeñeciéndose. De adolescente tuve un rifle de balines y, junto con mis amigos, experimentando, llegamos a la conclusión de que esa era la única manera de librarse de los tiros. Viva la adolescencia y todas sus absurdas probaturas. Me salvaron.

Laura aculó el coche a la entrada principal justo cuando yo salía. Abrí la puerta de atrás y me introduje de un salto en el volquete mortuario. Una vez más tendido en aquel nicho, pero vivo. El motor rugió. Las ruedas del coche chillaron como locas y aquel sonido me pareció de lo más angelical y salvador. Laura enfíló por la primera bocacalle sin que ningún proyectil llegara a impactarnos y pronto estuvimos fuera de peligro. Permanecí tumbado sobre aquel frío metal unas manzanas, sintiéndome afortunado y renacido en el lugar donde van los muertos, qué contradicción, pero la vida tiende a abrirse paso en cualquier lugar, independientemente de los significados que connote. Todavía puedo ver la reacción de una familia que se colocó a nuestro lado en un semáforo, su cara de estupefacción cuando me vieron incorporarme en la zona mortuoria del coche, justo antes de pasar al asiento del copiloto. Los niños debieron pensar que yo era un zombi a juzgar por sus ojos como platos y su boca abierta. Los padres no llegaron a pronunciar palabra entre ellos ni con los niños mientras los tuve a la vista. Finalmente los saludé quitando importancia a lo que para mí no tenía ninguna en aquellos momentos.

24. Una “x” marca el lugar

Rodolfo había marcado el pozo con una “x” y eso significaba que allí había algo.

Condujimos por turnos toda la noche desde una punta de España a casi la otra.

Llegamos a Biar a las siete de la mañana. Telefoneé a Javier y le pedí que se reuniera con nosotros en la casa de Gérard, que había algo en el pozo que podía ser crucial para la investigación y que teníamos que buscar.

—Ese pozo está anulado. Relleno de tierra y piedras —dijo Javier.

—Vaya, que putada. ¿Y qué podemos hacer? —le pregunté.

—Solo una cosa. Sacar toda la tierra y las piedras. No sé cuánto tardaremos. Los primeros metros los podemos vaciar con la excavadora, que casualmente la tengo allí desde hace unos días, luego habrá que meterse dentro y seguir a mano.

A las ocho de la mañana llegó el operario de la excavadora y se puso manos a la obra. Javier le dijo que fuese con cuidado. No sabíamos qué podíamos encontrarnos.

Laura, Javier y yo permanecimos superatentos tanto a las cucharadas que daba la máquina en el pozo como a la tierra extraída, que era depositada sobre una criba: una rejilla metálica donde se filtraba la tierra y quedaban separadas las piedras y cualquier otra cosa consistente que pudiera aparecer.

Al llegar a unos dos metros de profundidad, los dientes de la cuchara tropezaron con algo sólido y negro.

—¡Para!, ¡para! —ordenó Javier al maquinista, que retiró de inmediato la garra mecánica para que pudiésemos acercarnos.

Javier tiró de la parte del misterioso objeto que sobresalía de la tierra, pero no pudo extraerlo. O estaba demasiado apretado por la arena y las piedras o la parte soterrada era muy grande. Con la ayuda de una paleta de albañil excavó por los alrededores hasta que al cabo de unos minutos el objeto se aflojó. Lo sacó y lo puso sobre una mesa plegable donde le quitó la tierra que tenía adherida usando la paleta y una brocha.

—¿Qué es esto? Pesa un quintal —dijo Javier buscándome con la mirada.

Era una cámara de cine.

—Debe ser la cámara que usaron para rodar la película. Déjame ver —le dije.

Cogí el tomavistas y lo observé por todas sus caras. Era un Arriflex de 35 milímetros modelo 2C. La 2C es uno de las cámaras más austeras en prestaciones y antiguas de la gama Arriflex, pero cuando te enterabas de que Kubrick había rodado con aquello muchas de las más perfectas escenas de la historia del cine, se te quitaba de la cabeza la idea de menospreciarla. Y *Frente a frente en el frente* era una demostración más de que aquella modesta cámara bien usada podía llenar de arte supremo el lienzo cinematográfico.

—Pues sí que pesa una cámara de cine —insistió sorprendido Javier.

—Sí. Ten en cuenta que aquí dentro hay todo un complejo mecanismo de arrastre para hacer circular la cinta, un motor, el objetivo, que también pesa lo suyo, a eso súmale el peso de la película y, sobre todo, ten en cuenta que las cámaras están superprotegidas por gruesas y herméticas paredes que impiden que entre el menor resquicio de luz. La película tiene que permanecer siempre totalmente resguardada, en completa oscuridad. De otro modo, correría peligro de velarse y toda la filmación se podría echar a perder.

—Vaya, el aparato es como un pequeño búnker, ¿no?

—Exacto.

Examiné un poco más a fondo la cámara deseando que conservara sus últimos recuerdos, su último testimonio: el final de *Frente a frente en el frente*.

—¿Hay película dentro? —preguntó Laura.

—Parece que sí —contesté.

—¿Por qué no la abre y se asegura? —preguntó el operario de la grúa, un gordo de pelo rizado repantingado sobre los mandos de la máquina mientras se enrollaba el bigote.

—Si hiciese eso se velaría la película y se borraría todo lo que pudo haber grabado.

—Ah, bueno, ¿y yo que sé? No entiendo de eso. No es mi trabajo —dijo el tipo, como si alguien le hubiese preguntado.

—¿Hay algo grabado? ¿Puedes saberlo? —preguntó Javier.

—Eso no se puede saber hasta que se revele la película, pero es bastante probable. ¿Ves la aguja? Llega casi al extremo del contador de metraje. Aunque no sé si eso significa que se impresionó casi todo el rollo o lo contrario: que solo se filmaron unos pocos metros.

—No sabes si está marcando el principio o el final del rollo, ¿no?

—Exacto.

—Ya —dijo Javier sin poder disimular la intriga.

—Ahora hay que llevar la cámara al laboratorio —continué—. Sacar el chasis de carga en completa oscuridad y esperar, con los dedos cruzados, a que revelen la película.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuál puede ser el problema?

—La película que tarda mucho tiempo en revelarse sufre alteraciones en sus propiedades químicas, pero quiero ser optimista y pensar que veremos algo.

—O sea, que sea lo que sea que pueda haber grabado, no se verá con muy buena calidad en todo caso, ¿no?

—Una pérdida tiene que haber, eso por descontado. Pero repito: soy optimista. En mi experiencia he visto revelar un par de películas de súper 8mm olvidadas en tomavistas durante más de veinte años y el resultado fue una imagen bastante decente, aunque con los colores lavados y con una impresión química un tanto débil y pálida, pero, como digo, aceptable. Mejor de lo que me esperaba. Había leído en libros que si el celuloide tardaba en revelarse demasiado tiempo, la emulsión sufría una tremenda desmejora, pero en la práctica, o al menos en mi experiencia, no ha sido así de grave. Albergó bastantes esperanzas. Además, es película en blanco y negro y, en teoría, el desperfecto químico tiene que notarse bastante menos que si fuera en color.

Envolví la cámara en una tela y la guardé en el maletero del coche de Javier.

La retroexcavadora continuó su trabajo y antes de cinco minutos ya había dado con otro objeto que resultó ser el trípode de la cámara.

A continuación, el brazo mecánico se puso a escarbar de nuevo en el pozo pero no encontró nada hasta más de media hora después. A más de tres metros de profundidad. No nos dimos cuenta cuando la cuchara lo atrapó porque ya estaba muy hondo el tajo y solo mirábamos de vez en cuando alumbrando con una linterna. Fue al depositar una de las extracciones sobre la criba y desprenderse la tierra cuando quedó a la vista el macabro descubrimiento: un esqueleto humano, con el cráneo y todos los huesos.

—¡María santísima! —grito el operario mientras se santiguaba—. ¡Javier! ¡Javier! —Paró la máquina y bajó de un salto.

Todos nos acercamos sobresaltados ante el hallazgo. Luego miré hacia la boca del pozo y supe que habría más. Un escalofrío espeluznante me recorrió el cuerpo.

—Alumbra dentro del pozo, Javier —le pedí a mi amigo.

El haz de luz de la linterna enseguida se encontró con dos cráneos más que asomaban entre la tierra.

—Ya sabemos dónde están los cineastas desaparecidos, ¿verdad? —dijo Javier.

Busqué la reacción de Laura. Estaba pálida, un poco en shock. Alguno de aquellos esqueletos, o de los que estaban por salir a la luz, era el de su padre. El padre al que no había conocido en vida y del que solo quedaban los huesos. El padre que faltó en su vida porque alguien lo asesinó. Me sentí mal al notar su sufrimiento, pero no hice ni dije nada. Nunca se me ha dado muy bien dar consuelo y todo eso. Además, y lo más importante, Laura no quería muestras de compasión e intromisión.

—Hay que llamar a la policía enseguida —dijo Javier nervioso.

—Si no te importa, danos un poco de tiempo. No les llames hasta que estemos un poco lejos.

—¿Qué te pasa con la poli? —preguntó Javier.

—Ahora no hay tiempo para entrar en detalles, te lo explicaré todo más tarde.

No me había dado tiempo a contarle que yo era un proscrito, que la poli quería trincarme, que un tipo enmascarado me tenía en su lista negra y me quería muerto, y todo lo demás...

Necesito que me prestes tu coche. Y deshazte del carruaje de la muerte —le dije a Javier señalando al coche fúnebre.

—No me fastidies. ¿Qué lío es este? ¿Qué estás diciendo? ¿Que me deshaga del coche?

—La poli lo busca.

—¿Y qué coño se supone que tengo que hacer con el coche de los muertos? — preguntó aturdido Javier.

—Escóndelo por ahí. Que no lo vean. Me llevo tu coche.

—Claro, todo tuyo ¿Pero no prefieres llevarte la excavadora? Te será más útil para enfrentarte a tus perseguidores.

Laura y yo subimos al coche de Javier, que estaba aparcado junto a los restos del granero chamuscado.

—¿A dónde vas ahora? —preguntó Javier.

—Al laboratorio, a revelar la película.

—¿No deberíamos entregársela a la policía?

—¿Estás loco? —le contesté— ¿Y correr el riesgo de que la velen? Calla, calla. ¿Es que no sabes cómo son los trámites burocráticos en este país medio bananero y la pachorra que tienen la mitad de los funcionarios a los que nadie se ocupa de poner en su sitio? Esta película estará más segura conmigo.

Arranqué y salimos de allí antes de que pudiera llegar la policía.

25. Hay muñeco

Echamos unas cabezaditas en los sillones de la sala de espera del laboratorio mientras esperábamos a que revelasen la película. Conocía al personal porque había revelado allí algunos cortometrajes y me hicieron el favor de ponerse con la película enseguida. Un laboratorio de cine es lo más parecido que he visto a un hospital: un edificio de varias plantas, muchísima gente trabajando y vestida de blanco, las salas de espera, las buenas o malas noticias, lo caro que es todo, el lento proceso que hay que atravesar hasta conseguir el objetivo, las continuas meteduras de pata y falta de coordinación... Al cabo de un rato, se abrieron las puertas de la sala y apareció un tipo bajito y calvo con bata blanca. Era Alfonso. Un hombre mayor y campechano que llevaba toda la vida trabajando allí. Había colaborado con los mejores directores de cine de España y alguno extranjero. Caminó hacia nosotros con la película debajo del brazo ya revelada y contenida en una lata de plástico con el logo del laboratorio.

—Hay muñeco —nos dijo riendo para tranquilizarnos.

—Qué alivio —dije.

Laura me miró esperando que se lo tradujera.

—Quiere decir que hay imagen. Podremos ver lo último que grabó la cámara.

Todas las salas de proyección del laboratorio iban a estar ocupadas hasta la tarde. No podíamos esperar tanto. Cogimos la lata y enfilamos hacia el cineclub.

26. La última secuencia

Eran casi las doce y media cuando estacionamos el coche junto al cineclub. Saqué mis llaves (desde que Paco me enseñó a echar el cine decidieron darme unas copias por si algún día tenía que sustituirlo) y accedimos por una de las puertas laterales de emergencia del edificio; más fáciles y rápidas de abrir que la principal. Exactamente entramos por la que caía más cerca de la pantalla, por lo que tuvimos que atravesar todo el patio de butacas hasta llegar al hall.

—Qué grande es esto. Cuántas butacas. Y la pantalla es enorme —dijo Laura.

—Es un cine de los de antes restaurado. De cuando la gente acudía en masa.

Subimos por las escaleras del hall hasta llegar a la cabina. Empujé la puerta y enseguida noté el olor característico de la sala de máquinas. Encendí todas las luces y me dispuse a la tarea no sin antes advertir a Laura de los peligros que entrañaba la estancia:

—Esta es la parte más peligrosa de un cine. Donde más accidentes ocurren. Casi todos los operadores cinematográficos han sufrido alguno a lo largo de su carrera.

—¿Tú también?

—Solo algún susto, toco madera. Ten cuidado con las máquinas. No te acerques mucho a ellas. Algunas partes se calientan mucho y puedes quemarte. Los engranajes y las bobinas, cuando están girando, pueden engancharse por la ropa si te acercas mucho y absorberte. Los motores son muy potentes y no se detendrán.

—Sí que hay peligros aquí —dijo Laura.

—Y lo que te he contado es solo una pequeña parte del catálogo.

—Entendido —contestó.

Tenía tanta curiosidad por ver el final de *Frente a frente en el frente* (esperaba con todo mi ser que estuviese contenido en la cinta recién revelada), que el proceso de preparación se me hizo eterno.

—Es increíble la de trabajo que lleva esto —dijo Laura al ver todo lo que estaba haciendo.

—Proyectar una película en 35mm no es nada sencillo. No es como meter un DVD en el reproductor y darle al play. Se requieren preparativos, comprobaciones, rebobinados, empalmes, limpieza de algunas partes de las máquinas, etc.

Lo primero que hice fue poner el motor del proyector en marcha (sin película) para que se fuera calentando y el aceite del cárter perdiera densidad. De esta manera, me había explicado Paco, el lubricante fluía mejor y las piezas que bañaba encontraban menos resistencia.

Puse la lata recién traída del laboratorio sobre el banco de rebobinado en posición vertical. La abrí, saqué la película con sumo cuidado de que no se desenrollara y la inserté en una bobina pequeña desmontable que había desensamblado previamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Laura.

—Es una bobina que se abre y queda dividida en dos mitades. De esa manera, puedes colocar dentro la torta de película. Verás, la película se transporta en latas, sin bobina, pero ha de trasladarse a una bobina para que se pueda proyectar. Es lo que estoy haciendo ahora: colocarla en una bobina.

Ensamblé las dos partes de la bobina con la torta de película ya dentro y la coloqué en uno de los ejes de la mesa de rebobinado. Como la cinta venía de final, tenía que dejarla de principio. En el otro eje de la bobinadora coloqué una bobina vacía y enrollé unos centímetros del extremo de final, hasta que la cinta quedó bien enganchada.

—Ahora voy a rebobinar la película —le dije a Laura.

Antes de comenzar el rebobinado, quité todos los utensilios que había sobre la mesa por seguridad.

—A veces, por la propia vibración de la mesa —le expliqué— cualquier cosa: unas tijeras, la empalmadora, la bayeta, o lo que sea, puede ir desplazándose sin que te des cuenta hasta impactar con una de las bobinas girando a toda velocidad y, entonces, el objeto puede salir disparado como un proyectil.

Ya despejada la mesa, accioné el potenciómetro (al número 1) y las bobinas empezaron a rotar. Muy suave y progresivamente fui acelerando, girando el potenciómetro lentamente (5, 10, 20...) para no romper la cinta y, sobre todo, para evitar un descarrilamiento (40, 50, 60...).

Al cabo de un minuto, más o menos, ya había cogido mucha velocidad (150) y la cinta no tardó más de tres minutos en pasar de un lado a otro. Llevé el potenciómetro a la posición cero y esperé que la bobina llena dejara de dar vueltas frenándola suavemente con una bayeta.

Paré el proyector, ya se había calentado suficiente. Saqué la bobina de la mesa de montaje y la inserté en el eje superior del proyector. Enhebré la película, pasando por los rodillos dentados hasta llegar a la bobina de recepción, que me encontré ya puesta en la parte baja del proyector. Era una bobina de las grandes, de largometraje, de un diámetro parecido a la rueda de un camión, pero para no perder tiempo cambiándola por una pequeña o mediana, la dejé allí, limpié el objetivo y encendí la lámpara. No conecté los altavoces porque la película no tenía sonido.

Había llegado el momento de la verdad.

Le di marcha al motor del proyector y comprobé que todo iba bien. Que la película circulaba correctamente por todos los rodillos. Cambié a la segunda marcha (veinticuatro fotogramas por segundo) y le dije a Laura:

—Vamos, la función va a comenzar.

Bajamos al anfiteatro a paso ligero. El pasillo de entrada te desembocaba en las primeras filas y, desde ahí, subimos por las gradas hasta sentarnos por la parte central.

Miramos a la pantalla y vimos la cola de principio iniciando la cuenta atrás: 7,6,5,4,3,2...

Nos mantuvimos en silencio, sin parpadear. Concentrados en el enorme lienzo de luz y sombra. ... START...

Un plano detalle muestra unas manos atadas con una cuerda por la espalda. La cámara baja hasta encuadrar los pies, atados también. El siguiente plano muestra a los dos hermanos, Tomás y Juan, arrodillados en el suelo y atados de pies y manos. Miran al frente, hacia algo o alguien que aún no vemos. No parecen tener miedo. Mantienen la dignidad en su mirada y una expresión que parece aceptar su destino con valentía y cierta satisfacción por haber sido fieles a sus principios. Un nuevo plano muestra en una tirada en perspectiva, que parte de los dos hermanos, a todo el grupo de soldados desertores y a Raquel inmovilizados de la misma manera y formando una fila perfectamente alineada (por la paja, las vigas de madera y otros elementos característicos, nos damos cuenta de que la acción se desarrolla dentro de un granero).

En un contraplano se nos descubre a una comitiva de soldados de las SS filmados desde un ángulo bajo y con el mando superior más adelantado observando altaneramente a los apresados y dejando escapar alguna risa. El mando hace un sutil gesto y dos soldados se adelantan hasta un tanque de agua medio lleno situado entre ambos flancos. La cámara los ha seguido con un ligero paneo y vemos como empiezan a vaciar cubos llenos de hielo picado en el agua.

El mando de las SS hace un nuevo gesto, caballeroso, como de ofrecimiento: “cuando quieran; son todos suyos”, a dos médicos que hay más atrás (llevan bata blanca y auscultadores) y enseguida comprendemos que los prisioneros van a ser utilizados como cobayas para

experimentos nazis.

El siguiente plano es el más general de todos, magnífico, y muy dramático. Ha sido tomado con la cámara situada fuera del granero, a pocos metros de la puerta, abierta, y utilizando el marco de esta para encuadrar todo lo que sucede en el interior.

Justo cuando dos soldados, bajo la supervisión de los mengueles, cogen al primer reo y lo conducen hasta el helado recipiente, otros dos SS se dirigen a la puerta, cada uno a una hoja, y la cierran, impidiéndonos así seguir viendo el desarrollo de los acontecimientos. Es un plano de lo más sugerente. Enseguida se le ve la intención. Se trata de cerrar las puertas al espectador antes de que empiecen las torturas, dejando a su mente la tarea de imaginar lo que está sucediendo. Se puede considerar también una manera elegante de narrar un horrible crimen sin tener que mostrarlo. Además, el hecho de que las puertas se cierren ante la cámara es como un portazo al voyerismo, lo cual aumenta nuestro interés e intriga por lo que sucede. Y, en última instancia, es un buen recurso para evitar tener que rodar una escena muy complicada; fuera del alcance de un presupuesto indí.

A partir de aquí ocurre algo insólito. La realidad irrumpe en la ficción. Y todo se mezcla.

La imagen se tambalea unos instantes, como si algo hubiese tropezado con la cámara. Tres hombres, vestidos con ropa de paisano de los años sesenta, empujan la puerta y acceden al granero (de espaldas a la cámara. No les vemos la cara). Un cuarto hombre entra tras ellos, renqueante, como recuperándose de un golpe. Se gira un instante y mira a la cámara, quizá para cerciorarse de que sigue grabando, y entonces lo reconozco.

—Es José Canals, Laura, el director de la película —lo reconocí enseguida gracias a la multitud de fotos tuyas que vi en casa de su madre, la señora Dolores.

—¿Qué está pasando? Esos tipos están asaltando el rodaje. ¿Quiénes son?

—No lo sé.

Los actores, que han dejado de actuar sabedores de que la escena se filma en off y esperan el “corten” en actitud descansada, habiendo abandonado la rigidez interpretativa, levantan los brazos ante los intrusos. (Fue ese gesto el que me hizo fijarme en las armas.) Dos de los tres hombres van armados. Uno empuña una pistola y el otro un rifle de caza mayor. Siguen de espaldas a la cámara y no se ven sus caras. Lo único que se distingue es que uno de ellos es más joven que los otros dos. Y es ese más joven el que se gira y apunta su pistola hacia José Canals ordenándole que se coloque junto a los actores, pero no se le ve bien porque le cae la sombra de una columna en la cara.

A continuación, el mismo tipo joven apunta a uno de los que visten uniforme nazi y le da órdenes (se deduce por las señas que hace con el brazo armado). Le apremia para que se dirija a la zona en la que están los actores atados. Obedece y se acerca a la única mujer del grupo: Raquel Cunqueiro, a la que desata las manos y los pies. Uno de los dos asaltantes mayores se acerca a Raquel, la cubre con su chaqueta, como protegiéndola del frío o algo así, y la conduce hacia donde están sus compinches armados. Durante el trayecto de vuelta le vemos la cara al hombre que la acompaña.

—Es su padre. Es Rodolfo —dijo Laura.

—Sí, es verdad —costaba un poco de reconocer treinta y seis años más joven, pero no cabía duda. Era él.

Raquel se desprende de la chaqueta dejándola caer al suelo y regresa junto con sus compañeros actores. Rodolfo se echa las manos a la cabeza como desesperado y decepcionado. El joven armado se acerca a Raquel y trata de llevársela de nuevo cogiéndola por la muñeca, pero la joven se resiste. El joven se pone violento y trata de llevársela a rastras. José Canals se lanza

contra el agresor y le da un puñetazo tan certero que cae todo lo que es de largo en el suelo y la pistola sale despedida unos metros. El noqueado trata de incorporarse lo más rápido que puede, quedando su cara a la vista y bien iluminada.

—¡Por todos los santos! Es Mario —exclamó Laura.

—Sí, es él —dije.

Un Mario veinteañero, tan joven como los cineastas.

José Canals corre a por la pistola al tiempo que uno de los actores vestido de nazi, aprovechando la confusión, le lanza un cubo al tipo del rifle de caza y consigue reducirlo con la ayuda de los otros “nazis”. José Canals consigue hacerse con la pistola, pero cuando todavía no ha terminado de describir con su brazo el arco necesario para encañonar a Mario, recibe un disparo en el pecho. La bala le atraviesa, sale por su espalda y acaba impactando en una lámpara de queroseno que revienta sembrando de fuego la paja del granero. Mario tenía una segunda pistola escondida en alguna parte bajo su ropa y no ha dudado en apretar el gatillo. Uno de los “nazis” dispara a Mario con el rifle de caza, pero con tan mala suerte que yerra el tiro. Mario le responde con dos balazos y el “nazi” cae redondo. Mario recupera el rifle y vuelve a tener el control. El fuego se propaga por el granero como la pólvora. Raquel está arrodillada ante el cuerpo inerte de José Canals. Las llamas alcanzan ya gran altura y el humo cada vez es más espeso. El padre de Laura, Julián Márquez Rico, ha conseguido desatarse y se lanza a por Mario, pero este no se deja sorprender y le descerraja varios tiros. Julián Márquez Rico cae desplomado.

No dije nada, ni me atreví a mirar a Laura tan siquiera con el rabillo del ojo (no quise invadir lo más mínimo su intimidad), que acababa de presenciar a través del testimonio de la cámara cómo su padre había sido asesinado. Meditaría sobre ello más tarde. De alguna manera, para Laura su padre solo había existido en la pantalla, o al menos, ese era el único lugar en el que había podido verlo en plena actividad vital. Laura había podido contemplar por primera vez a su padre gracias al cine, y ahora lo veía morir en la pantalla. ¿Podía una película impactar e implicar más a alguien? Estaba claro que no. La proximidad era tal entre una y otra dimensión que parecía que en cualquier momento los personajes podían salir de la pantalla y plantarse delante de nosotros. El cine era como una máquina del tiempo que unía dos dimensiones temporales en una única realidad física.

Mario coge a Raquel como si fuera un saco de patatas y se la carga al hombro. Acompañado por Rodolfo y el otro hombre, al que no conocíamos, salen del granero. Los actores que representan a los SS se afanan en intentar desatar a los demás. Una viga enorme envuelta en llamas se desploma cerca de la entrada y al cabo de un instante el incendio es tan monumental que la puerta deja de ser una posible vía de escape para convertirse en una boca de dragón escupiendo fuego. El granero es pasto de las llamas. Es obvio que de allí no va a salir nadie con vida. La cámara sigue grabando el incendio; una enorme y abstracta bola de fuego en combustión llenaba la colosal pantalla del cineclub, convertida en la representación del infierno. Y recortada sobre ese dantesco fondo, Laura y yo vimos como entraba en el anfiteatro la silueta de una negra figura. Un espectro siniestro ardiendo en el fuego eterno. Hubiese jurado que era el mismísimo Lucifer. Era una visión horrible y macabra. El maestro de ceremonias de un aquelarre apocalíptico.

Avanzó hacia nosotros y distinguí al contraluz la media que llevaba en la cabeza. Era el mismo que trató de matarnos en casa de Rodolfo. Se detuvo a tres metros apuntándonos con una pistola. Sabía que podía vernos la cara por estar de espaldas a la pantalla.

—Puedes quitarte la media, Mario —le dije—. Sabemos lo que hiciste.

—¿Está todo en la película, no? —preguntó.

—Tal y como ocurrió.

—Debí llevarme esa maldita cámara y fundirla —dijo arrepentido mientras se sacaba la lencería de la cabeza—. Pero no importa, lo haré ahora. Me llevaré la película, la quemaré y la tiraré al mar para que se la coman los peces.

—Eres muy estúpido si crees que vas a salirte con la tuya —le espetó Laura.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer tú para impedirlo? —dijo Mario soltando una mordaz risita—. ¿Ves esta pistola? Con ella maté a tu padre y ahora voy a mataros a ti y a tu amigo.

Las imágenes habían asaltado la realidad cobrando vida. El asesino había saltado de la pantalla al patio de butacas para matarnos a nosotros: el público. Hace un momento estaba en la película disparando y matando a personas inocentes y ahora solo estaba dos butacas más adelante apuntándonos con la misma pistola. Y nada nos protegería. Cuando se encendieran las luces, la amenaza iba a continuar estando ahí. Qué locura.

—¿Cómo sabías que estaríamos aquí? —le pregunté.

—Después de dispararos en Santiago —explicó Mario—, me puse a limpiar mis huellas y vi la “x” que marcó Rodolfo en la imagen del televisor señalando el pozo. Supuse que la habríais visto y conduje hasta el caserón. Desde lejos observé cómo vaciábais el pozo y encontrabais la cámara y los huesos, luego os seguí en coche al laboratorio y aquí. He estado en la puerta esperando y cuando se ha despejado la calle y nadie miraba, he forzado la puerta con el gato de mi coche.

—Ahora lo voy entendiendo —dije tratando de ir uniendo las piezas.

—¿Qué es lo que entiendes? —preguntó Mario.

—Tú eres el joven de Santiago al que Raquel rechazó.

—¿Qué? —dijo Mario maldisimulando.

—Ella se lo contó a su prima Rosa.

—¿Qué coño sabrá esa jodida veterinaria? —dijo elevando el tono.

—Le contó que un tipo la agobiaba, pero no quiso decirle su nombre. Ahora veo que eras tú.

—Era un buen plan, ¿eh, Mario? —intervino Laura—. Te casabas con una chica guapa y que encima era rica... dos pájaros de un tiro. Aunque a ella no pudiste tenerla sí que te has hecho con el dinero y los negocios de su padre.

—Raquel —volví a coger el testigo— le confesó a su prima Rosa que se había enamorado de un joven que conoció en Madrid y que antes de eso había tenido un pequeño affaire con un chico de Santiago. O sea, tú. Ella no quería saber nada más del chico de Santiago. Para ella era agua pasada.

—Te dio una oportunidad pero no pasaste la prueba —siguió Laura—. No debió tardar mucho en darse cuenta de cómo eras en el fondo.

—El problema —retomé— era que el joven de Santiago se había obsesionado de tal modo con Raquel que iba a hacer todo lo posible y más para conseguirla.

—En el amor y en la guerra no hay normas —se justificó Mario.

—¿Cómo sabías que se iban a rodar su película a un lugar tan recóndito? ¿Cómo averiguaste dónde estaban? —le pregunté.

—No sabía que se iban a rodar una película. Yo simplemente estaba siguiendo a Raquel cuando, un día, a primera hora de la mañana, vi que en lugar de ir a clase, se montaba en un coche con su novio de Madrid y, seguidos de tres coches más llenos de estudiantes, enfilaban a alguna parte.

—Su novio era José Canals, ¿verdad? —pregunté.

—¿Cómo lo sabes? —me contestó.

—Por las imágenes que hemos visto. Él trató de defenderla cuando tú quisiste llevártela por la

fuerza. Te dio un puñetazo y te quitó el arma.

—Sí, pero yo lo maté a él.

—Cierto, no contaba con tu paranoia y que fueras armado hasta los dientes —le asestó Laura.

—También —continuó— se intuye por la forma en que Raquel se abraza a él después de que lo abatiese.

—Seguí aquellos coches hasta la provincia de Alicante —continuó Mario evocando el pasado—. Poco antes de llegar a un pueblo llamado Biar, se desviaron por un camino rural hasta llegar a un caserón abandonado, donde se instalaron. Me mantuve escondido y a distancia. Observando cómo se ponían a rodar una película. Parecían pasarlo muy bien. Al final de la primera jornada celebraron una fiesta.

Me acordé de las notas escritas por José Canals en el libro de Ignacio *Viaje sin retorno* que encontré en casa de Dolores. Eligió la recóndita casa del médico exiliado para rodar su película porque se mencionaba en ese libro; y para allá que fue con su novia y actriz, Raquel Cunqueiro, acompañado por todo un equipo cinematográfico de lo más indi.

—Me preocupaba mucho Raquel —aseguró Mario—. Abandonando sus estudios para irse con unos hippies al culo del mundo. Y por la noche dormía con aquel tipo que hacía de director de cine.

Me molestó que con la última frase tratara de desprestigiar el talento de Canals.

—José Canals ha demostrado con *Frente a frente en el frente* ser un magnífico cineasta —le hice saber.

—A mí todo aquello no me pareció más que pura depravación. Estaban pervirtiendo a Raquel.

Mario era un fiel reflejo de su época. Una sociedad intolerante que se escandalizaba de todo lo que no fuera católicamente correcto, ahora, eso sí; Mario lo supo aprovechar muy bien para conseguir sus objetivos.

—Así que decidiste ir a buscar a Rodolfo y contarle que su hija había sido captada por una especie de secta hippie que hacía cine ¿me equivoco? —le preguntó Laura.

—Era la verdad. Su padre tenía que saberlo.

—Y a ti te convenía que lo supiese. Le hacías ver que te preocupabas por su hija y te convertías en su ojito derecho... —dijo Laura.

—Le dije que yo quería a Raquel y que estaba dispuesto a casarme con ella, a pesar de todo.

¿¡A pesar de todo!? —exclamó Laura.

—No me importaba si había descarrilado, si no llegaba virgen al matrimonio. Todo podía volver a ser normal.

—¿Normal? Tú sí que no eres normal —le aseguró Laura.

—Salí a toda velocidad al primer teléfono y llamé a Rodolfo... —continuó Mario.

Mario era pura hipocresía. Representaba la peor cara de aquella sociedad ultracatólica y conservadora. El pobre diablo nunca entendería nada, como mucha gente, siempre se había movido por la envidia y la codicia. Lo contrario que los cineastas indies, verdaderos autores de alma clara que luchaban por un mundo mejor a través del arte. Lo que tú nunca entenderás, ni serás, Mario.

Mario aprovechó la idiosincrasia de la época para conseguir su objetivo: escandalizar a Rodolfo atacando directamente a su honor. Según las convenciones sociales, lo que estaba haciendo Raquel era totalmente deshonroso y Rodolfo, como padre, tenía la obligación de sacar, por el medio que fuese, a su hija de la Sodoma y Gomorra que le describía Mario.

—Rodolfo no tardó en presentarse en Biar.

—¿Quién es el otro hombre que os acompañó?, el del rifle.

—Era. Ya murió. Raúl era un alto mando de la policía. En aquella época, Rodolfo, uno de los más importantes empresarios de Galicia, tenía muchos “amigos”.

A más poder, mayor y más eficaz red de influencias.

—Yo les guié hasta el caserón —continuó Mario—. Solo queríamos llevarnos a Raquel, pero las cosas se complicaron.

—Sí. Lo hemos visto en la película, está todo grabado.

—Después de que el granero fuese pasto de las llamas y se enfriara, entramos a por los restos humanos calcinados, solo quedaban los huesos.

—Y convertisteis el pozo en una fosa común. Imagino que o no sabíais qué hacer con la cámara, o se os había olvidado que podía ser un testimonio clave, porque estaba enterrada unos metros más arriba.

—Por poco se nos olvida allí en la puerta del granero. Cuando me di cuenta pensé que lo mejor sería llevármela y destruirla, pero Raúl insistió en enterrarla también. Un error.

—¿Qué le pasó a Raquel? ¿Por qué está en estado vegetativo?

—El desenlace en el granero dejó a Raquel en estado de shock. No pronunciaba palabra. Se la veía fuera de la realidad. La montamos en el coche y Rodolfo se quedó con ella mientras Raúl y yo nos ocupábamos de ocultar los cadáveres en el pozo. Una vez sepultados, subimos a los coches y salimos de allí. Rodolfo, Raúl y Raquel iban en un coche y yo, siguiéndolos a unos cincuenta metros en otro. Cuando cruzábamos por un puente altísimo sobre un lago, vi como Raquel abría la puerta en marcha y saltaba al vacío. Frené en seco y vi su cuerpo estrellarse contra el agua, a unos treinta metros. Abrí el maletero de mi coche y saqué una cuerda que tenía unos quince metros. La até a una de las vigas del puente y descendí hasta el extremo. Entonces me dejé caer al agua y nadé hasta ella. Conseguí llevarla a la orilla, pero había estado demasiado tiempo sumergida, sin oxígeno, y sufrió daños neurológicos irreversibles.

—Supongo que el alto mando de la policía lo apañó todo para que no hubiera que dar muchas explicaciones sobre el accidente, ¿verdad?

—Así es. Facilitó las cosas y pudimos ingresar a Raquel en la clínica.

—¿Facilitó también que no se investigara la desaparición de los demás como desaparición colectiva?

—Digamos que desde su posición pudo velar porque las cosas no se complicaran.

—Ya. Y Raquel fue internada en secreto —dije continuando el relato—. Nadie sabía de su estado ni de su paradero. Ni su madre. Os inventasteis el bulo de que Raquel era una yonqui que se había marchado de casa y se lo contasteis a todo el mundo. Tu mujer, Almudena, también colaboró de la mentira —observé cómo Mario fruncía ligeramente el ceño, pero no me detuve—. A nosotros nos dijo, igual que vosotros, que la había visto por última vez hacía tan solo unos pocos años.

Noté que Mario se preguntaba si yo sabía el resto y no me interrumpió. Yo sí lo sabía y tenía muchas ganas de hacérselo saber.

—Engañasteis a todo el mundo, bueno a casi todo el mundo. Al final algo se torció y la madre de Raquel acabó enterándose, ¿verdad, Mario?

Se quedó sin palabras.

—Matilde le contó a su hermana Gertrudis que sospechaba que Rodolfo tenía una amante. Sabía que todos los viernes por la tarde enviaba flores a alguien y cada día llegaba más tarde a casa. Pero en realidad no tenía ninguna amante. Las flores se las enviaba a su hija, Raquel, y llegaba tarde a casa a menudo porque pasaba mucho tiempo en la clínica, junto a su única hija. Un día, a Matilde se le ocurrió seguir el rastro de las flores, tal y como hicimos nosotros ayer, para

así descubrir a la amante de su marido, pero este la llevó a descubrir que su hija yacía postrada en estado vegetativo en la cama de una clínica privada. Debió ser un golpe tremendo para la pobre madre. No puedo ni imaginarlo. Allí la informaron de que su marido visitaba a Raquel casi todos los días y que era quien pagaba las facturas. El dolor se convirtió en rabia. Rabia dirigida a su marido, que le había estado ocultando el paradero y el estado de su hija. Gertrudis (y no es la única) cree que su hermana Matilde se suicidó porque descubrió que Rodolfo la engañaba y, esto, sumado a una depresión que arrastraba porque estaba convencida de que su hija era una yonqui errante, fue insoportable para ella. Pero nada más lejos de la realidad, ¿verdad, Mario? Tú la mataste haciendo parecer que había sido un suicidio.

Ví el odio en los ojos de Mario. Se contuvo de dispararme por dos motivos. Uno, porque quería saber todo lo que yo sabía y si se le había pasado suficiente información a alguien más para que pudiese llegar a la verdad; y segundo, porque me necesitaba para desmontar la película del proyector y entregársela.

—Matilde —proseguí— fue derecha a buscar a Rodolfo a su despacho, pero no estaba, le comunicó la secretaria. Mientras esperaba su regreso de una importante reunión de negocios, Matilde montó en cólera y empezó a destrozar todo el mobiliario mientras le chillaba a la foto de Rodolfo: “¡Sinvergüenza!, ¡malnacido!, ¡hijo de perra! ¡Me has quitado la vida!” Su vida era Raquel. Es evidente que se refería a su hija al decir “mi vida” sabiendo lo que ahora sabemos. Entonces apareciste tú, Mario. Viste a Matilde tan alterada que supiste que era cuestión de poco tiempo que hablara y la verdad saliera a la luz. En ese caso tú acabarías en la cárcel. Y no sólo tú. También tu mujer, con quien, por cierto, has compartido un secreto todos estos años que os ha servido para haceros con toda la fortuna de Rodolfo. Pero iré a eso más tarde.

Mario amartilló la pistola (la verdad duele), pero una vez más se contuvo de matarme. Me necesitaba vivo un poco más.

—Entonces —continué— te esmeraste en calmar a Matilde. ¿Qué os dijisteis?

—Me preguntó si yo sabía lo que le había sucedido a Raquel para acabar como la había encontrado en la clínica. Le contesté que no tenía ni idea, pero le prometí que la ayudaría a averiguar la verdad. Que fuéramos a su casa a esperar la llegada de Rodolfo para que nos diera una explicación.

—¿Te fue difícil lograr que pareciera un suicidio?

—No. Nada más sencillo. No había nadie más en la casa que nosotros dos. Matilde se sentó en el sofá y yo, con la excusa de ir a por agua, cogí la cuerda de la cortina, hice un lazo y me acerqué a ella por detrás. La enganché por el cuello y tiré hacia arriba con todas mis fuerzas aguantando a pulso su cuerpo hasta que dejó de patear.

—Ya habías planeado previamente colgarla de la lámpara de forma que pareciese que ella misma se había ahorcado por voluntad propia. Por eso la mataste de manera que las señales de la cuerda coincidieran con las dejadas por el simulado ahorcamiento posterior. La escalera del jardinero te sirvió no solo para colgar el cuerpo de la lámpara, sino también para que, al dejarla allí, se interpretara como un indicio de suicidio.

—Eres muy listo —dijo Mario—, pero ya ves de qué te va a servir.

—Todos creyeron —retomé— que Matilde se había quitado la vida por culpa de una depresión. Por los disgustos que le causaban su hija descarriada y su marido con amante. Todos creyeron eso. Todos menos Rodolfo, naturalmente. Él pensó que Matilde se suicidó porque no había podido soportar el golpe que significó hallar a su hija muerta cerebralmente. Seguro que tú contribuiste a alimentar esa hipótesis, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa podía hacer? —dijo con un deje de sarcasmo.

Mario había edificado toda una vida de éxitos sobre una fosa común y un montón de rollos de celuloide olvidados. Pero no contaba con que la película llegara a proyectarse treinta y seis años después y la verdad se abriese paso a través de un chorro de luz.

Cuando mi amigo Javier hurgó en el subsuelo, halló al más inmortal de los testigos. Mario, Rodolfo y Raúl no sabían que bajo el caserón se escondía una sala de montaje que los cineastas, protectores de su obra, como cualquier buen artista, habían excavado para yuxtaponer todos los fragmentos de película en el orden que se especificaba en la libreta de montaje.

La verdad tenía un precio y yo lo supe desde el primer momento. Desde que pacté con aquellas viejas latas oxidadas que atesoraban *Frente a frente en el frente*.

Cuando Laura y yo llegamos a Santiago haciendo preguntas, Mario se puso muy nervioso y trató de despistarnos contratando a una actriz que se hiciese pasar por Raquel. Una de las cosas que más nervioso le ponían era no saber lo que la película hallada en el sótano podía contener, si ofrecía alguna pista que pudiera conducir hasta él, y la otra, que Rodolfo se ablandase al hablar con nosotros o al ver la película con su hija aún sana, más las buenas críticas que estaba recibiendo la obra... Lo mejor sería alejarnos de Santiago, pensó Mario, ¿verdad?

—Verdad —admitió.

—Le diste una foto a Inmaculada Ortigueira para que se maquillara un antojo como el de Raquel y la aleccionaste sobre lo que tenía que largarnos.

—Más os hubiese valido no desenmascararla —sentenció.

—Pero lo hice —dije— fue accidental. Suele suceder cuando uno es un cinéfilo tan empedernido que examina hasta las pelis porno.

—Mal vicio.

—Cuando Inmaculada escuchó el mensaje que le dejé en el contestador acusándola de haber usurpado la identidad de otra persona y amenazándola con ir a la policía, se asustó tanto que decidió llamarte. Supongo que tú le dirías algo así como que no se preocupara. Pero te entró el pánico. Si Inmaculada cantaba quedarías incriminado o, al menos, bajo sospecha. Le dijiste que no hiciera nada, que no hablara con nadie, que irías a verla a su casa en un rato y lo arreglarías todo.

Mario no lo negó y siguió escuchando.

—Fuiste al hotel donde nos alojábamos, entraste por la ventana, hurgaste en mi ordenador y robaste un cuchillo de la cocina que viste que habíamos usado para prepararnos comida. Lo cogiste con un guante y por la hoja, para no borrar mis huellas del mango, y con él mataste a Inmaculada cargándome un crimen que me ha convertido en un prófugo.

—¿Cómo se os ocurrió seguir el rastro de las flores tantos años después? —preguntó Mario.

—De nuevo gracias a mi cinefilia. Viendo una emotiva escena en la que Chaplin entrega unas flores a una persona a la que quiere. Pensé que el amor es un sentimiento muy poderoso y que puede perdurar. No teníamos nada mejor, así es que lo intentamos y resultó. Tras descubrir que las flores que enviaba Rodolfo iban destinadas a su hija Raquel, lo siguiente que hicimos fue llamar al remitente. Rodolfo se mostró dispuesto a contarnos toda la verdad y nos citó en su casa. Por el camino intentó adelantarnos información, pero no había mucha cobertura en la carretera por la que circulábamos. La mala suerte quiso que tú estuvieses en su casa en ese momento.

—Estaba junto a él cuando llamasteis. El muy estúpido estaba convencido de que lo mejor era hacer público lo ocurrido. Ya tenía la idea en la cabeza desde un poco antes de que lo llamaseis, exactamente desde que vio la maldita película. El hecho de que encontraseis a Raquel fue lo que le hizo acabar de decidirse. Me dijo que ya era hora de que las familias supiesen dónde estaban sus hijos y lo que les había ocurrido.

—No es difícil de entender —dijo Laura—. Cuando Rodolfo vio la película y leyó en la prensa que su hija y los demás eran unos buenos cineastas debió arrepentirse mucho de haber mancillado la memoria de Raquel publicando a los cuatro vientos, contigo y con tu mujer, que se había convertido en una yonqui que solo se dejaba ver para pedir dinero. Rodolfo deseaba confesar. Por eso lo mataste.

—Intenté hacerle recapacitar, convencerle de que lo mejor era quitarnos de en medio, pero no quiso y tuve que hacerlo.

—Oímos uno de los disparos por el teléfono —siguió Laura—. Después de asesinarlo a él y a la criada, te pusiste una media en la cabeza y te escondiste en la casa. Cuando Alberto y yo llegamos, intentaste matarnos. Desde entonces nos has seguido y... hasta aquí hemos llegado...

—Tú lo has dicho. Hasta aquí hemos llegado. Ahora vamos a la cabina. Tenéis que entregarme la película.

Nos hizo pasar delante y nos siguió a unos tres metros sin dejar de apuntarnos. A esa distancia era muy difícil intentar algo. Estaba demasiado lejos para poder alcanzarlo con una patada o un puñetazo y, a la vez, demasiado cerca como para intentar huir sin ser alcanzados por una bala. Laura debió llegar a la misma conclusión, porque no intentó nada. De haber podido, no tengo la menor duda de que hubiese actuado.

Cuando llegamos a las escaleras y empezamos a ascender hacia la cabina, le dije:

—Hay algo más de lo que no hemos hablado y, sin lo cual, la historia no estaría completa, ¿por qué no nos lo cuentas, Mario?

El hueco de la escalera, que era como el tubo de un embudo que se abría en el hall, devolvió en un eco fantasmagórico cada una de mis palabras aumentando la sensación de evocación y provocación que implicaban.

—Creo que ya sabéis demasiado —dijo enfadado—. Y os ha salido muy caro.

No estaba del todo seguro de lo que tenía en mente, era tan solo una hipótesis, pero tenía sentido y la lancé como si estuviera seguro de ella. De ese modo, tal vez consiguiera que Mario la admitiese.

—Se trata de un preciado secreto que has guardado desde el sesenta y ocho junto con tu mujer y Rodolfo. Pero parte de ese secreto solo lo conoces tú, o tal vez me equivoque y también lo sepa tu mujer. Rodolfo creía saberlo todo, pero en realidad solo conocía el cincuenta por ciento, la otra mitad que creía saber era falsa, estéril —dije observando su reacción petrificada ante el término *estéril*— porque tú te la inventaste para engañarlo.

—Después del terrible suceso —dije sin dejar de subir peldaños— en el que murieron los cineastas, algunos por tu pistola y otros por el incendio, Raquel intentó quitarse la vida saltando desde el coche en marcha y cayendo al agua desde un enorme puente, como has contado antes. Pero solo consiguió la muerte cerebral. Sus funciones fisiológicas continuaron intactas y funcionando con normalidad. Por eso, la semilla que llevaba en su vientre pudo germinar y meses después... No sé cuántos...

—Nueve —contestó Mario— nació a su hora.

—A los nueve meses —prosegui— nació un bebé, una niña, por cesárea. Pudimos ver la cicatriz en el vientre de Raquel cuando la encontramos en la clínica. Tú le habías dicho a Rodolfo que eras el padre. Pero era mentira. Tú sabías que el padre era José Canals. Los habías espiado y viste que Raquel y Canals dormían juntos, como solo los casados podían hacer en aquella época. Claro que ese pequeño detalle no se lo contaste a Rodolfo. Ni siquiera le contarías que tenía novio, apuesto por ello —dije sin esperar respuesta.

—Ella no se hubiera acostado contigo ni en un millón de años —proclamó Laura al oráculo

del eco.

Llegamos a la cabina.

—¿Dónde está la película? —preguntó Mario.

—Está en el proyector, en la bobina de abajo, que es la recoge la cinta que ya se ha proyectado.

—Pero eso es demasiado grande. No me va a caber en el coche —dijo al observar el enorme tamaño de la bobina de largometraje.

—La puedo pasar a una bobina pequeña para que te quepa o a una bobina desmontable y de ahí a una lata —le dije.

—Lo que sea más rápido. Date prisa. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Mario le ordenó a Laura que se sentara en una esquina, donde la tenía a la vista, y se pegó a mí dedicado a seguir muy de cerca todos los pasos de la tarea que yo estaba realizando.

Saqué la bobina grande del proyector con la última secuencia y me la llevé a la mesa de montaje. La coloqué en el eje libre de la bobinadora y, en el eje tractor, el que hace girar el motor, puse una bobina desmontable vacía. Enrollé la punta de la película al centro de la desmontable y le fui dando al potenciómetro progresivamente: 1, 5, 10, 20, 40...

Tan pronto como las bobinas fueron cogiendo velocidad, el viento generado por las aspas empezó a agitar mi pelo y el de Mario, que estaba justo a mi lado sosteniendo la pistola con el brazo en ángulo recto. Yo sabía que Mario estaba demasiado cerca del potencial peligro que entrañaba la bobinadora, y más a la velocidad a la que estaba corriendo la cinta 80, 90, 120, 150, 180, 250... jamás le había dado tanta velocidad.

Tuve que elevar la voz, de otro modo, el ruido salvaje y estridente de la bobinadora no habría permitido que pudiera continuar el relato.

—Es por eso que Rodolfo te ha protegido todos estos años y te hizo socio de su empresa. Vivió convencido de que tú eras el padre de su nieta, Mirella. O al menos así quiso creerlo. De ese modo era todo más fácil y la vida podía continuar con relativa normalidad. En la nota que había junto a las flores que Rodolfo hizo llegar a la habitación de Raquel había una pista, una referencia a Mirella que entonces no pude vincular. Decía: *Mi querida y adorable niña, siempre te llevo en el corazón y te veo cada día en esos hermosos y adorables ojos. De tu padre que te quiere, RODOLFO*. El fragmento en que dice: *...y te veo cada día en esos hermosos y adorables ojos...* refiere a los ojos de Mirella. Rodolfo, cada vez que veía a Mirella, podía ver en sus ojos a Raquel. La hija le recordaba a la madre, natural. —Tomé aire y proseguí—. Cuando fui a tu despacho la primera vez, me resultó muy llamativo que Rodolfo, padrino de tu entrecomillas hija, apareciese en todas las fotos familiares tan unido a Mirella. Además, tu mujer nos contó lo mucho que Rodolfo quería a la niña y lo presente que estaba en su vida.

Mario me miraba con el rabillo del ojo; aparentando que estaba más pendiente de la máquina que de lo que yo estaba contando. Pero podía notar su odio y rabia contenida. Se estaba aguantando las ganas de matarme, pero, en unos instantes, cuando la cinta estuviera rebobinada y en sus manos, su primera acción sería deshacerse de mí bien a gusto.

—Almudena y tú os casasteis ese mismo año, en el 68. E hicisteis creer a todo el mundo que la niña era vuestra hija. El hecho de que Mirella no tenga hermanos me hace sospechar que no podíais concebir hijos por vosotros mismos. ¿Me equivoco?

—Soy estéril —dijo Mario a nada de estallar.

—Lo que nos lleva a deducir que Almudena siempre guardó el secreto —proseguí—, temerosa de que os quitasen algún día la custodia de vuestro bebé robado.

No me quedaba mucho tiempo. En menos de un minuto la película estaría rebobinada.

Mi vista se posó en la cinta y quedé hipnotizado por los destellos de luz que se reflejaban en los fotogramas pasando a toda velocidad. Era como visionar uno de esos modernos flashbacks que se ven en las películas de ahora y que te hacen recordar todo lo ocurrido a una velocidad de vértigo. Un flashback de la última secuencia que me hizo sentir mal por tan tremendo e injusto genocidio. Aquellos rabiosos fotogramas circulando a endiablada velocidad clamaban justicia, venganza. Como si se tratara de una epifanía o algo parecido, me noté en contacto con algo que estaba en otra dimensión pero que, al mismo tiempo, era parte de mí: hermandad, camaradería, justicia. Era la misma sensación que cuando las latas me trajeron la inspiración. *Quid pro quo, quid pro quo...* Abandonado a esa conexión espiritual, entré en trance. Hice girar los dedos, que había mantenido en todo momento sobre el potenciómetro, y llevé la aguja al cero en un movimiento rápido y seco. Lo que nunca se debía hacer según las normas de seguridad para un correcto rebobinado. Al hacer tal cosa, la bobina que recogía la cinta empezaría a frenarse más rápidamente que la bobina que la entregaba. El resultado de tal incumplimiento normativo fue: primero, un leve aviso, del que solo yo fui consciente, y que consistió en un ligero bamboleo de la cinta arriba y abajo: una señal de que la cinta estaba perdiendo la tensión y se estaba aflojando. Después, en cuestión de segundos, se formó un serpentín en el aire y, acto seguido, se desató la furia. La película, no siendo suficientemente absorbida por la bobina que recogía, se irguió como una cobra antes del ataque para intimidar a su enemigo y empezó a dibujar ondas en el aire arriba y abajo y a un lado y a otro, como el ondulante y caprichoso chorro de agua de una manguera ingobernada que se revuelve sobre el césped. Fue visto y no visto. Me tiré al suelo y, bocabajo con las manos cubriéndome la cabeza, giré el cuello lo suficiente para ver como una enorme bola de celuloide enmarañado y en continua e impredecible evolución, se lanzaba a por Mario igual que si un sinfín de cowboys le hubiesen echado un sinfín de lazos desde todos los ángulos. Mario me miró y comprendió la jugada. Solo le dio tiempo a efectuar un disparo, pero me alcanzó en la espalda. Noté el mordisco, aunque apenas me dolió. O mi sangre estaba muy caliente ya o es que era eso lo que se sentía al recibir un disparo. El caso es que, aunque parezca una locura, la bala no me detuvo ni física ni moralmente. Como un autómatas que seguía los dictados de la inspiración, llevé el brazo al potenciómetro y volví a girar los dedos fijando esta vez la velocidad al máximo. La bobina con tracción motora empezó a recuperar la película descarrilada con toda la potencia, estrujando a Mario como si estuviera dentro de un nudo y las manos de un gigante tiraran con todas sus fuerzas de los extremos. Escuchando los arrolladores e imparables latigazos de furia que cortaban el aire con silbidos de ultratumba, rodé hasta donde estaba Laura para seguir observando, junto a ella, como la más larga de las anacondas, una infinita serpiente de fotogramas guiada por las dulzainas de los magos encantadores que habían sabido infundir vida en ella, se enroscaba a su presa y la abrazaba hasta asfixiarla.

La película se había revelado y rebelado contra su censor, que había quedado atrapado en la última secuencia, la cual cerraba dos historias: la de ficción y la real. Y en las dos el mismo final: los jóvenes acababan siendo asesinados.

Todo empezó a hacerse negro para mí. Me toqué la herida con la mano y enseguida noté la humedad. No había sido consciente hasta ese momento de que me desangraba. Mi camisa estaba completamente mojada y, en el suelo, un charco rojo se expandía sobre los terrazos. Lo último que vi fue a Laura taponándome el boquete con una prenda y diciendo: “te pondrás bien, aguanta... aguanta... voy a llamar a una ambulancia...”

27. Justicia poética

Laura entró en el cementerio con un ramo de flores y caminó entre las tumbas hasta llegar a una en la que depositó la ofrenda. Se arrodilló, sacó un sobre del bolsillo, y lo abrió ceremoniosamente. La carta, hallada en el pozo, la había escrito su padre, Julián Márquez Rico, e iba dirigida a su único y verdadero amor, Marta Carrión. Laura miró la fotografía de su madre, que estaba incrustada sobre el mármol del nicho, y empezó a leerle la misiva que llegaba con treinta y seis años de retraso:

Hola, amor mío:

Pienso en ti a cada momento. Te veo cada vez que miro al cielo, te escucho cada vez que oigo los pájaros. Puedo ver tus ojos en las cristalinas aguas de un riachuelo, la forma de tu cuerpo en una nube, tu dulce piel en la dorada puesta de sol... Te llevo en lo más hondo de mi corazón. Te echo tanto de menos..., cuento los días que faltan para verte. Tan pronto acabe esta empresa en la que decidí involucrarme: el rodaje de una película clandestina en la que creo y en la que participo como actor (un proyecto del cual, como sabes, no he podido hablarte para mayor seguridad de los dos), me reuniré contigo y, entonces, ya sí, te explicaré todos los detalles.

Deseo pasar el resto de mi vida junto a ti y formar una familia.

Anoche tuve un sueño muy real. Soñé que íbamos a tener un bebé. Nuestro bebé. Te imaginas. ¿Puede haber algo más maravilloso? El sueño era tan real que me ha hecho pensar si no será que estás... ya sabes... Ojalá fuera así. ¿Verdad que sería maravilloso casarnos enseguida y criar a nuestra criaturita?

Las letras de la carta empezaron a enturbiarse hasta llegar a ser ilegibles y Laura tuvo que frotarse los ojos para que recuperasen su nitidez.

Sueño con ello cada día.

Ya falta muy poco para que nos veamos, mientras tanto, sigo contando los días, las horas, los minutos...

Te quiero, vida mía. Besos, abrazos, caricias...

Julián Márquez Rico

Laura colocó la carta sobre la tumba de su madre y se abrazó a ella mientras las lágrimas continuaban brotando de sus ojos.

Todo esto me lo contó Laura cuando vino a visitarme al hospital donde me recuperaba. Afortunadamente, la bala no tocó ningún órgano vital y pronto me dieron el alta.

Hubo un juicio. Y hubo un veredicto. La última secuencia de *Frente a frente en el frente* fue

una de las pruebas clave. Aunque eran culpables, Mario, Rodolfo y el policía que les acompañaba el fatídico día y que posteriormente se ocupó de que no se investigara como debía haberse hecho, no pudieron ser condenados a ninguna pena por la justicia porque ya habían fallecido. Pero, al menos, la verdad salió a la luz pública y todo el mundo supo de lo sucedido. Según yo lo veo, tuvieron un tipo de condena distinto al habitual: el desprecio de la sociedad a su memoria. Mario fue el asesino material, tanto en el pasado como en el presente, de todas las víctimas y Rodolfo y su amigo el policía corrupto fueron cómplices y encubridores de los crímenes del 68. La única persona viva a la que se podía condenar físicamente era Almudena. Por encubridora. Y fue a parar a la cárcel. Su engañada “hija”, Mirella, acudió al juicio para escuchar de primera mano la mentira en la que se había basado su vida. No quiso volver a saber nunca más de Almudena y se interesó devotamente por sus verdaderos padres y sus raíces. La prueba de ADN realizada a Mirella y cotejada con la extraída a Raquel Cunqueiro y a la señora Dolores confirmó que Raquel Cunqueiro y José Canals eran los padres de Mirella. Lo primero que hizo Mirella tras la confirmación fue visitar a su madre. En la clínica le informaron que las posibilidades de que Raquel despertase del coma eran de una entre un millón y que debía tomar una decisión. ¿Quería seguir manteniéndola así o desconectarla de las máquinas que le insuflaban vida artificial? Mirella dijo que, uno, mientras había vida había esperanza y, dos, que la ciencia avanzaba a tal velocidad que quién sabe si su madre algún día podría beneficiarse. El juez nombró como única heredera del imperio Cunqueiro a Mirella, quitándole a Mario y Almudena todo derecho y participación en la empresa. De este modo, Mirella se convirtió en una poderosa y rica empresaria que pensaba destinar un porcentaje muy alto de su capital a la investigación médica. Laboratorios Cunqueiro prometía convertirse en la vanguardia de los estudios genéticos en España. Por la parte de su padre, José Canals, la única familia que tenía era la señora Dolores y su esposo. Fue a visitarlos acompañada de su marido e hijos. De repente, la solitaria vida de Dolores se tiñó de alegría y color de la mano de su nieta y bisnietos. Mirella se preocupó del bienestar de sus abuelos desde el primer momento. Pensaba llevárselos, si decían que sí (y dirían que sí) a vivir con ella. Además, se hizo cargo, personalmente, de chequear su estado de salud, que hasta entonces había estado algo dejado de la mano de Dios por culpa de uno de esos típicos médicos de la seguridad social que no se ocupaba como debía de sus pacientes.

Todos los cuerpos hallados en el pozo fueron exhumados y enterrados dignamente en los nichos de sus respectivas familias. Las reacciones de los familiares al enterarse de cuál había sido el terrible destino de sus seres queridos reabrió, inevitablemente, viejas heridas. La incertidumbre durante tantos años de no saber qué había sido de los suyos había amargado la existencia a muchos padres, hermanos y demás familiares. La rabia, la consternación y la impotencia acumuladas en sus vidas se mezclaron, al enterarse por fin de lo acaecido, con una especie de sosegada y respetuosa calma que ponía punto y final a un estado de agitación interior y tristeza que había formado parte de su estado de ánimo durante demasiado tiempo. No obstante, también había una parte positiva. Pronto asistirían a un evento que endulzaría sus vidas y les haría sentir orgullosos de los suyos.

28. El estreno

Sábado. Siete de la tarde. Los medios de comunicación más importantes de España y parte del extranjero se habían dado cita allí. Todos querían dar la noticia del estreno en directo. En la fachada del cineclub Frankenheimer había sido colocado un enorme cartel de *Frente a frente en el frente* de diez por doce metros. Una alfombra roja, desplegada a lo largo de la calle, conducía a la puerta principal del viejo cine. Cientos de personas se agolpaban tras las vallas colocadas a ambos lados del glamuroso sendero aterciopelado y recibían con aplausos a los engalanados familiares de los cineastas desaparecidos, que, en representación de sus seres queridos, atravesaban con orgullo el camino de las estrellas entre una nebulosa de flashes.

Yo lo observaba todo desde la distancia, junto a Laura, Miguel, Javier, Vicente y Norberto. Nunca me han gustado mucho los baños de multitudes, ni el protagonismo, aunque tan pronto como me dieron el alta en el hospital, las llamadas y visitas de los periodistas fueron una constante en mi día a día. Todo había empezado al encontrar, y estar dispuesto a seguir, sin importarme la dificultad de su caprichoso recorrido, la beta de la inspiración. Aunque al final no escribí un guion, como era mi intención inicial, sino una novela. El cine y la literatura siempre han sido mis dos grandes pasiones; a partes iguales. El caso es que la novela tuvo una gran acogida desde el minuto uno de su publicación, convirtiéndose en un *best seller* en un abrir y cerrar de ojos. Por fin escribí algo bueno. Pasé de estar recluido a estar vivo. *Rock and Roll*. ¡Pero qué coño! No sé cuánto durará. No sé cuánto tiempo pasará antes de que la vida me dé uno de sus reveses. Que lo hará. Es ley de vida. O tal vez no sea un revés al uso, un golpe seco, tal vez sea absorbido lenta y progresivamente por la despiadada rutina. El tiempo lo dirá. De momento, voy a vivir un poco.

Por cierto, y cambiando de tema, el dinero que gané con el guion *Un golpe maestro* y que tanto me torturaba por haberme vendido otorgando concesiones a un productor de poca monta y menos clase, lo invertí en *Frente a frente en el frente*: remasterización de la banda sonora, restauración del negativo, copias, etc. Además, todo el dinero que recaudara *Frente a frente en el frente* iría destinado a los familiares de los cineastas, como era de justicia.

En el cine club Frankenheimer no había ni un alfiler. Imposible encontrar una butaca libre. El pasillo central estaba completamente ocupado por gente sentada en el suelo. Y unas ciento cincuenta personas, calculé, se repartían de pie apoyadas en las paredes formando una enorme U que rodeaba todo el patio de butacas. Y lo mismo ocurría arriba en el anfiteatro.

Las primeras filas estaban reservadas para los familiares de los cineastas y nosotros: Miguel, Vicente, Javier, Norberto, Laura, yo... Miguel se levantó cuando vio que ya había entrado todo el mundo (literalmente) y, como estaba previsto, subió al escenario, con la pantalla de fondo, y dirigió unas breves palabras al público a modo de presentación. Cuando finalizó su discurso, hizo un gesto a Paco, que observaba atento desde la ventanilla de proyección. Las luces de la sala se apagaron. Se hizo un silencio absoluto. Miré hacia la cabina y vi por el hueco de la ventana cómo el celuloide empezaba a correr por los rodillos del proyector al tiempo que el brazo de Paco accionaba la palanca que abría la pala de la lámpara. Un chorro de luz voló por encima de nuestras cabezas y llenó la pantalla de vida. Por primera vez ante el público y los medios: *Frente a frente en el frente*.

Dirigí la vista hacia las caras de la gente, iluminadas por el reflejo de la pantalla.

Nunca hubo más emoción en una sala de cine.

Ojos brillantes en la oscuridad.

Miré de nuevo hacia arriba buscando el haz de luz y me maravillé de la magia del cine y de su capacidad para detener el tiempo y conservar las cosas.